

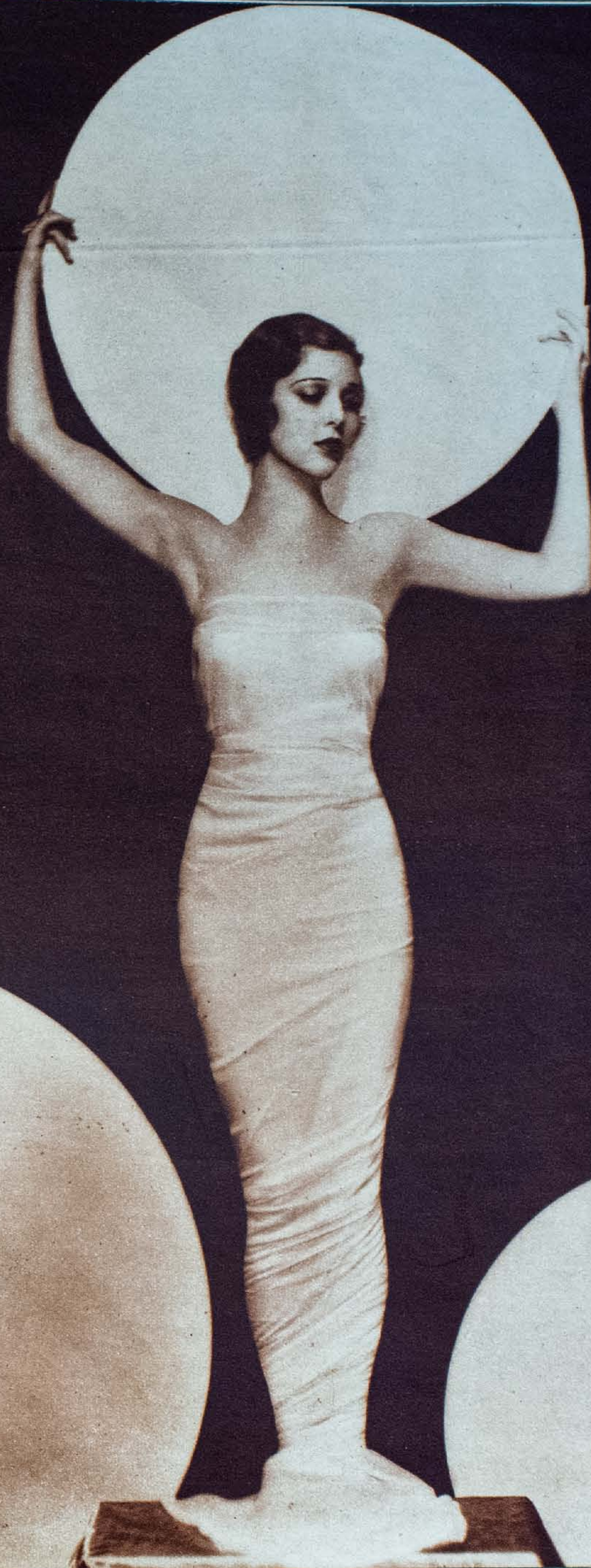
LA NACION

REVISTA SEMANAL

Año 11

Buenos Aires 1 de Marzo de 1931

Nº 87

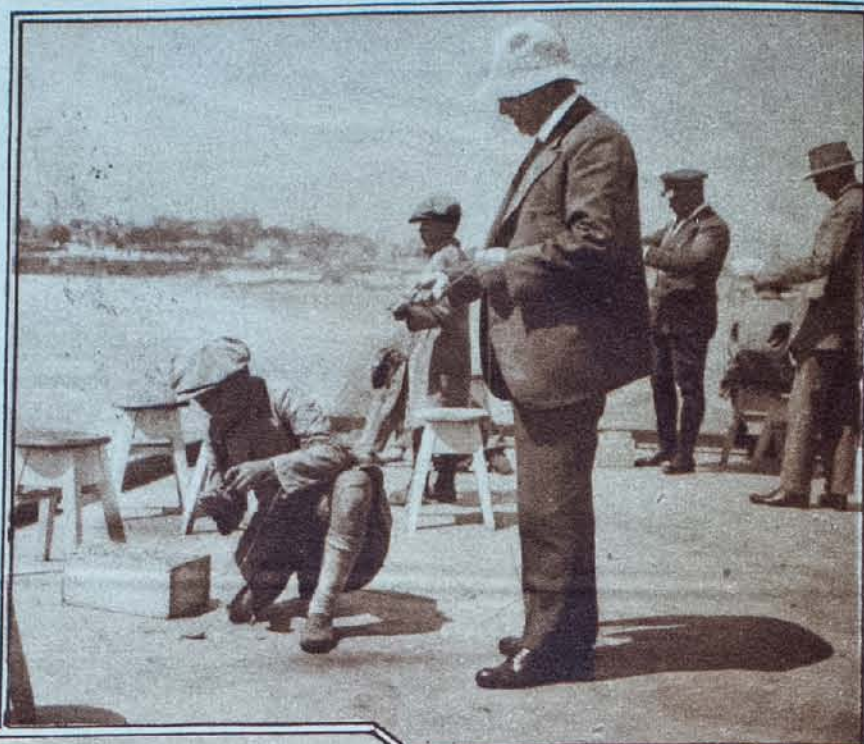


LORETTA
YOUNG

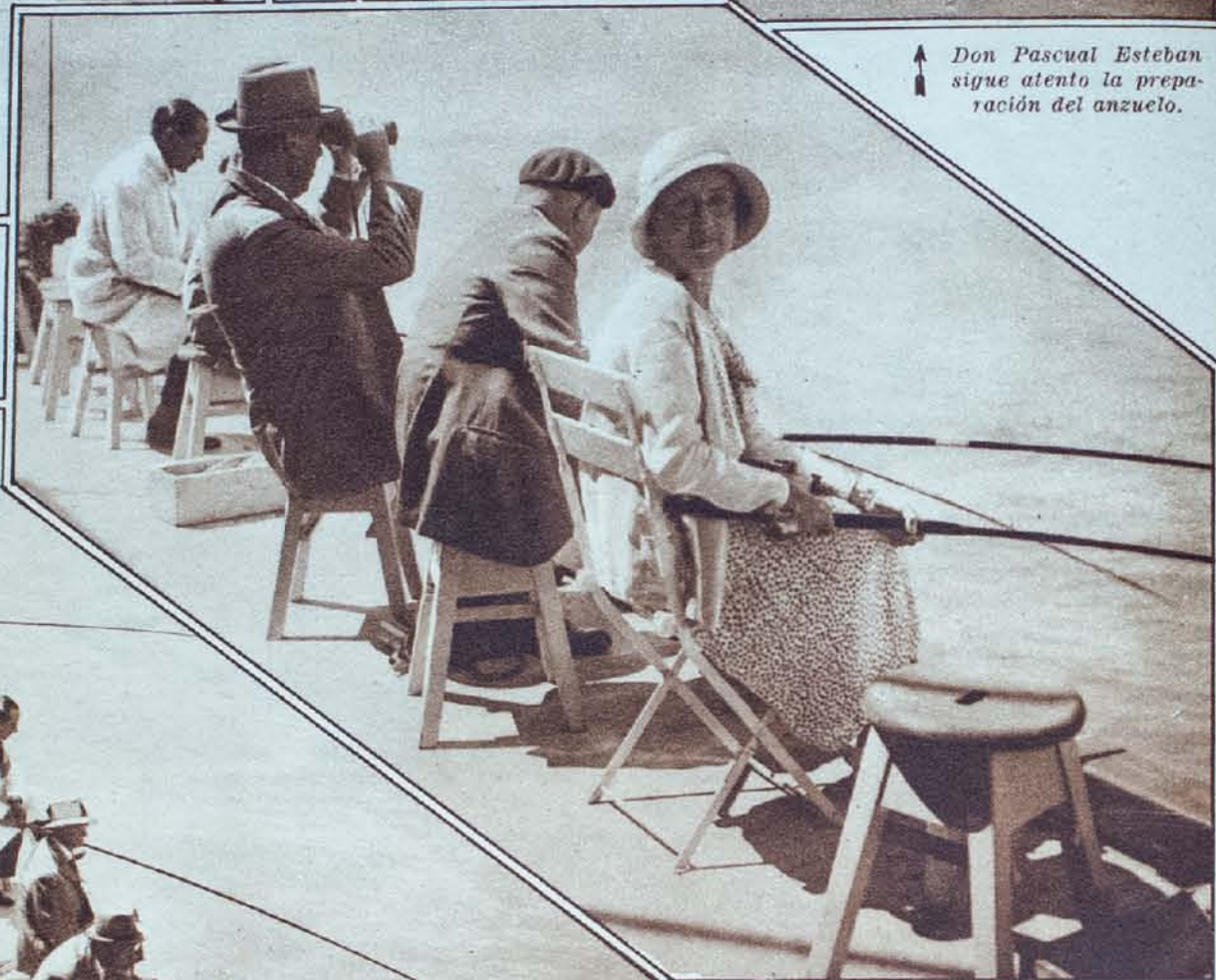
LA TEMPORADA DE PESCA EN MAR DEL PLATA



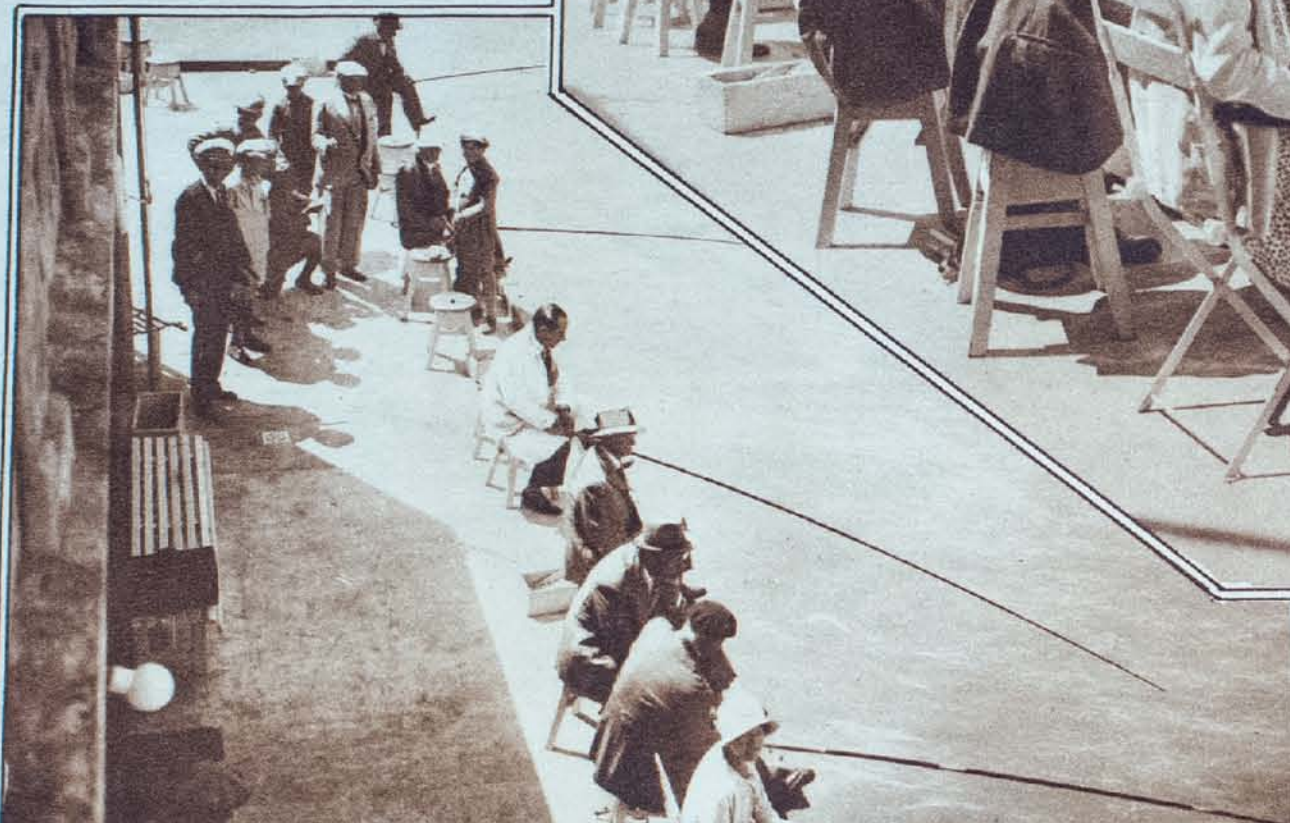
Las actividades en el Club de Pesca marplatense han tomado creciente impulso desde la inauguración de la temporada a mediados de febrero. D. José Reguera dirigiéndose a los lugares de pesca.



Don Pascual Esteban sigue atento la preparación del anzuelo.



La Srta. Ida Ayerza, Dr. Agustín J. Ghigliani y D. Clemente Segura, dedicados a la pesca.



Grupo de pescadores.



Los ayudantes también se entretienen.



Ayudante desprendiendo el anzuelo de una corvina.



LA Avenida Costanera es otro de los sitios preferidos por el público en los días festivos, aun en esta época en que parece estar próximo el final de la temporada veraniega popular.



Encanto

OPINIONES DE
ANITA PAGE
EXCLUSIVAS PARA
"LA NACION"



El "encanto" es una influencia más bien que un atributo. Puede ser conseguido cultivando la amistad de aquellas personas a quienes admiramos por la razón sencilla de que son encantadoras. No quiero decir con esto que pueda uno apropiarse el encanto del modo mismo que se apropia una prenda de ropa, pero el ambiente influye mucho en ello.

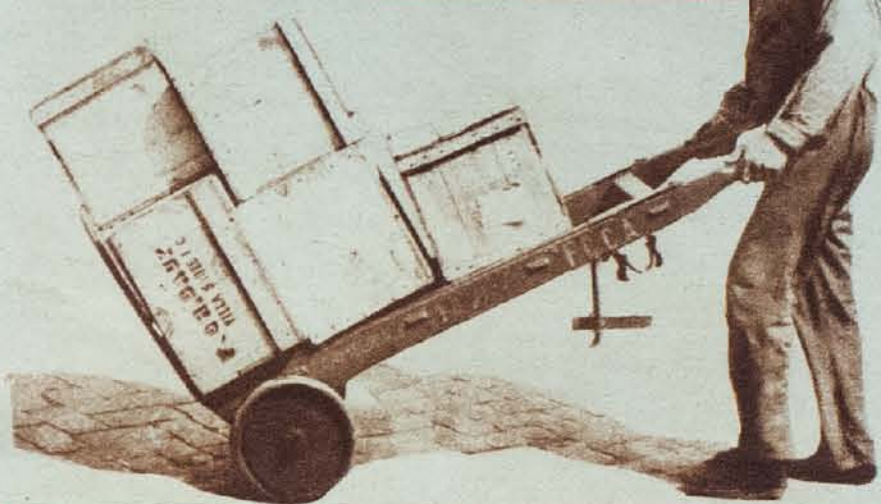
Me inspira un poco de escepticismo la versión de que belleza y encanto vayan del brazo, aunque parezca que allí donde se advierte la primera haya de encontrarse invariablemente el segundo. No considero yo esto, empero, regla clásica, por cuanto entiendo que la personalidad del individuo rige por completo la atracción que pueda inspirar.

Hasta la cuestión "trapos" pasa a segundo plano. Conozco gentes encantadoras que no están en condiciones de poseer todos los accesorios bellos de la vida y que tienen, sin embargo, una personalidad que les llena de encanto. Aunque parezca extraña mi afirmación, si estas gentes llevasen por toda gala de stavío un humilísimo delantal casero, al despedirme de ellas, luego de una larga entrevista, no podría yo decir a ciencia cierta el traje que vestían.

Creo que las maneras influyen por modo considerable en la impresión involuntaria que una persona causa. Si esta persona se os revela por medio de alguna característica que os desagrada u os moleste, se hace evidente que no ejercerá en lo sucesivo atracción o encanto sobre vosotros.

Todo el mundo admira y busca, claro está, lo que ofrece de mejor la vida, y si tenéis siempre en cuenta este principio, el medio mismo en que busquéis vuestras relaciones sociales contribuirá automáticamente a aumentar vuestro propio encanto.

El transporte de bultos en una gran ciudad de mucha actividad comercial, como Buenos Aires, presenta estos dos extremos, como lógica consecuencia del progreso y de las necesidades de cada uno.



El agregado militar a la embajada argentina en Madrid, coronel Cernadas, felicitando al piloto capitán Rodríguez, después de haber realizado éste un vuelo, durante la visita del primero a los talleres de construcciones aeronáuticas.



El Triunfo de Toddy

TODDY es el más delicioso, el más nutritivo y el más tonificante de todos los alimentos. TODDY es una magnífica preparación científica a base de extracto de malta. Es rico en carbohidratos, que dan energía; en hierro, que aumenta los glóbulos rojos y hace la sangre más rica; en proteínas, necesarias para la formación de los músculos; en vitaminas, que aumentan el apetito y la resistencia; en potasio y calcio, que conservan los tejidos flexibles y fortalecen el sistema nervioso. TODDY eleva el valor alimenticio de la leche.



De venta en Almacenes y Farmacias.

LA ACEPTACION, que, como en tantas otras partes, ha dispensado a TODDY también el público porteño, tan refinado y exigente, es un justiciero tributo a sus altas cualidades de alimento magnífico, por su pródiga riqueza y gusto delicioso.

Niños y adultos, sanos y convalecientes, hallan en TODDY las ricas substancias que prestan salud y aumentan la vitalidad. TODDY es un mago benefactor: tiñe de rosa las mejillas, difunde la alegría y, con ella, el optimismo y la fuerza.

Toddy

una comida en cada vaso

Distribuidores generales:
POLLEDO & Cia.
Buenos Aires

Tómese caliente como
desayuno o merienda.
Frio a todas horas.

Si su proveedor no tiene Toddy, haga su pedido mediante el cupón adjunto. Lo atenderemos a vuelta de correo, y le enviaremos además una cotelera GRATIS

A SEÑORES TODDY OF ARGENTINA
Moreno 1249 — Buenos Aires
Sirvanse remitirme un tarro de 1/2 libra de Toddy.
Adjunto \$ 2.— en.....
que incluyen 50 centavos por franqueo certificado y embalaje. Además, GRATIS la cotelera que ofrecen.

Nombre.....
Calle..... No.....
Localidad..... F. C.....
Mi proveedor es.....
Calle..... No.....



MUCHO CUIDADO CON LAS IMITACIONES.

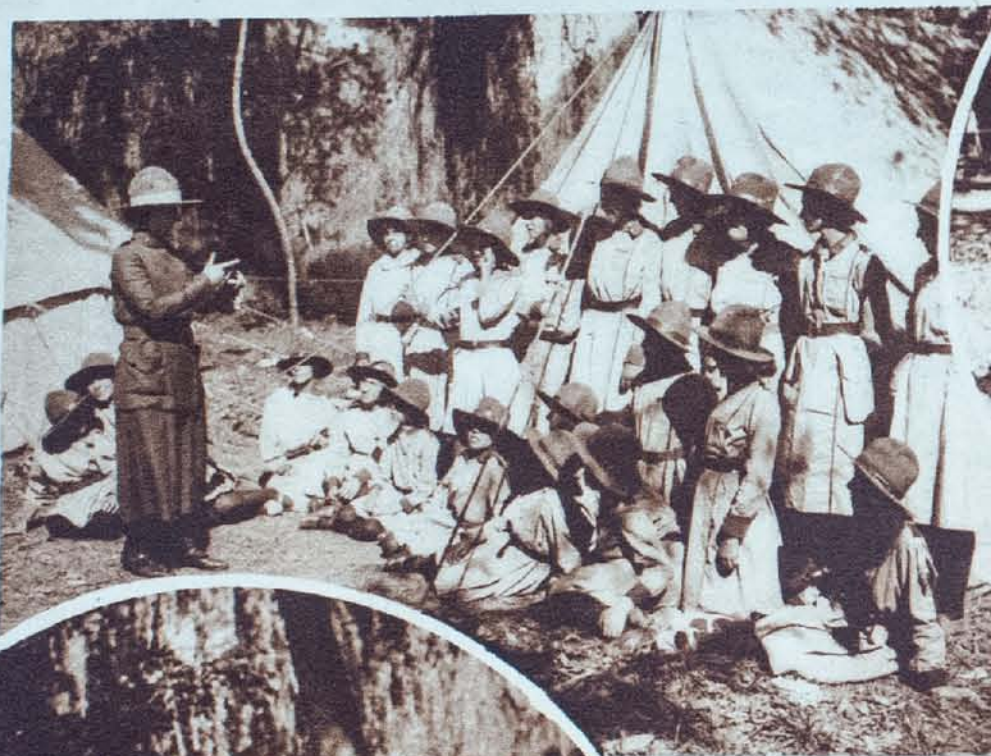
El campamento del Ejército de Salvación en Palermo



Los niños y las niñas "scouts" del campamento levantado en Palermo por el Ejército de Salvación, saludando a la bandera en las primeras horas de la mañana.



Las niñas recibiendo el tazón de mate cocido.



Llevando un tronco para leña del campamento.



La capitana instruye a sus alumnas a hablar por señas.

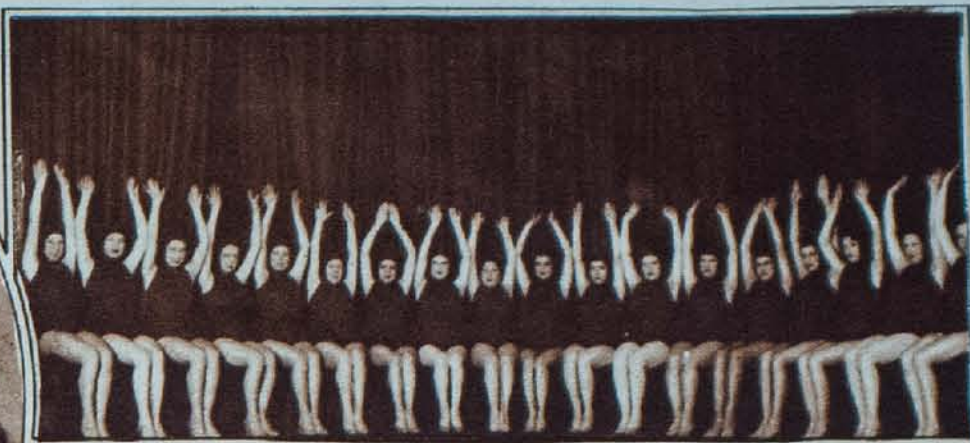


Hay que fortalecer los músculos.





La Condesa de Noailles, escritora francesa de una pureza de idioma admirable, que ha sido promovida Comandante de la Legión de Honor, siendo la primera mujer a la que ha sido acordada tal distinción.



Un cuadro de la revista "Ku-Kux-Klan", de los autores González Carballada y música del maestro Penella, que ha sido aplaudida en el Teatro de Maravillas, en Madrid.



Un calzado especial y un nuevo tipo de lámpara para mineros, en uso en algunas minas norteamericanas.



EVITA FRANCO

"Se me pide mi opinión sobre la mejor manera de embellecer el cutis. Creo primordial tratar el cutis con Crema de Oriente Vindobona. He comprobado que los perjuicios causados por el viento, el sol, la tierra, el frío y los coloretos cuyo uso exige la escena, desaparecen rápidamente con aquel maravilloso producto y he visto casi milagros realizados con ella borrando arrugas profundas y manchas pronunciadas. El uso de Crema de Oriente Vindobona es habitual en mí y en muchas actrices."

Evita Franco

¿Qué espera Vd. para tener un cutis perfecto?

Este sencillo tratamiento corrige las imperfecciones cutáneas. Diluye las pecas, los paños, las manchas. Alisa las arrugas. Sana las grietas. Blanquea la tez, contrae los poros y elimina los barritos, la piel cetrina y la rojez

—o le devolveremos el dinero

Suaviza y embellece la piel en unos pocos días. En una semana usted puede ver cómo desaparecen las impurezas cutáneas. En ese corto tiempo constatará que su piel adquiere mayor elasticidad y se aclara.

3 minutos antes de acostarse

¿Desfiguran su rostro las pecas y los barritos? ¿Los poros dilatados? ¿Está su piel enrojecida? ¿Es demasiado seca o demasiado grasosa? ¿Han dejado líneas, arrugas, la risa, la tristeza o... los años?

Usted, por lo que sigue, aprenderá a librarse de todas las imperfecciones cutáneas locales, muy pronto. Antes de una semana comenzará a revelarse la nueva belleza de su tez. Nunca recueste su rostro sobre la almohada sin antes haberlo limpiado bien y haber introducido un poco de Crema de Oriente Vindobona en el cutis, mediante la suave presión de la yema de los dedos. Crema de Oriente Vindobona ha sido científicamente combinada para corregir las imperfecciones cutáneas. Espere de ella que sobre pase todo lo que usted pueda haber ensayado hasta ahora. No fué hecha para "tapar" las imperfecciones del cutis, sino para CORREGIRLAS, y llena su cometido. Además, blanquea, suaviza y protege el cutis más delicado

Posee cualidades únicas

Crema de Oriente Vindobona interviene en la renovación normal de la epidermis. Penetra por la capa exterior marchita de su piel, y debajo de aquella, allí donde se prepara el cutis que usted ostentará mañana, aclara, sana y rejuvenece los tejidos y limpia la piel de todas las imperfecciones. La librá a usted de las pasaduras en cuanto la aplique. Aclara las pecas y manchas cutáneas hasta hacerlas desaparecer por completo. Como si usted las hubiera sacado con una toalla. Alisa las arrugas—aun

Recuerde:

En los Laboratorios Vindobona hay médicos especialistas que pueden guiar a Vd. por el camino que conduce a la belleza y salud mediante sabios tratamientos, internos y externos, combinados. A menudo son las enfermedades, las fallas de funcionamiento orgánico, lo que envejece. Cualquiera que sea la dolencia de Vd., consultenos. Nuestros médicos le aconsejarán — le curarán, — le harán posible recuperar la juventud reparando el desgaste o la falla que se haya producido en su organismo.

las más profundas, pero sin estirar la piel, sino combatiéndolas en su origen, la falta de vitalidad de los tejidos subcutáneos, a los que tonifica y rejuvenece. Elimina la piel marchita y los barritos. Blanquea, nutre y sana el cutis de grietas y regula las funciones de los poros. Desaparece así la excesiva grasitud, adquiriendo la piel la que le es necesaria para su protección. Y hace todo eso rápidamente. A menudo, en pocos días. Al mismo tiempo da al cutis la suavidad de la seda y contrae los poros hasta la mayor finura.

Miles de damas hermosas lo saben

Señoras de la sociedad. Bellezas de teatro. Esposas de médicos... miles de damas, en catorce países, conocen y ponderan la Crema de Oriente Vindobona por experiencia. Muchos centenares de ellas han mantenido el cutis joven, lozano, claro, con Crema de Oriente Vindobona, hasta los 40, 50 y 60 años!

Entre las actrices, las que más obligadas están a cuidar celosamente la belleza, ¡de cada diez, ocho usan Crema de Oriente Vindobona! Entre ellas: Berta y Paulina Singerman, Carmen Lamas, María Esther de Pomar, Blanca Podestá, Berta Gangloff, Laura Pinillos y muchas otras más.

Crema de Oriente Vindobona es todo lo que usted necesita para rejuvenecer su cutis, para blanquearlo, para embellecerlo, para librarlo de todas las imperfecciones. ¡Úsela! Si no hiciera por usted todo lo que decimos, le devolveremos el dinero gastado.

Adquiera el primer pote hoy, en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8 - Piso 1º (Venta atendida por señoritas) Buenos Aires

En Montevideo: Andes 1338 - Piso 3º

También la venden las casas de mayor prestigio, entre ellas:

Franco Inglesa
Sarmiento y Florida
Farmacia Scanapieco
Esmeralda y Tucumán
Farmacia Ferrini
Florida 820
Farmacia L'Aiglón
Callao 200
Farmacia Inglesa
Avenida de Mayo 900

Gath y Chaves
Casa Central y Sucursales
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171
Farmacia Chialve
Sarmiento y Talcahuano
Farmacia Nelson
Suipacha 477
En Mar del Plata
Toda buena farmacia

Folletos gratis. Remita el cupón.

Pedidos del interior se sirven en el día.

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8 - Piso 1º - Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratis el librito explicativo sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre
Calle N°
Ciudad F. C.



No sólo preocupan a nuestros vecinos del norte los problemas del tráfico y las diversas señales que faciliten el viaje a los automovilistas; ahora los aeroplanos exigen atención y ya se usan señales que eviten accidentes en los ascensos de los aviones.



*El concurso de
Belleza Femenina
de 1931*

Las reinas de belleza europeas, reunidas en París antes de ser designada Miss Europa. Sentadas, de izquierda a derecha, las representantes de Italia, Estonia, Bélgica, Francia, Hungría, Gran Bretaña y Dinamarca. De pie, las de Yugoslavia, Austria, Rumania, Alemania, Turquía, Grecia, Holanda y España.



Jeannette Juilla, de 20 años de edad, "Miss Francia", vencedora en el torneo celebrado en París y designada, por lo tanto, "Miss Europa".



Emelina Carreño de la Mancha, ante el jurado que la proclamó, en Madrid, Miss España.



Miss Alemania, tercera en el concurso.



Miss Austria, segundo premio





Tandy, nada acobardado, multiplicó la apuesta y volvió a perder

RODOLFO CLARO
POR
PETER B. KYNE
ILUSTRACION DE RODOLFO CLARO

siempre. Dan, hemos soportado esto durante más de dos semanas. Se me ocurre que el tipo ese es presbitigador e introduce dados de su cosecha en mi juego.

— Eso es grave, — dijo Faro Dan pesadamente — Me ocuparé en el asunto.

Y se ocupó cuidadosamente, en el curso de la hora siguiente. Había observado que el individuo le "arrastraba el ala" — según la terminología propia de Faro Dan — a Catty Devoux cada vez que se le ofrecía oportunidad de hacerlo. De modo que cuando Catty se acercó a charlar un rato con Dan, al que respetaba y tenía simpatía, éste le reveló las sospechas de su socio.

— Debe llevar unos dados cargados en el bolsillo — observó Catty.

— Me gustaría registrarlo — dijo Faro Dan.

Catty asintió y se alejó. Media hora más tarde, el individuo sospechoso estaba sentado en un "box". Solicitó de Catty que le sirviera vino, mientras ella le lanzaba ojeadas animadoras. Finalmente, Bob Tandy le pidió un beso. La esquivada Catty consentía, pero quería darle un carácter sportivo al acontecimiento. Dijo que sus besos valían por lo menos cinco dólares cada uno, pero que lo echarían a los dados, en un golpe, a par o impar, apostando un beso contra cinco dólares. Tandy sonrió, eligió impar, sacó sus dados y apartó siete. Catty recogió los dados, los agitó entre sus adorables manos blancas, les habló, sopló sobre ellos, y arrojó dos seises.

— Tenga la bondad de darme cinco dólares — dijo y devolvió los dados a Tandy.

Bruscamente, se apartó de él, entró en su despacho, hizo llamar a Faro Dan y entregó en silencio a éste dos dados verdes, con los cuales Daniel arrojó cuatro seises y tres onces seguidos.

— ¡Qué suertudos, eh! — murmuró y volvió a arrojarlos media docena de veces, sacando siempre siete u once.

— Guárdalos, — sugirió Catty —. Tandy no sabe que los dados que le entregué a cambio de éstos son de ley, de modo que podrás resarcirte.

A la noche siguiente, Tandy favoreció nuevamente a Butterfly Kid con su protección, y confiando, imprudente, en sus dados, perdió una puesta de quinientos dólares que hizo con Butterfly. "Ahora bien, como hasta los dados amaestrados pueden fallar a veces a su poseedor, Tandy, nada acobardado, multiplicó su puesta", y volvió a perder. Y entonces, Catty Devoux le dio una palmada en el hombro y le dijo, en voz lo bastante fuerte para que todos la oyeran:

— El espacio que ocupas es más necesario que tu compañía. ¡Sal de mi casa y no vuelvas!

De modo que Tandy desapareció, y en la quietud de su choza, se sentó a echar cuentas. Como no era tonto, llegó pronto a la conclusión de que Catty le había cambiado los dados la noche anterior, y en su alma de lobo surgió el deseo de vengarse de la mujer.

El hecho de que Catty tenía una hija en una escuela elegante de Nueva York era conocido en Kampost. Tandy consiguió enterarse de en qué escuela estudiaba la muchacha, y le escribió informándola de que su madre estaba tuberculosa y diciéndole que si deseaba volver a verla con vida, era preciso que acudiera antes de que se helara el río y las fuertes nevadas y las tempestades de nieve de las montañas aislaran a Kampost del mundo civilizado, durante todo el invierno.

Su treta surtió efecto. La muchacha le telegrafió que trendería el viaje una semana después, y le pidió que fuera a esperarla al puerto fluvial de término, para acompañarla desde allí hasta Kampost.

La víspera del día en que Tandy pensaba salir de

Kampost, sufrió un ligero ataque de neumonía que le hizo perder el vapor. Y el día en que el vapor en que viajaba Florencia Devoux atracó en el puerto fluvial de término, Faro Dan subió a bordo y se dirigió al camarote de la joven.

Quizá sea necesaria, a esta altura, una explicación. La muchacha había telegrafiado a su madre, vía Juneau Alaska, pocos días después de zarpar de Nueva York, que se dirigía a Kampost. La noticia causó a Catty un efecto terrible. Por primera vez en su vida, se desmayó. Y al volver en sí, se encontró en los brazos de Faro Dan. Le mostró el telegrama, y Faro Dan, que era hombre de gran iniciativa e instantánea decisión, le dijo:

— No te preocupes, Catty. Bajaré al encuentro del vapor y la haré volverse por el mismo camino que trajo.

Encontró a la joven arreglando sus baúles en el camarote. Se detuvo delante de la puerta, sobre el puente, quitóse el sombrero, y balbuceó:

— ¡Miss Florencia Devoux, si no me equivoco?

Ella se dio vuelta:

— Efectivamente, soy yo, señor. ¿Quién es usted?

— Un amigo de su madre, señorita. He...

— ¡Oh! ¡Pero qué tonta soy! Usted es Mr. Tandy, naturalmente...

Instantáneamente, Faro Dan advirtió que allí había gato encerrado, pero jamás había estado más impasible que cuando replicó:

— Naturalmente, esperaba usted a Mr. Tandy.

— ¡Claro está! Al contestar la carta en que me informaba de la grave enfermedad de mamá, le pedí que me preparara los medios de transporte desde aquí hasta Kampost, expresando la esperanza de que viniera a buscarme.

— Así me dijo — Faro Dan mintió descaradamente —. Por desgracia, se ha enfermado de "neumonía a los pulmones", de modo que yo vine para evitarle a usted un viaje inútil. No vale la pena de que siga usted adelante, Miss Florencia, porque su madre ya no está en Kampost.

— ¡Ha... muerto?

— ¡Qué esperanza! Algunos amigos lograron finalmente persuadirle a que vendiera su negocio para cuidar su salud. La salud importa más que el dinero, Miss Florencia, de modo que su madre se convenció de que teníamos razón, y lo vendió todo.

— Comprenderá que estoy muy decepcionada, señor...

— Simmons. Me llamo Simmons, Miss Florencia. Dan Simmons.

— Pero muy contenta también de que hayan conseguido ustedes que mamá se vaya de Alaska antes de que se quebrante completamente su salud. Y ahora, ¿qué voy a hacer?

La muchacha estaba a punto de llorar.

— Tome pasaje de vuelta a Nueva York, y espere allí hasta que llegue su madre. Es posible que pase algún tiempo en California a fin de curarse de su bronquitis y fortalecerse un poco.

— Pero... no tengo dinero suficiente para tomar pasaje.

— Le adelantaré la suma necesaria, y cuando usted vea a su madre, se lo dirá y ella me enviará un cheque.

Cuando se separaron, la joven tuvo un gesto que conmovió y embarazó a Mr. Simmons hasta hacerle casi lagrimear. Le echó los brazos al cuello y le besó para despedirse de él, "porque había sido tan buen amigo de su madre y también porque era un tesoro". Agregó que Dan era "sui generis".

De vuelta a Kampost, Dan visitó al Doctor Hamby.

— ¿Cómo va Tandy? — le preguntó.

— Así, así. He tenido que contratar a un indio

FARO Dan y Butterfly Kid eran socios. Dedicábanse al negocio del juego y realizaban fijas por los campamentos de mineros prósperos, porque allí las leyes sobre el juego eran tolerantes y a menudo inexistentes, mientras el juego mismo era fuerte, y los beneficios proporcionales al juego. Daniel tallaba al Faro Dan y Butterfly Kid alternaba entre el Black Jack y la mesa de Pase Inglés. En la época en que ocurrieron los incidentes relatados en esta narración, el centro de actividades de estos dos excelentes muchachos era el bar y sala de baile "El Dorado del Norte", en el nuevo campamento minero de Kampost, Alaska, a unos cuatrocientos cincuenta kilómetros del agua salada y de la civilización que florece junto a ella.

La patrona de "El Dorado del Norte" era Kathleen Devoux, conocida en Kampost por el diminutivo de Catty. Una cuarentona de corazón de oro. El mundo se había encargado de quitarle a golpes toda aspereza y ya no tenía ilusiones. La naturaleza de Catty convertía a Kampost, para ella, en residencia ideal. Estaba exclusivamente interesada en hacer fortuna en "El Dorado": en cuanto lo lograra, emigraría a los Estados Unidos, donde nadie la conocía, y viviría muy respetablemente. Tenía, evidentemente, buenas razones para ello, razones que los hombres admitían como sagradas: una hija de la que deseaba hacer una dama.

Faro Dan estaba profundamente enamorado de Catty, pero sin esperanzas. Maltrataba el idioma inglés; había rodado mucho y sin embargo había acumulado un poco de dinero, pero sabía por experiencia que no duraba mucho.

Era una noche tranquila en "El Dorado del Norte" y Faro Dan, completamente solo, estaba reclinado sobre una mesa de Faro Dan, fumando y contemplando ociosamente a cuatro individuos que rodeaban la mesa de Pase Inglés de Butterfly Kid. A medianoche, Faro Dan vio que Butterfly Kid bostezaba, se despejaba, hacía una mueca a sus clientes y les decía:

— Caballeros, voy a cerrar por esta noche. Estoy fatigado y necesito descanso. Caigan mañana por la tarde por aquí, si creen que les va a durar la suerte.

Extendió un paño sobre la mesa, y se dirigió hacia Faro Dan.

— ¡Viste a ese tipo alto, pálido, Dan? Dió nueve pases seguidos.

Faro Dan asintió con la cabeza.

— ¿Bob Tandy?

— Sí. Tiene demasiada suerte. No juega durante mucho tiempo, pero iría hasta el límite, y más alto aun, si lo dejara. Cuando tiene los dados, recoge

para que te obligue a estarse en la cama. Empieza a delirar y suele decir que tiene que irse de Kampost en seguida, porque si no lo van a matar.

— Puede que no sea delirio, Doctor. ¿Se repondrá?

— Oh! ¡Seguramente!

— Hay un Dios, no cabe duda — dijo Faro Dan y cruzó la calle para entrar en "El Dorado del Norte" y comunicar a Catty el feliz resultado de su expedición río abajo.

— Te metí en la danza deliberadamente, Catty — explicó —. No tengo lo que llamarías una viva imaginación, de modo que le dije a tu hija que te habías ido ya. Así, pues, ahora tendrás que dejar todo esto y tomar el primer vapor para justificar mi embuste.

— Me iré — asintió Catty —. No puedo seguir arriesgándome en esta forma.

— Conviene abandonar un campamento minero próspero en el buen momento, Catty.

— ¿Y averiguaste lo que indujo a Florencia a venir aquí?

Dan hizo una seña afirmativa con la cabeza y prometió:

— No volverá a suceder.

Efectivamente, no volvió a suceder. Tandy había salido a tomar el sol y estaba al abrigo detrás de una pila de leña, cerca de su choza, cuando se le apareció Faro Dan.

— Tandy — dijo éste — te propusiste hacer sufrir a Catty Devoux por medio de tu treta infame, y avergonzarla, y humillarlas a ella y a su hija, pero te salió el tiro por la culata.

El rostro de Tandy se puso del color del marfil viejo.

— Como el Comisario de los Estados Unidos murió durante mi ausencia — prosiguió Dan — no hay representante de la ley en Kampost, de modo que no puede ponerse en práctica el derecho constitucional del jurado por jurado. Así pues, me he erigido yo mismo en juez y jurado, te he juzgado y te declaro culpable. No te tengo confianza. No entiendo mucho de leyes. Tandy, pero, ¡demonios!, sé muy bien lo que es justicia, y este tribunal decide que has pedido que te maten y que le corresponde a este tribunal prestarte ese servicio.

— ¡Auxilio! ¡Asesinos! — rugió Tandy.

Pero Faro Dan desenfundó una pistola automática muy pequeña, que llevaba en el bolsillo del saco y descerrajó expertamente un balazo entre los ojos a Mr. Tandy. Luego regresó, calmado, al pueblo.

En cuanto llegó Faro Dan al café, Catty Devoux le hizo llamar.

— El Doctor Hamby encontró a Tandy muerto, al lado de una pila de leña, esta tarde.

— Calculaba que el doctor lo encontraría, Catty.

— Dice que cree que lo mataste tú, Dan.

— Respeto mucho la inteligencia del doctor. Efectivamente, lo maté, Catty.

— ¿Por qué? Yo no merezco que...

— La muchacha lo merece — balbuceó Faro Dan abruptamente —. Te conté que me besó, ¿verdad? ¿O no te lo conté? Y me dijo que yo era "sui generis", cosa que no comprendo.

— Es latín, — dijo Catty — y significa que ya no quedan hombres como tú.

Aquella noche, cuando Dan dejó de jugar y cubrió su mesa con el paño, el funcionario judicial interino le dijo:

— Bueno, Dan: el jurado del "coroner" dice que Tandy murió a manos de un o unos desconocidos, y recomendó que se hiciera un esfuerzo para investigar el asunto. Así pues, como representante de la ley en Kampost, comienzo por ti. Espero que no te opondrás a acompañarme a mi pequeña cárcel de madera.

— ¿Dónde está la orden de prisión, oficial? La única persona que tiene derecho a dictar orden de prisión en Kampost es el Comisario de los Estados Unidos, y éste murió de un ataque al corazón hace una semana.

— Te detengo como sospechoso.

— No me detendrás — replicó tranquilamente Faro Dan — hasta que me presentes una orden de prisión en regla.

— Sería mejor que vinieras por las buenas, Dan.

Así, pues, el oficial de justicia lo arrestó a Faro Dan. En cambio, contrató una lancha, hizo cargar una buena provisión de gasolina y bajó el río hasta Juneau, para pedir, bajo juramento, una orden de prisión al juez del Distrito, acusando de homicidio a Faro Dan Simmons. Pero esa misma noche, se registró la primera tempestad de nieve de la estación, un mes antes de tiempo.

Cuando éste mejoró, el río se había helado sólidamente y, por aquel año, no había que pensar ya en navegación. Empero, todo indicaba que habría unas semanas de buen tiempo antes de que llegara el invierno serio, de modo que Catty Devoux vendió el café de "El Dorado del Norte", con sus salas de baile y de juego, alquiló un guía y veinte perros y bajó por el río en trineo, volviendo así a la respetabilidad.

La noche antes de su partida, pidió a Faro Dan que la acompañara.

— ¿Por qué? — preguntó éste bruscamente.

— A falta de mejor excusa, supongamos que diga que te quiero, Dan, y que me gustaría casarme contigo. No me burlo, Dan. Sé que tú me quieres.

Dan se sonrió con una de sus contadas sonrisas de oro.

— De veras que me complace, Catty. Nada me agrada más, pero... no puedo irme todavía.

— ¿Sí que puedes! — repuso ella —. ¿Cuánto tenéis ya, tú y Butterfly Kid?

— Podríamos repartirnos unos doscientos mil.

— Tengo otro tanto, Dan; uno y otro nos necesitamos.

— Pero no puedo irme ahora, — replicó él —. Prometí al juez interino que permanecería en Kampost hasta que él regresara con la orden de detención...

Y no volverá hasta la primavera. Y con él vendrá un

nuevo Comisario de los Estados Unidos para juzgarme por la muerte de Tandy.

— ¿Y si probaran tu culpabilidad?

Faro Dan se encogió de hombros:

— Azares del juego, Catty. Pero si no me condenan, me iré en cuanto termine el juicio.

— ¿Vendrás a buscarme?

— Si me das tu dirección...

— Bésame — ordenó Catty —. Esperaré tu llegada.

— Puede ser una espera muy larga, querida mía.

Pues bien; no hubo ley en Kampost ese invierno.

Un minero tuvo una disputa con Butterfly Kid por que éste cambió los dados al ver que el minero daba ocho pases seguidos. Los dados no estaban cargados, pero Butterfly se volvió súbitamente supersticioso y sospechó que había habido cambio. De modo que el minero mató a Butterfly Kid y Faro Dan mató al minero.

Por aquiescencia unánime, el viejo "juez" Borden, archivista del distrito, que había sido juez de paz en otra encarnación, y gozaba de la reputación de ser el hombre más justo e incorruptible del territorio, fue elegido presidente de la Comisión de Vigilancia, cargo que involucraba el de juez, cada vez que la Comisión se constituyera en jurado.

El juez Borden sabía poco de leyes, pero era valiente y muy equitativo. Sandy McKenzie fue elegido fiscal y autorizado a hacer comparecer ante la Comisión a toda persona acusada de infracción a los estatutos, sumamente someros, adoptados. A raíz de lo cual dispuso Mr. McKenzie iniciar las operaciones llevando a Faro Dan Simmons a la barra de justicia, por el asesinato de Bob Tandy.

Interrogado hábilmente por McKenzie, el doctor Hamby declaró que Faro Dan había manifestado un interés muy vivo por la salud de Tandy; que había expresado en su presencia la opinión de que Tandy no deliraba tanto como lo suponía el facultativo; que había preguntado si Tandy se repondría y que, al escuchar la respuesta afirmativa, había observado que "hay un Dios", y se había retirado.

Durante el juicio, Faro Dan permaneció sentado y durante tranquilamente. Cuando terminó la audiencia de testigos de la acusación, el juez Borden le dijo:

— Daniel, te has negado a reconocer la competencia de esta Comisión. Has renunciado a designar abogado en tu favor, y no has querido declararte inocente ni culpable. Los ciudadanos de Kampost tienen el derecho moral de organizarse para su protección mientras el gobierno nombra un nuevo Comisario de los Estados Unidos. Si quieres interrogar por tu cuenta a los testigos, tienes la facultad de hacerlo.

— Han dicho la verdad, juez — replicó Faro Dan —. Estoy muy lejos de querer tratar de enredarlos en contradicciones y de dejarlos mal parados ante sus conciudadanos.

— ¿Tienes que hacer alguna declaración en tu defensa? En ese caso, te aconsejo que la hagas antes de que el jurado se retire a deliberar.

— ¿Quién dicta la pena, juez?

El juez Borden bajó la vista, con pesar:

— Seguramente — dijo — no será el juez de este tribunal. La Comisión de Vigilancia — vale decir, el jurado — dictará la pena y la aplicará. Si aprecio bien el estado de ánimo de la Comisión, ésta te declarará culpable y te ahorcará en el árbol más cercano. El tono de Borden se hizo más suplicante:

— ¿Dan, por amor de Dios, no te obstines! Si mataste a Tandy, pero tuviste un motivo real y válido para hacerlo, habla y di la verdad. La Comisión atenderá tus razones.

Pero Faro Dan meneó la cabeza y se excusó:

— Si hablara, tendría que mezclar en el asunto a una dama, a dos damas, mejor dicho. Y esas dos damas son cabalmente respetables.

Su Honorabilidad suspiró.

— Entonces, ¿reconoces haber matado a Tandy?

— No reconozco nada — replicó tozudamente Faro Dan, excepto que ese pillo de Tandy merecía la muerte. Trató de arruinar la reputación de una dama en un círculo en que era estimada, y para conseguirlo, hubiera destruido el corazón a dos mujeres. Un hombre descubrió su propósito y pudo comprobarlo por medio de un testigo fehaciente y de una carta que había escrito Tandy. Como no había ley en Kampost en esa época, el hombre resolvió juzgar personalmente a Tandy.

— ¡Ah! — murmuró el juez Borden —. Has formulado una declaración que pesará en la decisión de este jurado, con tal que puedas probarla. Creo que todos los hombres de pro que se encuentran en este recinto, admitirán que si Tandy hizo eso, merecía efectivamente la muerte. Supongamos que hagas comparecer a las dos damas en cuestión y muestres la carta acusadora, si la tienes. Tal testimonio aclarará singularmente el asunto.

— La carta no es mía y no la he guardado. Las dos testigos se encuentran en los Estados Unidos y no quisiera causarles el perjuicio de hacerlas venir para declarar en mi favor. No podría hacerlo, juez, porque en esa forma revelaría la desgracia de la cual han sido salvadas y que una de las damas no sospecha siquiera. Y en cuanto a mí, no lo sospechará jamás.

— ¿Y la otra dama? ¿Está enterada de los hechos?

— Sí, juez.

— ¿Sabe quién mató a Tandy?

— Sí. Yo se lo dije.

— Dan, te aconsejo que hables a las claras de todo este asunto, sin mencionar los nombres. Te aseguro que la Comisión tendrá en cuenta tu declaración. Si no mataste a Tandy, has reconocido que sabes quién lo mató, y al negarte a nombrar al asesino, te sindicas como encubridor.

— Tengo la mala suerte de no poder decir nada, juez. No agregaré una palabra más, excepto que agradezco tu interés, y tu honradez y tu gentileza. Si nadie se opone, me iré ahora a almorzar y dejaré

deliberar al jurado. Estaré en mi choza, donde me encontrarán cuando vengan a buscarme.

— Caballeros, — dijo el juez Borden —, pueden retirarse a deliberar. Dadas las circunstancias, me permitirán que no influya sobre el jurado. Además, como juez, no puedo asistir a las deliberaciones. Iré a almorzar y regresaré a la una de la tarde. Me hago responsable de la comparecencia del acusado ante la corte, una vez que hayan establecido ustedes el veredicto.

— Te doy mi palabra de honor, juez, de que volveré contigo pacíficamente y te entregaré mis pistolas antes de regresar — dijo Dan — dando el brazo a Borden.

Y ambos empezaron a caminar, silenciosamente.

— ¡Habla, pues! — dijo el juez de pronto.

— Te contaré todos los detalles del asunto — contestó afablemente Dan — porque confío en ti.

Y seguidamente refirió al juez Borden cómo y por qué había matado a Tandy.

Volvieron juntos a la sala de sesiones de la Comisión y supieron que el jurado no había logrado desempatar en el veredicto.

— Calculo que tengo quince amigos y quince enemigos en el jurado — dijo Dan — y estoy seguro de una cosa: mis amigos estarán conmigo hasta que se cosechen naranjas en Kampost.

— ¿Hay alguna esperanza de que lleguen ustedes a un veredicto — inquirió el juez.

— No — fue la respuesta unánime de los partidarios de Dan.

— De acuerdo con las reglas que rigen en esta Comisión de Vigilancia, hay que dictaminar en un plazo de cuatro horas. En la asamblea que nombró a esta Comisión, se acordó por unanimidad que si a los dos tercios del jurado no pronunciaban un veredicto de culpabilidad, el acusado sería absuelto, pero que, en caso de voto empatado, se convendría algún método para salir de la incertidumbre, ya que el voto empatado aboga tan fuertemente por la culpabilidad como por la inocencia. Personalmente, voté en contra de este reglamento, y sigo protestando contra él.

— Pues yo no — dijo alegremente Dan —. Es absurdo seguir haciendo perder el tiempo a nuestros conciudadanos, de modo que vamos a poner manos a la obra, juez. Echaré las cartas contigo. A mayor o menor. Mayor, soy inocente; menor, me ahorcan.

— ¡Eso no! — protestó uno de los jurados. Dan Simmons puede hacer lo que quiere con los naipes. Puede cortar y sacar mayor, porque ha manipulado las cartas toda su vida. Yo le he visto hacer escamoteos con los naipes, de modo que su proposición no vale.

El juez Borden miró tristemente a Faro Dan.

— Me parece que esa objeción se justifica, Daniel, y por consiguiente, el tribunal la apoya. Además, de acuerdo con las reglas, sólo el tribunal tiene el derecho de escoger el medio de desempate.

Salió de la sala y su ausencia duró exactamente media hora. Cuando volvió, dijo:

— El tribunal ha resuelto echar los dados, en un golpe, a pares o nones, con el acusado. Con nones, gana él; con pares, ganamos nosotros. ¿Satisface este método?

Un coro afirmativo le contestó.

— ¡A ver! ¿Que alguien preste los dados! — dijo el juez.

Tres pares de dados fueron arrojados sobre la mesa, delante de él. Borden escogió dos dados verdes.

— Examinaré éstos — anunció — y los echó cinco o seis veces, con diverso resultado.

— Parecen ser buenos, caballeros. Dan ¿quieres tirar primero?

Y empujó los dados hacia Faro Dan, quien los agitó entre las manos un momento y los arrojó.

— Ocho y pares — anunció el juez —. Si el tribunal saca pares también, habrá empate y tendremos que continuar hasta que uno saque pares y el otro nones.

El juez Borden se humedeció los labios, metió la mano en el bolsillo, extrajo un pañuelo de algodón y se enjugó el rostro. Volvió el pañuelo al bolsillo, con la mano derecha, y con la izquierda tomó los dados. Los agitó, juntando las manos, y los echó.

— Siete y nones — anunció Sandy McKenzie. El juez se arrellanó en su asiento y hundió las manos en los bolsillos de la zamarra. Su tranquila mirada recorrió la estancia. Sacó las manos de los bolsillos, teniendo en ellas las pistolas automáticas de Faro Dan.

— El acusado queda absuelto — declaró — y entregó las armas a Daniel.

Este volvió, paso a paso, vagabundeando, a su choza y observó huellas de pisadas que se dirigían hacia allí. Iban hacia la puerta principal y luego se desviaban rumbo a la entrada trasera.

— He tenido visitas mientras me juzgaban — comentó Faro Dan — y entró en su aposento. En la vieja alfombra deshilachada del comedor-dormitorio, observó una marca, húmeda aun. Vió que había quedado semiabierto un cajón del tosco escritorio de fabricación casera.

— ¡El diablo sea con los bandidos estos! — murmuró — ¡Me han robado!

Fue a examinar la puerta trasera y observó que había sido forzada con una palanca corta. En efecto, halló la palanca sobre la mesa de la cocina.

— El intruso dejó un poco de nieve delante del escritorio, y la nieve se derritió — reflexionó Daniel —. Me pregunto qué se habrá llevado el ladrón...

Investigó cuidadosamente, y por fin llegó a la conclusión de que lo único que había desaparecido era el par de dados verdes que Catty Devoux le quitó a Bob Tandy para entregárselos a él, y que él guardaba en el cajón del escritorio. Mientras se estaba preguntando quién podría haber robado los dados, entró el juez Borden.

— ¡Hola, Dan! — dijo —. Me parece que puedo felicitarte. No pude evidenciar ningún sentimiento

(Continúa en la pág. 10)

RETRATOS ESPAÑOLES

I EL MARQUES DE SANTILLANA



No se retrata don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, señor de Seita y Buitrago, en la orgullosa actitud del prócer a quien alcurnia y ventajas personales dan derecho o disculpa para comparecer ante los siglos como pidiéndoles acatamiento. Bien se ve, con todo, al gran señor, en esa figura postrada que los pinceles de Jorge Inglés animaron. Pero ya el general de tropas cristianas en lucha con las postreras resistencias musulmanas, fuertes todavía en Granada y su sierra; ya el poeta de las serranillas, a quien nos imaginamos gustosos por las sendas del Guadarrama, en gentil atavío de cazador, y tan atento como a la pieza que puede saltar, a la rústica hermosura de una villana con porte de princesa, que se cruza en su camino; ya el docto varón amigo de lecturas, poseedor de muchos cuerpos de libro, el que trajo a su biblioteca, para el menester de la iluminación de sus manuscritos un pintor por cuyos pinceles había de perdurar su figura humana; ya el intrigante cortesano, metido en las marañas de uno de los reinados más revueltos de la historia española, se ha olvidado de batallas y versos, de lecturas y conspiraciones, y se ha hincado de rodillas, juntas las manos, en actitud de orar.

Nos parece que en lugar de plegarias van a salir de sus labios los profanos cantarcillos con que se huelga, en juego que ha de vencer a los años, su musa, cuando deja de lado la sentenciosa gravedad que tampoco le repugna. Pero el pintor nos sale al paso transcribiendo

en letra gótica un fragmento devoto, el final de los Gozos de Nuestra Señora, que suena así:

Por los quales gocos doce,
doncella del sol vestida,
e por tu gloria infinyda,
faz tú, Señora, que goce
de los gocos y placeres
otorgados
a los bienaventurados,
bendita entre las mugeres.

Cuelga suavemente encorvado el pergamino con la estrofa ante los ojos del marqués. El señor, con gorra de largas becas y jubón verdoso, con la cruz de San Antón al cuello y escarcela al costado, se apoya en el reclinatorio, bajo un dosel, obscuro fondo en que resalta la figura. Detrás, una rodilla en tierra, y descubierto, le sostiene la espada un paje. Al extremo de la tabla, una perspectiva de campo: un camino y dos árboles.

Se sabe cuando el marqués mandó pintar este retrato suyo, con el de la marquesa en otro tablero, y unas figuras de ángeles en dos más, que también se conservan, y un San Jorge como remate del retablo, que tuvo esculturas y predella: en su testamento de 5 de junio de 1455. Por aquellos años acababa de subir al trono de Castilla Enrique IV; moría en su corte de Nápoles Alfonso V de Aragón, rodeado de guerreros, artistas y poetas; Juan de Colonia levantaba al cielo las flechas de la catedral de Burgos.

II GARCILASO DE LA VEGA



A Garcilaso de la Vega hemos de buscarle, para tener la representación más auténtica de su fisonomía, en una estatua orante de la iglesia toledana de San Pedro Mártir, donde están enterrados sus restos, junto a los de su hijo, figurado también en alabastro y en igual actitud, con rasgos de semejanza entre ambos que vienen a ser prueba indirecta de la fidelidad en el retrato.

No sin pena hay que desechar la imagen tradicional del poeta, derivada

de un retrato pintado, que perteneció a la casa ducal de Oñate, y muy semejante a otro que se guarda en el museo de Cassel, en donde se asigna a la escuela florentina. En ambos el retratado representa unos cuarenta años, edad que no llegó a cumplir el cantor de Flérida, muerto en acción de guerra a los treinta y tres. Pero no es sólo una presunción de edad lo que invalida esa efigie, de fuerte barba bermeja y cabeza rapada — a la moda de un tiempo en que el emperador Carlos V, por cierto achaque, hubo de rapar sus cabellos — como re-

presentativa del iniciador de la poesía española por las sendas seguras del Renacimiento, al itálico modo. Es un mero detalle: una cruz verde de Alcántara, repetida por los dibujantes y grabadores que divulgaron la imagen presunta.

Fué el marqués de Laurencín quien, rebuscando en los documentos de la orden, vino a poner en claro, en 1914, que el poeta fué caballero de Santiago y nunca hubo de vestir hábito de Alcántara; éste fué el de un sobrino suyo, como él llamado Garcilaso de la Vega Guzmán, que gozó de privanza con Carlos V y Felipe II; el cual sobrino, por lo que se ve, tuvo algo de poeta: la cara.

Otro investigador, el comandante García Rey, señala, en 1926, la fecha en que se hizo el encargo de las estatuas orantes de padre e hijo y el nombre del escultor que hubo de labrarlas: Linares. Doña Elena de Zúñiga, viuda del poeta, en su codicilo de 8 de octubre de 1562, y refiriéndose al lugar en que las estatuas se encuentran, dice que "tiene concertado con Linares de hacer unos bultos de alabastro para poner en dicha capilla en doscientos ducados e para la cuenta de los quales se le tienen dados ciento ducados".

Muerto Garcilaso, el poeta, en 1536, y su hijo, dado igualmente a las letras, en 1555, a la edad de veinticinco años, y en acción de guerra como el padre, y en Francia asimismo, habían transcurrido ya muchos años y el escultor tendría presente alguna miniatura o documento fidedigno para dar la semejanza. La cabeza tiene carácter; y el poeta no pierde, antes gana, con reducir a esas facciones su prestancia personal: cabello más largo y rizado, barba corta y cuidada. No se advierten huellas de las lanzadas que le desfiguraron un tanto el rostro y entorpecieron, no sin prestarle cierta gracia, su lengua. A veintitantos años de distancia bien se puede idealizar un poco la fisonomía de un poeta de amor, que es, por sus versos, eterno galán. La armadura, la capa gallardamente echada atrás, la actitud orante, imponen respeto. Se pasa difícilmente del traslucido alabastro fúnebre a la persona viva, al interlocutor de Andrea Navagero en los bosquecillos de Granada, por donde iban los dos, hablando de versos italianos y de sílabas españolas, como por las églogas de nuestro poeta, cantando a sus pastoras, Salicio y Nemoroso.

III

PARAVICINO



TIENE el modelo veintinueve años. Tendrá el pintor sesenta y ocho. Es en 1509. El religioso trinitario a quien retrata el Greco tiene pálido el rostro, los ojos grandes; el cabello y la barba parecen intencionalmente descuidados, como para añadir interés y expresión — románticos, diríamos, si aquel siglo lo consintiera — a la cara demacrada; unas manos finas se alargan en estudiadas actitudes; se adivina en el cuerpo sedente una esbeltez, una distinción singulares. Si no supiéramos que era el orador que arrebató a sus auditores, o, mejor, que los extasiaba en sutiles delirios verbales, no necesitaríamos de grandes dotes adivinatorias para colegirlo, sólo por esta imagen.

Fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, predicador de sus majestades Felipe III y Felipe IV, fué el hombre de moda. Escritor, en prosa y en verso, logró, por otro camino, por el de una oratoria de nuevo estilo, mayor fama en vida que sus contemporáneos más ilustres. Todos le rindieron parias, aun los que combatían entre sí. Lope le llama:

"Crisóstomo español con labios de oro, que nunca ingenio humano del intelectual celeste cora tanta parte alcanzó..."

Para Pellicer fué "el primero que

introdujo a las tinieblas de la Elocuencia española, las luces Griegas, i Latinas". Se le ve consumido por un fuego interior; y los males de que se queja (próxima su muerte, dirá de su falta de salud: "ya en estos últimos años tan perpetua que se me acusa por afectación el hablar siempre en ella, aun en lugares públicos"), se nos aparecen como los "squisiti mali" del soneto dannunziano.

Toda la corte, damas y caballeros, pende de sus labios, se pasma ante sus conceptos, intenta penetrar las obscuridades de sus metáforas. El alaba en verso a Góngora,

"por quien las voces de España se ven, de bárbaras, cultas,

y se de'a retratar por el Greco, que gongoriza con sus pinceles bizantinos. Sobre el libro grande que se apoya en el muslo y en el brazo del sillón fraileño, otro libro pequeño parece ocuparle la imaginación. Un libro será de doctrina; otro de retórica. Q izá de doctrina el más chico. Sus nuevas luces oratorias se componen de una flaca voz insinuante, de un relampagueo de imágenes alambicadas, de un estudiadísimo ademán, de la inclinación de la cabeza, del cuidado de un pliegue, "sólo por mostrar galantería", como dice, arremetiendo contra los predicadores culteranos, un severo censor del tiempo.

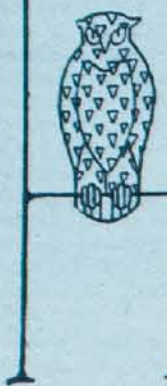
(Para LA NACION) MADRID, enero de 1931.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿POR QUÉ SE VUELVE A LA FILOSOFÍA?

VI por JOSÉ ORTEGA y GASSET



E' dicho que me parece bastante torpe creer que se plantea el problema del conocimiento cuando se analizan los mecanismos intelectuales (psicológicos o lógicos) que el hombre emplea para conocer. La psicología entera o entera la lógica o juntas ambas, no bastan

para dar la definición más elemental del conocimiento. Se dice que al conocer se busca la verdad y que conocimiento en su plenitud sería la posesión integral de ésta. Pero con ello no hacemos sino reproducir la escena del Pretorio, porque "verdad" significa tradicionalmente un estado intelectual cuyo contenido coincide con lo que las cosas son. No hay, pues, manera de definir el conocimiento sin incluir en la definición la fantasmática idea del ser, del ser de las cosas. Ahora bien, ni la psicología ni la lógica nos iluminan lo más mínimo para averiguar qué demonio de cosa sea ese ser de las cosas, en cuya captura, por lo visto, consiste el conocimiento. La psicología es una humilde disciplina que supone ya averiguado eso y vaca, sin más, a investigar una región de seres muy particular: los fenómenos psíquicos. Parejamente la lógica deja a su espalda la gran cuestión y reflexiona modestamente sobre el modo de ser parcial que manifiestan las formas conceptuales.

Es evidente que el problema del conocimiento no queda planteado con algún radicalismo si no nos hacemos cuestión precisamente de eso que tradicionalmente se considera como definición elemental del conocimiento: que es un buscar la verdad, es decir, el ser de las cosas. En vez de tomar estas palabras como una respuesta satisfactoria y reposar en ellas, deben despertar en nosotros la mayor inquietud. No vale, — una vez dada esa definición — proceder sin más a buscar ese ser aquí o allá, en psicología o en lógica o en cualquiera otra provincia. Esto supone que, sin más, admitimos la existencia de algo que merece llamarse ser y que presumimos, sin más, saber de qué se trata. Supone, asimismo, que no nos causa sorpresa ni nos es problema el que ese ser, que por lo visto está ahí, tenga además que ser buscado por el hombre, en vez de encontrarlo éste sin búsqueda alguna. Porque es el caso que las cosas no tienen propiamente que ser buscadas sino que desde luego están ahí, apretando nuestra existencia, ofendiéndonos o halagándonos. No sólo no tenemos que esforzarnos en buscarlas, sino que no podemos quitárnoslas de delante. Vivir es eso: hallarse sitiado por las cosas irremediamente. ¡Hasta es punto no hay que buscarlas! Lo que puede acontecer es que en cierto momento hayamos menester de una cosa y que ésta no se halle a nuestro alcance. Pero si sentimos necesidad de ella, es porque la hemos tenido, contábamos con ella y ahora, merced a un puro azar, nos falta. La ausencia de una cosa es, pues, posterior a su presencia: la echamos ahora de menos porque antes la tuvimos. Su defecto es accidental: tal vez dentro de un instante volvamos a poseerla.

Pero con el ser de las cosas no nos pasa esto. Encuentro la luz en derredor mío, apareciendo por sí misma, por su propia cuenta y riesgo en torno de mi persona. Por eso digo que está ahí. Pero lo que la luz es o "el ser de la luz" no está ahí, en mi derredor, no está donde la luz está, sino que

está siempre *más allá de ahí*, en una esencial ausencia y ultranza. Si se quiere llegar hasta él no hay más remedio que movilizarse, salir de todo "ahí" y emigrar "más allá": hay, pues, *forzosamente*, y *siempre*, que ir a buscarlo.

Ahora bien: esta ausencia del ser de la luz no se parece en nada a la falta accidental de la cosa "luz" que podamos acaso padecer. El ser no nos falta ahora porque lo hayamos tenido antes, como un reloj u otro utensilio que solíamos usar y alguien nos ha quitado. No: el ser no lo hemos tenido nunca si no lo hemos buscado primero. Para que exista sombra o vislumbre de ser es preciso que antes el hombre lo busque. Y claro es que no lo puede buscar si no siente su falta. El ser comienza por faltar, o dicho más formalmente, el ser es la falta o defecto absolutos y no tan sólo accidentales. Mientras las cosas se caracterizan por *estar ahí*, por rodearnos y oprimirnos, su ser consiste en lo que absolutamente *no* está ahí, con un activo no estar que es la privación y el "faltarle a uno".

Volvamos ahora a la definición tradicional del conocimiento como busca del ser de las cosas. ¿No aparece ahora clara su deplorable trivialidad? Habla del ser como de una cosa cualquiera entre las que están ahí y, consecuentemente, hace del buscar cognoscitivo un buscar cualquiera. Según eso no habría diferencia entre buscar el ser y buscar una llave que se nos ha perdido. Pero menos todavía: cuando vemos que alguien busca una llave, su afán nos parece comprensible ya que desde luego completamos su sentido, que es siempre — como todo acto vital — dramático. En este caso de buscar la llave el dramatismo será mínimo, pero no hay duda que existe y tiene todos los componentes de un drama. El esfuerzo de la pesquisa se nos presenta desde luego motivado por el golpe del destino que representa haber perdido algo que justamente se necesitaba. Vemos la acción de buscar la llave emergiendo con perfecto sentido de que se la necesita y, por azar, falta. Pero en aquella definición del conocimiento no trasparece el motivo que mueve al hombre a buscar el ser. Máxime si se recuerda lo dicho: que el ser es algo que no hay, que no está ahí. ¿No es frívolo ajetrearse porque sí en buscar algo que ni siquiera lo hay?

De hecho nada es más frecuente que esta manera frívola de ocuparse en conocer. Una gran mayoría de los hombres de ciencia — y no me refiero a los falsos hombres de ciencia — se encuentran a sí mismos embalsados en la actividad de investigar sin que jamás hayan sentido necesidad alguna original que les mueva a ello. Trabajan en física o en filología porque al salir a la vida hallaron constituidos estos oficios de físico o filólogo y los adoptaron como podían haber adoptado otro. Querramos o no, en la vida hay que hacer algo. No tolera el vacío de todo hacer. Cuando se eluden los demás quehaceres se presenta uno de los más angustiosos: el aburrimiento, — que es la terrible tarea de *hacer* tiempo, de sostener a pulso una vida buca, la más pesada de todas, la que se desploma sobre cada minuto de su propio transcurso. Muchos hombres hacen ciencia, digo, por hacer algo. Pero es evidente que ellos no habrían inventado ese tipo de ocupación humana que hoy se ha materializado en institutos, cátedras y puestos sociales regulados y retribuidos. El primero

que hizo física no la hizo por hacer algo, sino por una interna necesidad.

Esta necesidad que es la raíz del conocimiento, tiene que ser puesta a la intemperie en una definición de aquel que pretenda tener sentido. El esfuerzo con que buscamos el ser brota y se nutre de una dimensión radical de nuestra vida que es la ignorancia. Esta es el más auténtico supuesto del conocimiento. Sólo un ente que es por naturaleza ignorante es capaz de movilizarse en la operación de conocer.

Pero no ignora quienquiera. Ni la piedra ni Dios ignoran y, por eso, hablando rigurosamente, ni una ni otro conocen. Se trata de un privilegio humano, glorioso y tremebundo.

¿Qué es ignorar? Evidentemente es cosa distinta del simple no saber. Yo no sé cuántos pelos tiene la liebre blanca que precisamente ahora corre por tal paralelo ártico. Sin embargo, yo no soy ignorante de ello: esa ignorancia no es una realidad que forme parte de mí, que constituya mi ser efectivo. Con la misma razón puede decirse que es ignorante la piedra. No: la ignorancia real, constitutiva, es algo más que un simple no saber, es no saber algo que hace falta saber. Por consiguiente, sólo puede ser de verdad ignorante un ente que por naturaleza es menesteroso, quiero decir que constitutivamente sufre la falta de algo. He aquí por qué Dios tampoco conoce, porque no ignora y no ignora porque nada le hace falta y menos saber algo. Si Dios es perfecto no ha menester de saber nada. Le sobra el saber. La posesión de un saber tiene que estar justificada. Sólo puede saber quien lo necesita y sólo lo necesita quien con el saber llena algún hueco, manquedad o defecto que padecía.

Ahora bien, el saber es propiamente saber lo que una cosa es. Su objeto propio es el ser. Decir, pues, ignorancia es decir que alguien necesita violentamente, quiera o no, averiguar el ser de las cosas. Esta es precisamente la condición del hombre.

Somos nuestra vida y nuestra vida consiste en que nos hallamos obligados a sostenernos en medio de las cosas, del ancho y complicado contorno. Tenemos en cada instante que decidir lo que vamos a hacer, esto es, lo que *vamos* a ser en el instante inmediato. Si fuésemos eternos, esto no nos angustiaría: lo mismo daba, entonces, tomar una u otra decisión. Aun erradas, siempre quedaba tiempo para rectificarlas. Pero lo malo es que nuestros instantes son contados y, por tanto, cada uno irremplazable. No podemos impunemente errar: nos va en ello... la vida o un trozo insubstituible de ella. El hombre tiene que acertar en su vida y en cada momento de ella. Por eso no puede su existencia consistir — como la de los olímpicos — en un indiferente y elegante resbalar de cosa en cosa, de ocupación en ocupación, según lo que buenamente traiga el azar de cada jornada. Los olímpicos, *seguros* de que no morirán nunca, pueden permitirse este lujo: lo mismo da hoy que mañana, esto que lo otro. Pero el hombre tiene prisa. La vida corre. La vida es prisa. De aquí la esencial desesperación que nos produce el esperar, la calma de las cosas. Ellas tienen y se dan más tiempo que el que está a nuestra disposición.

De aquí que nosotros sumergidos entre las

(Continúa en la pág. 19)

CAFE del Rhin. Avenida, esquina a la calle de Vergara. Permite a los donostiarros — permanentes — transeúntes, ocasionales — evocar esplendores fluviales de la gran arteria acuática alpina, sin el cambio indispensable de situación geográfica — y económica casi siempre.

Propietario: Florentino Rojo. Agilizado para el negocio cafetero, emergiendo de continuo por entre el oleaje parroquiano. Su nombre y patronímico, sugieren cúpulas tempranas de auroras comunistas con amaneceres renacentistas. Sin embargo, si Florentino tiene algo de tal, es en la sonrisa, pero desvelada de misteriosos enigmas. La tonalidad encendida que su apellido agita, queda reducida a una rosa optimista de alcance burgués. Unicamente, cuando frígido y arrebujaado, el propietario penetra, lanzando rayitos ojeadores al interior del café, a través de las lunas giratorias de acceso, la intensidad rojiza aumenta con la reacción termométrica de adentro, y entonces, sí, Florentino es ya más auténticamente Rojo.

● ● Tardes renanas. Ved aquí un título adecuado para una composición musical romántica — una sonata, por ejemplo — o para una litografía tirada en Colonia, a mediados del siglo XIX. Pero, también puede cobijar la impresión de estas tardes pasadas en la corriente quieta del Rhin cafetero, a dos pasos de la desembocadura dinámicamente arrebatada del río auténtico y donostiarr.

Tardes renanas. El hecho de llamarse del Rhin el café, parece reblanecer un tanto el ánimo, haciéndolo propicio a cualquier rapto sentimental.

oro de este Rhin no es asequible que al único buscador realmente al.

En cambio, la sola recordación sobre un diván, del gran río galo germano-nórdico, o, propiciará una transmigración idílica hacia las corrientes o las orillas del río centroeuropeo; un despertar mnemónico de lejano saboro viñario, o alguna sugerencia hullera, a través de los radiadores que caldean el blando asiento captado.

● ● Los domingos y días festivos — que vienen a ser domingos de propina — los tertulios y las tertulianas, revestidos de una solemnidad rígida, de visita de cumplido, forman un conglomerado compacto, calculador de dispendio y beneficio. Las caras de todos y de casi

todos los días, aparecen naufragando aquí y allá, separadas de sus contertulias, con muecas angustiosas. Las jóvenes de todas las edades salpican la asistencia hasta la hora del cine. No hay nada tan revolucionario como el día festivo, irrumpiendo en el café.

● ● Las verdaderas tardes renanas son las otras, las de los días laborables en que cada cual traslada su laborar al café, extendiendo sus bártulos y trebejos sobre el velador. Los bártulos, pueden ser los naipes, el periódico nocturno, el papel timbrado del café, las cuartillas, el platillo y el vaso humeante o frío... Los trebejos son siempre los trebejos: los peones, las torres, los caballos, los alfiles, la reina y el rey.

Las piezas de ajedrez, alineadas sobre los escaques, como numerosos ejércitos defensores de su respectiva dinastía, absorben la atención de los jugadores — estrategias mancomunadas, — encargados de la debelación definitiva.

El ajedrez no es un juego plebeyo, y, sin embargo, en el café del Rhin, ha extravasado el continente selecto, irrumpiendo en una democrática generalización, y ha hecho precisas las grandes tiradas de cuadros en bobinas de linoleum, para poder así satisfacer la demanda de la clientela.

Y, con qué enfrascamiento, bien ceñidos a las tablas metafóricas, ordenan los movimientos nuestros dilectos amigos. Viven un mundo aparte, mundo cuadrulado y limitado sin escape posible. Lo exterior es completamente extraño a ellos; ni las sonrisitas rasgadas con hoja de afeitar, ni el roce auditivo de los más serios problemas latentes, ni la ejemplar hembra que acaba de entrar, ni el codazo del vecino, ni el alboroto que produce en el peinado el

roce del abrigo, cazado sobre su cabeza con dificultad por el parroquiano que se va; nada, absolutamente nada, distrae al absorto ajedrecista. Al jadiósl de despedida contesta con otro adiós, silbante, escapado por un oído para no tener que volverse. El jaque puede más que todo, incluso más que la jaqueca. En el café del Rhin, el ajedrez no ya reina, que esto sería natural; impera. El rey y la reina, son emperador y emperatriz; más todavía: Zar y Zarina.

● ● Salpimentando el silencio ritual de las jugadas ajedrecistas, tal tute, cual mús. algún julepe, cierto "pocker", animan de expresiones recias y subidas de tono, a veces, los acordes musicales que Larrocha, Sorozábal, Cotarelo y Plazaola derraman generosamente sobre las cabezas de la concurrencia.

● ● Afuera llueve, con ese desprendimiento patricio que caracteriza a las precipitaciones atmosféricas en estas tierras. La estación de las lluvias, de parada y fonda, sostenida, desconoce aquí el reconcomio seco de las tierras yermas, de brocales y garruchas, y de norias que dan vueltas y más vueltas con una mula por zumbel.

Los asiduos penetran constantemente, sacudiéndose el agua, como los más "fieles compañeros" del hombre cuando salen del baño. Las boinas se exprimen como limones; los sombreros imitan durante breves momentos a las regaderas; los paraguas hacen dibujos líquidos en el suelo, como los niños de las escuelas en sus expansiones callejeras y miccitorias.

● ● Nuestro amigo, de rasgos vascos, mondos, lacerados, con una claridad resplandeciente a través de un peinado elemental, entorna los ojos, los

vuelve del lado en que acuden las ondas sonoras. lleva el compás, y refleja su emoción filarmónica incansablemente, repetidamente, día por día, hora por hora, minuto por minuto, del programa, lanzando al final de cada pieza

unos aplausos leves, tímidos, que, generalmente, quedan flotando en la atmósfera, sesgados por los camareros, que creen oír una llamada.

● ● Acaba de entrar el parroquiano más hermético de palabra que pasea por estas avenidas de veladores. Con sus gafas de cerquillo áureo, su boina ceñida; la gabardina abotonada hasta la nuez... impávido... artista... despidando de su condición.

● ● Angeles Santos — ¿no habéis leído algo de lo más delicioso que ha fraguado Ramón? — entra también ahora. Saludos; se sienta con nosotros, y nos oye hablar; a veces se sonríe con una ingenuidad infinita. Después de la magnífica presentación de Ramón Gómez de la Serna, no hay nada que decir, creo yo; y, a pesar de ello, es posible que un distinto tamiz, no pueda substraerse a decantarnos algo. Quede anotada la presencia de la "genial pintora Angeles Santos" en nuestra tertulia renana.

● ● Seccionemos. Un desfile de figuras sería agotador, y eso que las hay destacadas. Es interesante descubrir lo que hay de caracterizador en lo amorfo, pero requiere arduo análisis de observaciones hechas, y más espacio.

El chafado movimiento revolucionario, aletea de mármol a mármol. Hay clientes del café comprometidos; según unos, locos; según otros, cuerdos y bravos. Lo más probable dotados de dinamismo ideal, como todos los luchadores, generalmente incomprensidos y de actuación inexplicable en los espíritus más quietos y más propicios al sobresalto.

Las soluciones hienden la espesa atmósfera del café, para recibir la conformidad de las más contrapuestas ideologías, aunque resulta muy significativo que ya no produzca susto la palabra "república" y los tertulianos sesudos, bien aburguesados, se preocupen, sobre todo, de cómo podría implantarse sin conmociones "materiales". Este es el "idealismo" predominante en el ambiente de las tardes renanas.

Florentino puede echar el completo por hoy.

● ● Envío: Al Gran Pombiano.



Rasgueo de velador El café del Rhin

Texto e ilustración de
Antequera Azpiri

(Para LA NACION) SAN SEBASTIAN, enero de 1931.

HUMBERTO FRACCHIA

Por OLINDO

(Para LA NACION)



HUMBERTO FRACCHIA

MALAGODI

ROMA, enero de 1931

HUMBERTO Fracchia, cuya muerte prematura y trágica ha causado dolorosa impresión no tan sólo en los círculos artísticos y literarios, sino también en la inmensa masa de sus fieles y aficionados lectores, representaba en la literatura contemporánea italiana, una figura que si no era de excepcional relieve en cuanto a la fuerza y a la originalidad de su pensamiento, era sin embargo muy notable por su continuo esfuerzo y por la multiplicidad de su laboriosa actividad.

Yo conocí a Fracchia en los principios de su carrera, y hasta puedo decir que fui yo el que le lancé en la carrera. En aquellos plácidos tiempos de antes de la guerra, los más inteligentes jóvenes, ignorando el trágico destino que les estaba reservado, intentaban abrirse camino en la literatura o en el periodismo, y entre ellos Fracchia, muchacho desconocido y del cual nada se había publicado todavía, vino a presentarse a las puertas de "La Tribuna". Lo hizo, como todo novicio, llevando en la mano sus buenas cuartillas para someterlas al juicio del venerado y a la vez temido Director, con justificado temor en este caso, pues bien sabía que de literatura me entendía yo bastante. Aquellos legajos de cuartillas que se iban amontonando sobre mi mesa de trabajo para que yo los leyera, constituían una de mis tantas ocupaciones y a ellas dedicaba de vez en cuando un día entero. El primer ensayo de Fracchia me gustó, por lo que llegó a ser uno de los colaboradores fijos del periódico. En aquellos escritos suyos no había nunca la idea original o genial que atrae y subyuga la atención del público; pues se trataba generalmente de ideas ya conocidas, cuando no del dominio común, pero tratadas con claridad, con facilidad y con una modesta pero firme ansia de verdad y de sentido común, que rehuía las paradojas y los caprichos literarios. En su estilo no había golpes de efecto ni efusiones líricas, sino sencillez y razonamientos, como lo haría un estudiante que procede con cautela evitando los peligros o un maestro al cual la experiencia hubiese enseñado a mantenerse dentro de los límites de su propia capacidad desdénando las falsas originalidades y los fáciles oropeles. Ligero por origen y por educación, de reposado aspecto físico, frente tranquila y cuadrada y modales reservados, pertenecía a aquella raza de tenaz laboriosidad que al proponerse una finalidad, intenta llegar a ella no de golpe ni por medio de afortunados atajos, sino yendo por el camino derecho, paso a paso, acumulando pequeños y continuos esfuerzos con la seguridad de llegar un día. Después fué arrastrado como todos sus coetáneos en la terrible vorágine de la guerra, en donde tantos seres, que ya entonces mucho prometían para el arte y la cultura italianos desaparecieron para siempre.

Humberto Fracchia salvó la vida y cuando terminada la guerra, reapareció sobre los escenarios literarios, parecía otro. No es este un caso único, pues la formidable experiencia de la guerra, al poner al hombre continuamente frente a la muerte y al encerrarle largas horas en la soledad de sí mismo, produjo muchas veces el efecto de una íntima revelación en la cual, el hombre acostumbrado a pensar, descubría en sí mismo fuerzas y capacidades hasta entonces desconocidas. Fracchia, que antes de la guerra se mantuvo prudentemente dentro del campo, en apariencia muy grande pero realmente muy reducido, del artículo llamado de variedad o "essai" de actualidad según los ingleses, que viene a ser una crítica rápida de los hechos diarios, se presentaba al público bajo el nuevo aspecto del novelista, publicando un volumen "Angela" que atrajo la atención general y dió

lugar a numerosas y vivaces discusiones. Los críticos se preguntaban si no representaba acaso esta novela, un nuevo tipo del arte narrativo y fuese el resultado de la radical transformación producida en el espíritu de las nuevas generaciones, por la experiencia y las rudas pruebas de la guerra.

Efectivamente, el libro presentaba, comparándolo con la literatura de años anteriores, nuevas y curiosas tendencias. Nada quedaba en él del áspero y rudo positivismo de la llamada novela experimental derivada de Balzac, de Maupassant y de Zola: nada tampoco del sutil y enfermizo psicologismo que empezando en Sainte Beuve, en Bourget y en algunos ingleses como Hardy y Henry James había llegado hasta la obra forzosamente heroica de D'Annunzio. Su novela enlazaba aventuras de un realismo muy cercano a los fabulosos maleficios de un collar de piedras preciosas; y mezclaba de una manera curiosa la fábula de tipo oriental con las pequeñas realidades de la vida burguesa y con las complicaciones psicológicas más modernas. La misma transformación advertíase en el estilo, el cual, abandonando el tipo de la sencilla narración, se desarrollaba, podríamos decir a saltos, con figuraciones rápidas, episodios recordados, que a menudo se condensaban en una escena final cuidadosamente delineada y tratada con gran riqueza de color, en la cual había algo de plástico y de inmóvil, como si el escritor se hubiese parado a describir un cuadro o una estatua. Todo esto en su primer libro gustó mucho; pero cuando el escritor siguió publicando otras novelas, en las cuales estos procedimientos se repetían, no tardó mucho la crítica aguda y entendida en descubrir su mecanismo, y se vino a parar en la conclusión de que Fracchia se refugiaba de buen grado en la fábula, porque no se sentía con suficientes fuerzas para enfrentarse con las grandes realidades de la vida, ni con sus formidables problemas morales. También se descubrió una curiosa imitación del cinematógrafo en su estilo narrativo recortado, con lo que se enseñaba a la literatura nuevas maneras de representar las cosas. Pero con todo esto, lo que en un primer momento se tomó por espontaneidad y originalidad, vino a ser como el resultado de una industriosa e inteligente laboriosidad.

Y el Fracchia de la post-guerra volvió así a comprometerse con el Fracchia que yo había conocido en sus primeros ensayos; esto es, más literato que poeta; un literato que sabe administrar del mejor modo posible sus no excepcionales pero sí positivas dotes naturales, entre las cuales no está excluida una sutil y genuina vena poética. A sus especiales cualidades de carácter práctico, dentro de la esfera literaria dedicó él, en sus últimos años, la mayor parte de su actividad; a él se debe la fundación del mejor y más difundido periódico de crítica y de literatura que hoy día poseemos: "Italia Letteraria"; y también fué en sus últimos tiempos, director literario de una gran Casa editorial, contribuyendo de este modo al incremento y a la difusión del culto de las letras que fué, sin duda alguna, el fuego central, y la pasión tranquila pero constante de toda su vida. Fué, en síntesis, un hombre completo a pesar de la modestia de sus dotes naturales, y podemos decir que con su muerte la literatura italiana ha perdido, si no la esperanza de una real y verdadera obra maestra, por lo menos, el eficaz auxilio de una actividad segura y fecunda; como corresponde al temple y a las costumbres de aquellas gentes de Liguria a las cuales pertenecía y que se distinguen, precisamente, más que por la originalidad y la potencia de su genio, por la constancia en sus propósitos y por la seguridad y energía que emplean para llegar a su meta.

Bestiario



Coatí

El coatí es casi un osillo.
Un osillo hormiguero que
por cola le han puesto un cepillo.
El limpiatubos del quinqué.

Por hocico tiene una lanza
Una fina lanza sutil
con la que cobra la pitanza.
Y cuando se rasca la panza
me parece que toca el tamboril.



Tordo renegrido

Tordito renegrido,
"siempre de negro hasta los pies vestido",
lo mismo que el monarca don Felipe Segundo.
Pero éste es más feliz y más pulido
y no sueña con ser dueño del mundo.



Amor de madre

Con qué amoroso y maternal abrazo
tiene la mona al hijo en su regazo.

Y yo pienso en que hay muchos niños en la ciudad
que tienen que envidiar esta maternidad.



Cacatúa de moño amarillo

Cerrado el moño es un cuerno.
Y abierto es un abanico.
Para subir por la jaula
trepa con garras y pico.

Ya está en la barra; y, gentil,
en gracia de los poetas,
se agarra bien a la barra
y empieza a dar volteretas.



La comida de las fieras

Una mona, y un mono, y un monito,
que, sin duda, es su hijito,
esperan impacientes al guardián...
O, mejor dicho, esperan las bananas pan.

Apenas llega, y sobre el pavimento
les tira el alimento,
los tres se tiran sobre la comida
con el alma bestial enfure.

Y así se puede ver
que, cuando entre animales, se trata de comer
no existe parentesco. La voraz y vesánica gula
cada cual acapara para sí y acumula
con la santa intención
de dejar a los demás sin ración.

Pedro Herreros



ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

— Que el negrito se quede con nosotros.

— Ah, bueno — le repuso la mamá. Eso lo arregla el tío Paco.

Pero había que dejarlo para otro día. Por lo pronto, lo más urgente para el tío Paco era explicar a Maruja, a Julito y al Polo la manera de cumplir sus cometidos. Uno a uno los introdujo en la pajarera y allí los aleccionó prácticamente. Los chicos aprendieron lo bastante bien como para que el tío Paco pudiera irse tranquilo, y durante algunos días los canarios vivieron felices, se familiarizaron con su nuevo domicilio y llenaron de trinos el ambiente. Pero esto duró escaso tiempo. Una tarde el tío Paco notó que mientras que por culpa de Julito los pajaritos se morían de hambre, por culpa de Polito se morían de sed y por culpa de Maruja perecían de peste. El tío Paco se puso las manos en la cabeza y decidió trasladarse con su cama a la casa de doña Mariquita para que aquello no acabase en un desastre.

— No necesito que me ayude nadie — decía el tío Paco. — Cuando tenga que salir, llamaré al vigilante de la esquina y lo dejaré en la puerta de la pajarera.

Los chicos se reunieron en el fondo a comentar esta resolución, que si a Maruja le parecía muy justa, a Julito, en cambio, le parecía un poco exagerada. Por su parte, al Polo chocábale una cosa: aquello de traer un vigilante.

— Ultimamente — decía — la vigilancia puedo hacerla yo. Para eso tengo mi uniforme de soldado con el casco y el fusil.

Julito dijo:

— Muy bien. El fusil está en la leña y el casco está en el aljibe.

— Pero me queda la espada, que es lo principal.

— Esa tendrás que pedirselo al chico del panadero.

— Se la pido cuando quiera. ¿Por qué no?

— Porque él te pedirá los bizcochos que te dió por ella.

— Los bizcochos yo no puedo dárselos. En cambio, él me puede dar la espada.

En esto exclamó Josefa, asomando su carota por la ventana de la cocina:

— Con la espada te va a dar, si se la pides.

Polito pensó en el genio del chico del panadero y notó que se quedaba sin argumento para insistir en su idea sensatamente. Hizo muy bien en callarse. De todos modos, y en definitiva, los que protestaban ante la resolución tomada por el tío Paco, no tenían razón. Los hechos se encargaron de demostrar que, gracias a esa resolución, finalmente llegó un día en que la pajarera se pobló de crías en forma maravillosa y hubo motivo para que en el pueblo le llamasen la casa de los pájaros a la casa de doña Mariquita.

Sólo la Coca podía quejarse con fundamento, porque después de haber renunciado al cuidado del piojillo, nunca lograba que le cumplieren la promesa de llevar a la casa el negrito. Parece que el tío Paco, para conformarla, le llevaba negritos de orozuz de los que venden en la botica. Pero la Coca solía decir:

— Yo quiero el otro, tío Paco, porque a éstos me los comen en seguida.

El tío Paco acabó por contestarle:

— Estoy viendo que, hasta ahora, eres la única persona de la familia que no aloja pajaritos en la cabeza.

La chica no entendió bien, pero se apoderó del cartucho de los negritos de orozuz y se apresuró a guardárselo debajo del delantal de los gatos estampados.

HABIA en el pueblo quienes decían que a la casa de doña Mariquita le llamaban la casa de los pájaros porque todos sus habitantes tenían llena de pájaros la cabeza. Lo cierto es, sin embargo, que la llamaban así porque el bueno del tío Paco, cuando se jubiló, decidió matar el tiempo construyéndoles a los chicos una enorme pajarera para que se aficionasen a la cría de canarios.

— Ya verán qué cosa linda — les decía durante la construcción.

Los chicos la contemplaban como a un castillo encantado; aumentó grandemente su interés el día en que el tío Paco, después de terminado el armazón, comenzó a pintar los barrotes de azul, blanco y colorado. El momento solemne vino luego, cuando el tío Paco se fué a la capital y regresó acompañado de un negrito que traía una jaulita con los dos o tres casales de canarios comprados por el tío Paco para plantel de la cría. Venían cubiertos por un pañuelo obscuro que el negrito desanudó con gran cuidado, mientras los chicos lo rodeaban llenos de emoción.

La Coca estaba nerviosa y no cesaba de dar tironcitos del delantal de Maruja, como queriendo preguntarle algo. Maruja, finalmente, se volvió a la Coca, y ésta, empuñándose, le habló al oído. A su vez, Maruja habló al oído del tío Paco para decirle:

— ¿Sabes lo que me pregunta? Si el negrito se compra con los canarios.

El tío Paco contestó:

— Dile que sí, porque es de celuloide.

A la Coca le pareció que el tío Paco hablaba en broma, según su costumbre; pero de todos modos, no quedó tranquila hasta que poco a poco se acercó al muchacho y logró tocarle un brazo con un dedito. Entonces dijo:

— Es de carne.

Desvanecida esta duda de la Coca y una vez descubiertos los canarios, el tío Paco se apoderó de la jaulita y marchó adonde estaba la pajarera con la comparsa detrás. La formaban la mamá, la sirvienta, Maruja, Julito, Polito, la Coca, Anita y finalmente el negrito. Este decía:

— Ahora hay que cuidar que no se escapen.

Julito preguntó:

— ¿Quieren que vaya por la escopeta?

Polito contestó:

— Me parece mejor llamar al perro.

— Más seguro será traer el gato — dijo la sirvienta.

Los chicos se dieron cuenta de que habían estado bobeando cuando vieron que el tío Paco, para soltar los canarios de la jaula en que venían, empezó por meterse él con ella en la pajarera. Ya terminada la operación, el tío Paco dió instrucciones a los chicos sobre el cuidado de los canarios, indicándoles la hora en que habían de hacerles cada cosa y encomendando a cada cual un cometido. Julito se encargaría del alpiste, Polito del agua y Maruja, por ser mayor, de la limpieza. La Coca preguntó resuelta-

mente:

— Y yo, tío Paco, ¿qué hago?

El tío Paco comprendió que la chica iba a ofenderse si no se le tenía en cuenta, y le dió una misión importante. Le dijo:

— Tú te encargas del piojillo.

— ¿Qué piojillo?

— ¡Oh, ya verás! Es lo más entretenido en la cría de los canarios.

Con todo, pasado un rato, la Coca se fué al lado de la madre para decirle:

— Yo prefiero otra cosa, mamá. El piojillo no me gusta.

— Tú has de ser toda la vida la misma caprichosa — dijo la madre. ¿Qué prefieres?

— Si te enojas, no lo digo.

No me enoja. ¿Qué prefieres?

LA CASA DE LOS PAJAROS

OR

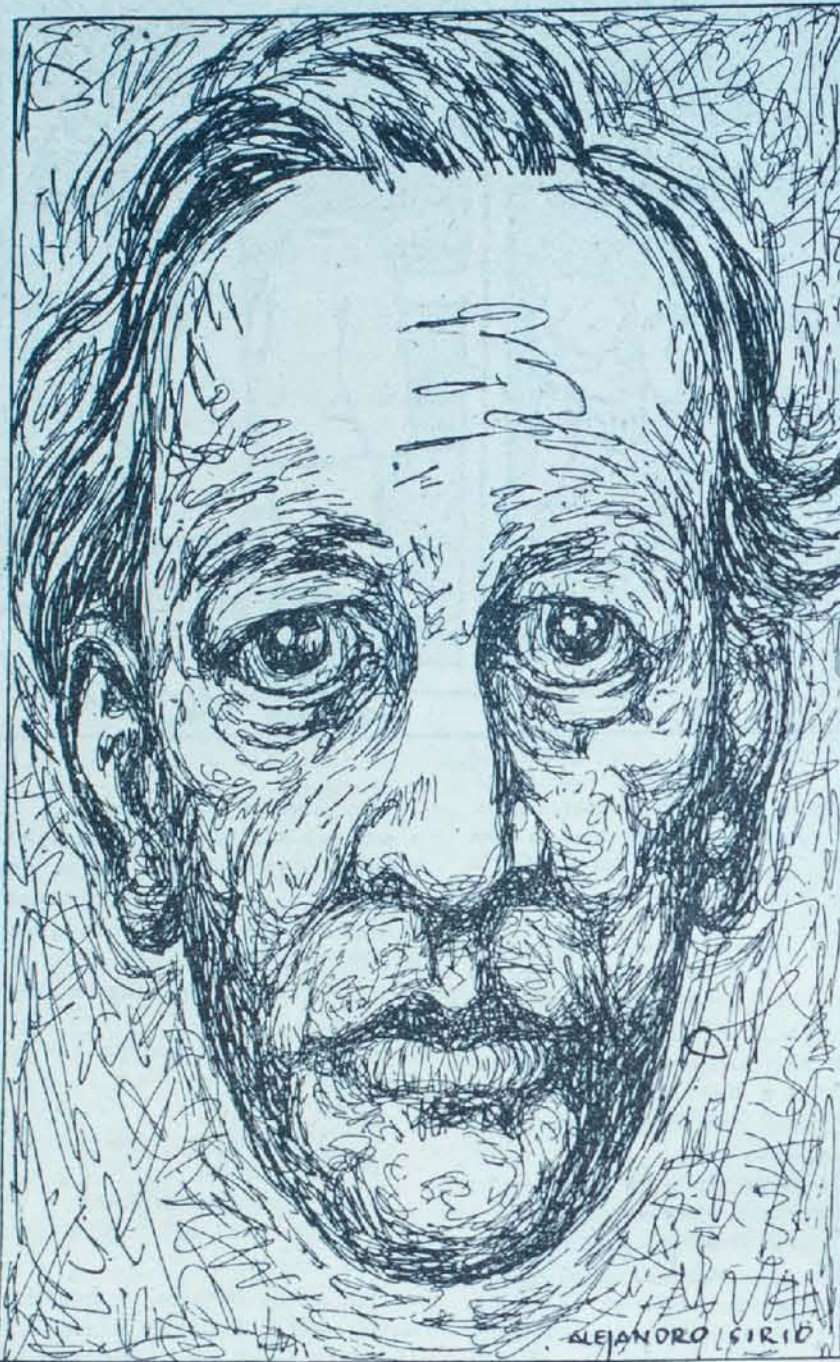
BOY

CUANDO Ludwig publicó su "Bismarck", el nuevo, denso y poderoso libro fué un acontecimiento para Alemania, en general para los países germanos y aun para los estudiosos y los círculos cultos de Europa. Cuando publicó su "Napoleón" fué un acontecimiento mundial, que no conoció frontera, llegando espontánea y casi ruidosamente al gran público. La diferencia de las dos acogidas, mucho más amplia la segunda, aunque dentro de sus límites fuera ya consagratoria la primera, se explica por motivos bien fáciles de comprender. Napoleón, además de su popularidad inagotable, es una figura mucho más cercana y familiar al mundo latino. Bismarck, con toda su talla y toda su gravitación sobre un largo momento de Europa, es un personaje que se destaca con prominente relieve, pero encuadrado en su terreno y en su época. En Napoleón, como su vida no se detuvo en fronteras geográficas, su posteridad no se gasta con el diluir de los años. Además, un motivo particular, una coincidencia de contraste, vinieron a imprimir fisonomía espectacular y sensacionalista al nuevo libro. Napoleón visto por un alemán significaba un hecho casi sorprendente, un libro inesperado y espectacular. Porque lo más inesperado y lo más sorprendente era que se sabía de antemano que el libro no era contrario ni tendencioso. Ciertamente es que los escritores alemanes gozan a justo título fama de una honestidad intelectual acrisolada que proviene, sin duda, de su escrupulosidad documental y su culto por la verdad; cierto es también que Ludwig elogiando a Napoleón no resultaba en su raza un fenómeno único, ya que sólo hacía recibir en sus manos la herencia inmarcesible de Goethe, que elogió al Emperador con palabras de una belleza que no ha sido superada. Pero aun así, y aun con toda la imparcialidad que se adelantaba, se despertó, en el ánimo de todos los lectores una viva, una anhelante curiosidad por saber cómo cumplía su promesa y por conocer cómo encaraba este biógrafo extraordinario, la figura del héroe inagotable. Y la curiosidad hizo del "Napoleón" de Ludwig el libro de su momento, en todos los países, vertido a todas las lenguas, para toda clase de lectores.

Ludwig, biógrafo, tiene mucho de escultor de monumentos. El monumento es la figura que más se adapta a sus libros de biografías, no sólo por sus vastas proporciones, sino también por la densidad de su contenido, por la majestad de sus líneas, por la grandiosidad del conjunto. Pero el monumento que Ludwig levanta tiende a ser una resurrección realista, exacta, psicológica del biografiado, no una estatua de gallardía épica y enfática exageración. Su Napoleón es una humanización del personaje extraordinario tantas veces exagerado en ditirambos pomposos y en altisonancias huecas. Porque el héroe puede ser genial, llenar una época entera y pasar, intacto, a las que la suceden; pero eso no quita que, en su intimidad, en su vida privada, en su psicología, y hasta en los resortes que han movido sus actos de más trascendencia, sea de arcilla humana, con los defectos de todos los mortales, con los detalles y los entretelones que explican, corriente, verdicadamente, los actos que con menos parquedad literaria y con menor escrupulosidad histórica sólo arrancaron a otros escritores el tono clarinado de los cantares de gesta. Este tono ha pasado y ya no está en el gusto de la hora. Sólo que, por otra parte, el libro de Ludwig, estando admirablemente documentado, no es un libro erudito, en el sentido de pesada gravedad que suele darse a este vocablo. Es una biografía animada, vibrante, con tono, con pinceladas y con garra de novela. Y este es el monumento que con su libro Ludwig ha levantado a Napoleón: una estatua en la que la majestad del conjunto no consigue desvirtuar la exactitud de los rasgos.

Napoleón no sale del libro exaltado desmesuradamente ni desmedrado con rigor. Por lo contrario, hasta del análisis minucioso fluye una sensación de verdad, de humanidad, que casi hasta lo favorece. El autor alemán ha cumplido, ha logrado realizar plenamente su propósito de imparcialidad hacia el héroe francés. Reconoce, y lo reconoce no sólo en la serenidad del juicio crítico que traza en las últimas páginas, sino que va destacando en cada episodio de su existencia extraordinariamente múltiple, sus dotes, sus virtudes de guerrero

EL NAPOLEÓN DE LUDWIG



y de estadista. En general, la impresión que se recoge es que las cualidades de éste son superiores todavía a las de aquél. En este aspecto hace hincapié y llega a colocar aún por encima de las otras, su habilidad de diplomático, que es la resultante de su sagacidad de psicólogo. Su vertiginosa campaña de Italia lo asombra; pero no lo asombra tanto, como las cartas que siguen, a cada victoria, dirigidas a los vencidos, para arrancarle la paz bajo el peso del triunfo reciente y escritas siempre con el más profundo conocimiento de las debilidades humanas y hasta de los efectos oratorios y teatrales. Las dos condiciones salientes de Napoleón, que se desprenden del libro de Ludwig son, sin duda, este infalible conocimiento de los hombres y su extraordinaria capacidad de trabajo. De ellas se desprenden, ellas explican, los dos aspectos prominentes de su personalidad. El estadista proviene del psicólogo y el estratega del trabajador infatigable y portentoso. Al llegar a un lugar y trazar su plan de guerra, conoce ya, porque las tiene anotadas en la memoria, las fortificaciones que no ha vuelto a ver después de largos años. Como puede trabajar veinte horas seguidas, los movimientos que imprime a su ejército son mucho más rápidos que los de sus enemigos; porque su estudio

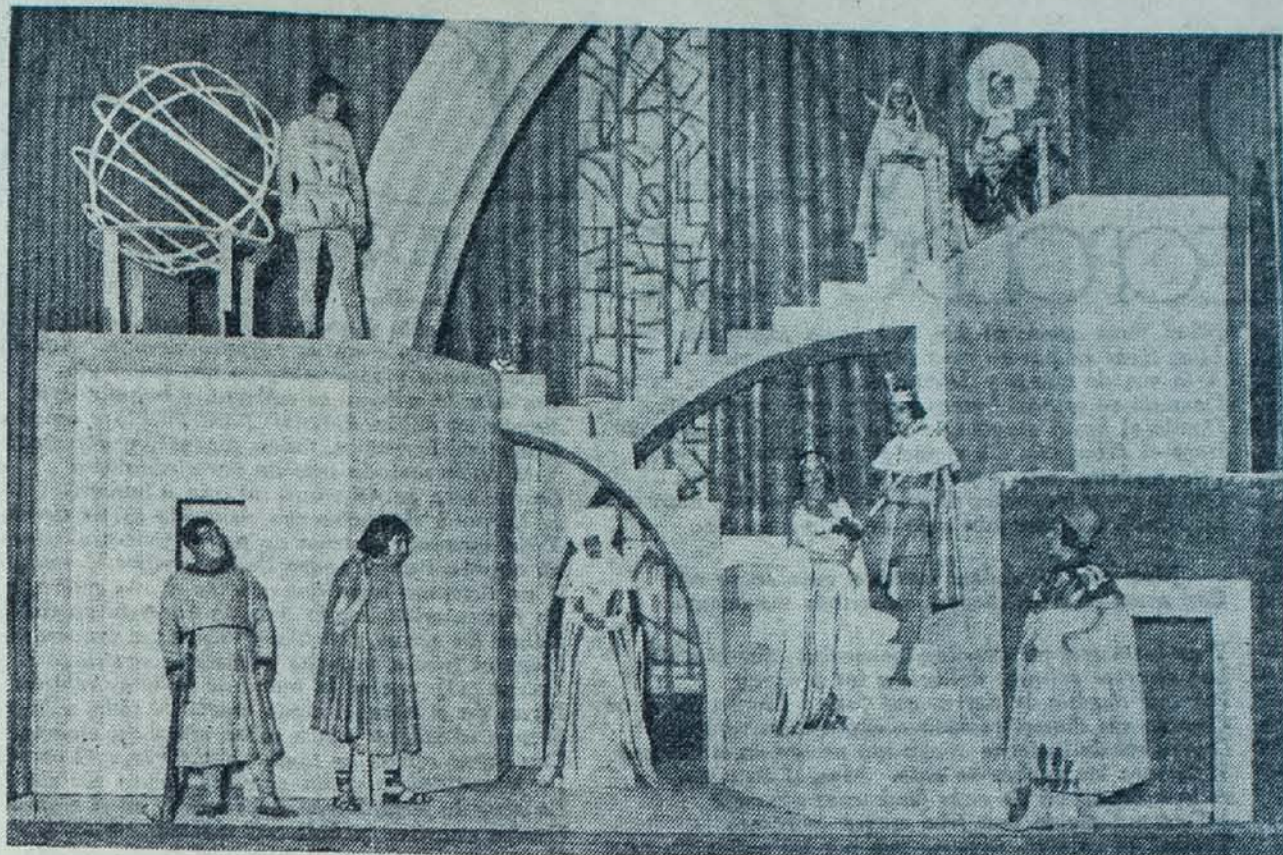
es constante y su decisión es veloz. Estos rasgos, simplemente humanos, explican, sin embargo, con toda claridad y sin desmedrarlo, al héroe de sobrehumano destino. Posee condiciones casi corrientes, acentuadas en él hasta un grado superlativo. Su conocimiento de los hombres, su intuición de las situaciones explican al político, al estadista y al diplomático. Cuando se equivocó con las personas, es decir cuando conservó a su lado personas que parecían no convenirle, fué siempre por táctica o por debilidad; debilidad con los miembros de su familia, táctica con algunos de sus colaboradores. Si sus hermanos y sus hermanas se conducían torpemente, además de que solían intrigar contra él, Napoleón los conservaba por una debilidad familiar, que se manifestó durante toda su vida por un deseo de rodearse de los suyos, tal vez por la vanidad de crear una vasta

equivocación militar: la demora en cargar, que le hizo perder Waterloo. Y un error definitivo: ir a buscar refugio en el gobierno inglés, creyendo que iba a ser tratado como habría tratado él a su enemigo en su romanticismo latino, imposible de hallar en un pueblo práctico y cauteloso. Ni en la conducta de Napoleón con las mujeres, mejor dicho en la conducta de las mujeres con Napoleón, punto opaco de la vida del héroe, se encarna su biógrafo alemán, sino que trata de buscarle su explicación por los motivos más lógicos. La más inexplicable de todas, Josefina, unida a él en el momento deslumbrante de los primeros triunfos que debían halagar su vanidad además de despertar su admiración hacia el hombre que iba rindiendo a toda Europa, tiene, sin embargo, su explicación casi lógica, en el desequilibrio sensual que había provocado su vida galante y experta. La fría amistad conyugal de María Luísa y su desprecio y su traición en los años del destierro, se explican también, en gran parte, si se tiene en cuenta que era la hija de su mayor enemigo, que se casó, por razones de estado, con el hombre que toda su vida había oído maldecir, además de que era espiritualmente mediocre y sentimentalmente raquítica. Sólo la bella y suave polonesa lo quiso un poco. Y Ludwig, amigo de la ciencia como todo alemán, se limita a justificar su escaso éxito femenino con una explicación científica que vela pudorosamente con una frase en latín.

El único punto en que el libro de Ludwig muestra indudablemente una postura de raza, no hacia el héroe, que ha sentido en toda su grandeza, sino hacia el pueblo que en estos momentos, y aunque quiera sobreponerse no puede sentir como amigo, es en la insistencia en que Napoleón no era francés y las consecuencias que de ello derivan. En primer lugar, consecuencias de fisonomía racial. Este corso, no sólo había nacido en suelo de Córcega, sino que era moral, intelectual y hasta estéticamente italiano. Su carácter, sus impulsos, su modo de encarar los problemas y de resolver las situaciones tenían el fuego italiano; su prosa, el tono de su palabra y de sus escritos, sus discursos, su preocupación de aplicar una frase un poco teatral a cada momento culminante de su vida, también los presenta el biógrafo bajo una sugestión de vehemente sabor itálico; y hasta sus posturas, sus desplantes, la configuración especial de sus actitudes, aparecen como rasgos genuinos de su estirpe. Encarando la contraparte, Ludwig halla que Napoleón, con todo el brillo de su fama y con todo el ruido de su popularidad, no tuvo en los franceses y en especial en París, la adhesión honda y compenetrada que debía darle el delirio popular de los triunfos. Recibía homenajes entusiastas en el momento culminante de cada victoria; pero luego, cuando el Emperador se alejaba por necesidades de la guerra y se apagaba un poco el eco de una campaña triunfal, veía con amargura que no estaba arraigado en el alma de París. Y esto su biógrafo lo atribuye a que los franceses lo consideraron siempre por su nacimiento un extranjero, tal vez en algún momento hasta como un usurpador y en especial París, tan celoso del timbre francés, de la armonía gala en todos los hombres, en todas las cosas, en todas las actitudes, no sentía latir como propio un hombre, no sólo de nacimiento, sino de fisonomía, de corte espiritual extraño. Todavía en las últimas páginas, entre los últimos deseos de Napoleón, subraya la frase en que pide descansar en la tierra que tanto ha querido, pero que no llega a decir que considere su tierra. Evitando así el libro de Ludwig tiene el máximo es un héroe extranjero.

Pero fuera de esto, en los puntos restantes y en toda la pintura del héroe no hay en el libro postura, ni siquiera detalle que pueda considerarse tendencioso ni adverso. Por lo contrario, Ludwig trata al inmenso protagonista, no sólo con comprensión de su grandeza y de su destino, sino con solicitud y coraje; y hasta las pequeñas fallas, el carácter o los pequeños errores justos a los hechos monumentales los presenta con explicable y afectuosa simpatía. Tal vez ninguno de sus biógrafos, ni los más incondicionales y diti- los habrán execrado con tanta ferocidad y con tanta crudeza la conducta del gobierno inglés con el imperial prisionero; tal vez muy pocos lo habrán acompañado con tan acendrado amor con tan sentida emoción en el campamento de Santa Elena.

OCTAVIO
RAMBET



LOS PERSONAJES DE "EL GRAN TEATRO DEL MUNDO" REPRESENTAN SU COMEDIA

EL TEATRO EN MADRID

"EL GRAN TEATRO DEL MUNDO"

La novedad más sobresaliente del mes, y aun del año, ha sido la representación en el Teatro Español del auto sacramental de don Pedro Calderón de la Barca "El gran Teatro del Mundo", puesto en escena con especial amor por la compañía de Margarita Xirgu, que es hoy por hoy la compañía más preocupada en España por el buen arte escénico. Permitámonos el lector una breve noticia preliminar acerca de esta obra maestra de la literatura dramática de todas las edades, fruto del genio inmortal de Calderón de la Barca. Los hermeneutas de la crítica literaria sitúan "El gran Teatro del Mundo" hacia el año 1645. No han quedado indicios seguros de su representación pública, y los exaltadores y críticos de Calderón de la Barca, incluyendo a don Marcelino Menéndez y Pelayo, que nos ha dejado un libro precioso acerca del gran poeta español, no han reparado en este auto, que es, sin disputa, uno de los más perfectos, profundos y teatrales, comparable a "La vida es sueño". La cultura y la sensibilidad modernas lo extrajeron del olvido. Hace dos lustros, Hugo von Hofmannsthal hizo un arreglo que se representó con brillante suceso en Salzburgo, y en 1924 el diario madrileño "A B C" publicó un agudo estudio que titulaba "Los seis personajes y el Autor", donde analizaba, con ese tino crítico y esa intuición de poeta que le son habituales, el magnífico auto calderoniano. En el año 28, un erudito joven y notable, don Angel Valbuena Prat, muy autorizado en temas teatrales y especializado en el estudio de Calderón de la Barca, daba a la publicidad una edición de "El gran Teatro del Mundo", precedida de juicios y datos muy certeros. Como todos los autos sacramentales, éste que hemos visto ahora en el Teatro Español es una representación alegórica de la Eucaristía, "última forma—dice el Sr. Valbuena—del teatro litúrgico que había aparecido en la Edad Media".

De "El gran Teatro del Mundo" se ha dicho que tiene semejanzas con la famosa comedia "da fare", de Luigi Pirandello, "Los seis personajes en busca de autor". La observación no es muy sagaz. El asunto de la obra de Calderón es, como en tantas otras anteriores, como en "Lo fingido verdadero", de Lope de Vega, el teatro en el teatro. La vida como comedia representable. En todas las literaturas se ha dado pródigamente este tema. Los hombres somos actores. Todo el mundo es un teatro, y "en el teatro del mundo todos son representantes".

Cuál hace un rey poderoso
cuál un príncipe o un grande
a quien obedecen todos,
y aquel punto, aquel instante

que dura el papel, es dueño
de todas las voluntades.
Acabóse la comedia,
y como el papel se acaba,
la Muerte, en el vestuario
a todos los deja iguales.

decía el propio Calderón de la Barca en otra comedia, "Saber del mal y del bien". Shakespeare, y todos los grandes poetas y pensadores, han socavado en las entrañas de este doloroso sentimiento de la vida como nueva representación fugaz, de la vida como un sueño, cuyo despertar es la muerte. La grandeza del auto de Calderón consiste en la fuerza dramática y humana con que lleva al ánimo del lector o del espectador el convencimiento de su triste verdad. Para ello se vale de un problema teológico: el libre albedrío. Dios (el Autor) llama al Mundo para proponerle que haga a los hombres representar, en su presencia, la comedia de la vida. El Autor dará a cada uno el papel que le convenga, y el Mundo proveerá a todos de los atavíos que cada papel requiera. El Autor ha prevenido dos puertas: la una es la cuna y la otra es el sepulcro.

Los personajes se presentan al Autor, como sombras. No viven aún. No vivirán hasta que el Autor reparta los papeles que han de ir a representar al mundo. No tienen todavía alma, ni sentido, ni potencia, ni vida, ni razón. Son informes. Alientan en el concepto del creador, pero no tocan ni sienten; no gozan del bien ni del mal. En presencia del Autor, solicitan vida, y el Autor concluye por repartir los papeles.

"Haz tú el Rey". "Y tú la dama que es la hermosura humana". "Y tú haz el rico, el poderoso". "Tú haz de hacer el labrador". "Tú la discreción harás". "Haz tú al misero, al mendigo". "Tú sin nacer morirás", dice a un niño. Y así tenemos los siete personajes de la comedia: el Rey, la hermosa, el rico, el labrador, la discreta, el mendigo y el niño. El Mundo les proporciona sus atavíos de teatro y los siete personajes descienden a representar la comedia, que el Autor (Dios) contempla desde el globo celeste.

Yo bien pudiera enmendar
los yerros que viendo estoy
pero por eso "les di
albedrío superior
a las pasiones humanas,
por no quitarles la acción
de merecer con sus obras;
y así dejó a todos hoy
hacer libres sus papeles,
y en aquella confusión
donde obran todos juntos
miro en cada uno yo,
diciéndoles por la ley:
Obrar bien que Dios es Dios".

LUIS CALVO

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1931

ROMANCE DEL VERSO FACIL

Dicen que trabajo el verso
y nada es menos verdad,
me sale como me sale,
como me sale se va,
unas veces peripuesto
y otras veces cachafaz,
pero tan ágil y fácil
que hasta vergüenza me da.
Dicen que trabajo el verso
y nada es menos verdad.

Fué mi juguete de niño,
¡cómo lo he de trabajar,
si a uno le rompí una tarde
la dulce cuerda plural!
Me sangraron los diez dedos
y no lo pude arreglar.
Fué mi juguete de niño,
mi gran trompo musical.

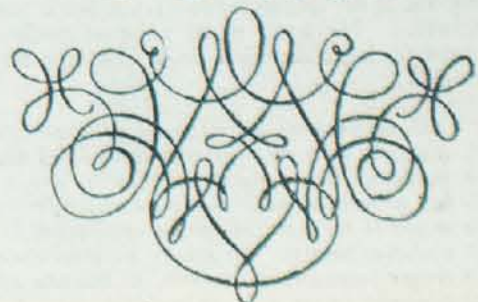
Fué mi amor cuando era mozo,
¡cómo lo he de trabajar!
si por limpiarlo del sueño
le hice perder el compás.
Fué mi amor cuando era mozo.
Deshilvanado y triunfal.
Diez y ocho años. Hambre inmensa.
Mucha luna y poco pan.

Es mi consuelo de hombre,
¡cómo lo he de trabajar!
si el primero que pulía
fué todo espontaneidad.
Se me escapó de las manos,
se me fué por la ciudad,
anduvo por mar y sierras
y hasta se extravió quizá,
pero era mío, bien mío,
sólo mío y nada más,
con su alma de vagabundo
y sus faldones de frac.

Dicen que trabajo el verso
y juro que no es verdad:
cada vez me cuesta menos:

POR ESO ME DUELE MAS

♥ AUGUSTO ♥
GONZALEZ
♥ CASTRO ♥



Igual que en "La vida es sueño", "El condenado por desconfiado", "El rufián dichoso", etc., Calderón plantea así en "El gran Teatro del Mundo" el problema del libre albedrío. Empieza la comedia. "Se abren a un tiempo dos globos: en el uno estará un trono de gloria, y en él el Autor sentado; en el otro ha de haber representación con dos puertas: en la una pintada una cuna y en la otra un ataúd", dice una acotación de Calderón. Van saliendo los personajes por la puerta de la cuna: la Hermosura buscando lisonjas, galas, dulces, espejos; la Discreción, recato, religión; el Rico, gula, ambiciones, sensualidades; el Labrador, quejoso de su eterno trabajo villano; el Mendigo, de su miseria; el Rey, afanoso de imperios y mandos.

Todos ellos representan su comedia, y todos van desapareciendo por la puerta del ataúd. Terminada la comedia de la vida, el Mundo les despoja de sus atavíos, y el Autor convida con la cena eucarística a los que han representado bien la comedia, es decir, a los que han obrado bien en la vida, a los que se han hecho acreedores a la gloria eterna.

El auto de Calderón de la Barca recibió una acogida entusiasta del público madrileño. Era consolador comprobar cómo reacciona un espectador del día, viciado por nuestro teatro contemporáneo, ante una obra del siglo XVII, que parece escrita en nuestro siglo, según conserva su lozanía y eficacia alegórica. Burman ha pintado una decoración admirable. Una vidriera gótica, iluminada, al fondo, y en dos planos, separados por un arco sideral, dos planos: en el superior se eleva el trono de Dios (el Autor), y en el inferior está colocado el Mundo. Uno y otro plano comunican entre sí y con el escenario por medio de escaleras, al modo de Gordon Craig. Toda la compañía de Margarita Xirgu se esmeró en la interpretación del eterno auto sacramental de nuestro más grande poeta dramático, y para el asesor literario del Teatro Español, el culto escritor don Cipriano Rivas Cherif, tuvo el público aplausos fervorosos y la crítica alabanzas unánimes.

La representación de esta obra fué acompañada de otro auto sacramental, titulado "Auto de las donas que envió Adán a Nuestra Señora con San Lázaro", del siglo XV, y de autor anónimo. Es una breve y patética composición, que mereció asimismo aplausos y elogios.

Al lado de la producción corriente de comedias chabacanas, donde el torpe chiste ocupa el lugar de la observación aguda y certera; donde no se aspira sino a producir por cualquier medio la carcajada, es consolador que el público perciba y aplauda sin regateos las bellezas de nuestro teatro clásico.

RAMLO MAIORA

POEY LEOPOLDO MGONES



QUEHACERES perpetuos y achaques de la estación, impidieronme cumplir del todo mi deber con Virgilio. Quiero decir que dejé sin ordenar el último miembro del tríptico que pensaba dedicarle en la celebración de su segundo milenario; habiendo sido los otros dos "La Viña Virgiliana" y la traducción de la primera Bucólica. Este se referirá principalmente a la ganadería ensalzada en el canto tercero de las Geórgicas: tema argentino, si los hay, por más que el romano lo apreciara de manera distinta. Así, como lo tengo dicho ya, el tipo del caballo virgiliano es deportivo y militar solamente; mientras en el de la vaca, la producción lechera carece de importancia a tal punto, que su minuciosa descripción olvida la ubre, como va a verse. El poeta prescribe, todavía, que no se ordeñe, considerándolo práctica ya desusada, pues el ternero debe consumirlo todo (III, 176-178):

..... ni tus vacas paridas,
A uso paterno llenen de nívoo ordeño el pote;
Sino que en la preciosa cría la ubre se agote.

Estas distintas apreciaciones de la utilidad, suelen obedecer a motivos económicos cuya inteligente consideración despeja mucho el problema histórico. Así, por ejemplo, mientras el estiércol de la vaca es aquí desecho inútil, en Francia, donde lo emplean como abono, vale más que el mismo ternero durante su primer año. La evolución agraria del tiempo de Virgilio, explica ese aparente atraso cuyo estudio estaría fuera de lugar. Ya diré algo más de aquí a poco. Ahora me urge explicar el título de estas líneas, tomado del primer verso de la cuarta bucólica, que Pascoli usó como epígrafe de sus "Primi Poemetti":

Sicelides Musae, paulo majora canamus!
(Oh, musas sicilianas, un poco más cantemos).

Y ya que en esto estamos y que del gremio somos, invoquemos con el poeta a las dulces musas que debían enseñarle el camino de la poesía y de la técnica rurales, en el trozo que remata el parangón de la vida campestre con la ciudadana, tan inquieta y artificiosa. Pero, antes, habré de hacer dos indicaciones correlativas. La primera concierne al persistente horror de Virgilio por la guerra civil que había arruinado a la población agraria: sendos azotes abolidos por el Imperio. La segunda, a su menosprecio de la turba electoral, instrumento de los demagogos cuya extirpación requirió, sobre todo en Roma, la férrea dictadura de los primeros tiempos imperiales. Por ello, finalizando el trozo en que enumera las ambiciones desconocidas del campesino, dice que éste ignora en su bienandanza:

Férrea ley, necio público y populares votos.

Así he traducido los "ferrea jura", "insanum forum" y "populi tabularia" del texto; pues aquí, como en mis versiones de Homero, tuve muchos conflictos con la literalidad gramatical, fuente de inexactitudes, contrasentidos y absurdos, tal cual habrá de suceder siempre que se traduzca a los poetas con espíritu didáctico y no estético, prefiriéndose a la emoción de belleza la autoridad, no siempre infalible, del precepto y del diccionario. No sólo en la creación, sino en la crítica de arte, lo principal es el instinto.

Así, las antedichas palabras virgilianas, suelen dar en la versión "el rigor de la ley", "los gritos insensatos" o "los vanos debates del foro", y "los archivos del pueblo o del Estado"...

La enumeración que las precede, indica, sin embargo, el sentido, a condición de no olvidar el estado político y social de la época, aludido constantemente por Virgilio. De tal suerte, "ferrea jura" significa directamente la ley de hierro de la represión impuesta a la anarquía metropolitana; el "insanum forum" es el público necio de la plaza y de la barra senatorial, que seis versos más abajo personificará con dos rasgos despectivos; y las "populi tabularia" refiérense a las tablas para votar que los ciudadanos recibían a la entrada del comicio. O, si se quiere, al registro electoral. Los campesinos romanos tenían que bajar a la ciudad para emitir su voto; y el abandono de esta función, degradada en manos de la turba del "pan y circo", había empezado, precisamente, por ellos. Procuraré salvar con notas mis interpretaciones y disidencias sucesivas, pidiendo, por lo demás, al lector, como siempre lo hago, el cotejo directo con el original. Inútil añadir que, también como siempre, el número de versos de cada trozo vertido, es el mismo del texto; y que la rima empleada, por crearla indispensable para nuestra poesía, explica, si no disculpa con ello, algunas imperfecciones y pobreza. He aquí, pues, tal cual pude yo pasarla en romance, la celebración de la granja y de las musas (II, 458-531):

Oh harto feliz labriego, si su bien conociera,
El, a quien lejos de odio y armas, fácil sustento
La justísima tierra de su seno genera.
Ni las soberbias puertas de su mansión vomitan
En matinal torrente la turba zalamera; (1)
Ni codicia postigos de carey transparente; (2)
Ni trajes fantaseados de oro, ni bronce efíreo; (3)
Ni blancas lanas tiñen con astro virgíneo;

Ni el puro aceite al uso, con casia falsifica.
Mas, lleva en paz su vida sin engaños, y rica
A la vez de tareas y descansos, a pleno
Dominio en grutas, frescos lagos y valle ameno (4)
Donde el boyal mugido no ahuyenta el blando sueño
Bajo el árbol (5). A monte rastrea allá las fieras
Una juventud sobria y hecha al tenaz empeño,
Que honra a los santos dioses y a los padres; y entre ella,
La equidad desterrada deja su última huella.

Mas, que las dulces musas a cuyo sacro celo
Con tanto amor dedícame, ante todo me acojan

Y en los astros me enseñen los rumbos, por el cielo;
Los diversos eclipses del sol, y los lunares;
Por qué tiembla la tierra, qué fuerza hincha los mares
Cuando sus diques rompen o explayados refluyen;
Qué al sol de invierno apaga tan pronto en el Oceano
Y demora las noches de estío. Mas, si en vano,
A la apreciación de estos fenómenos obstruye
Mi entendimiento una fría sangre — recreo
Tendrá en campos, arroyos que por los valles fluyen,
Ríos y amados bosques, mi modesto deseo.
Oh, dónde están los campos esperquios! Oh Taigeto
Que alegran las doncellas laconias! Quién me diera
Que en esos frescos valles del Hemo consiguiera
A la sombra del vasto ramaje amparo quieto!

La libertad del hipérbaton original en estos últimos versos cuyo sentido textual resulta enteramente subordinado así a la prosodia, con procedimiento más griego que latino — recuérdese que el exámetro fué un trasplante erudito en Roma — indúceme a advertir los conflictos que debe a cada instante resolver la versión entre dos idiomas poéticos de índole tan diversa: sintético y eufónico uno; analítico y racional el otro, dándome también ocasión con ello para explicar la omisión de uno que otro epíteto o la sustitución de algún nombre, por más que siempre lo advierto en las notas. Disculpe el lector, y continuemos:

Feliz quien saber puede la causa de las cosas,
Y hollar todos los miedos, y el destino implacable,
Y el avaro Aqueronte de aguas estrepitosas.
Y dichoso el que adora las deidades paisanas:
Pan y el viejo Silvano con las ninfas hermanas.
Ni las faldas del pueblo, ni el cetro (6) real lo alteran;
Ni hermanos en discordia (7), dacios que al Ister bajen
Sublevados; romanos usos; reinos que mueran.
Ni en vano sienta al misero, ni envidia al que posee.
Frutas le dan los árboles, y el campo lo provee
Con largueza espontánea, mientras le son ignotos
Férrea ley, necio público y populares votos.

Otros a remo fuerzan cegado estrecho y toman
Por asalto palacios y fronteras. Arrasa

Romance para una tarde

Su turbia tropa de nubes
La tarde viene arreando,
Su tropa de pardas nubes
Como un tropero fantástico.
Embozada hasta los ojos
Llega la tarde trotando.
Se está desflecando en lluvia
Su gran poncho entrepelado.

Blandiendo silbos de viento
Y dando recios ponchazos,
Sus potros color tormenta
La tarde viene arreando...
Y haciendo barra en la noche
Quedan oscuros tapados.

Haciendo barra en la noche
Como en el cielo la huella...

Haciendo barra en la noche
Como el mortal en su estrella.

Fernán Silva Valdés

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO, febrero de 1931

Este un pueblo y sus míseros penates por beberse
Tal perla (8), o en la púrpura dormir. Aquel amasa
Una fortuna y yace sobre su oro enterrado.
Ese ante la tribuna se emboba, y boquiabierto,
Rompe en dobles aplausos para pueblo y senado.
Sangre de hermanos, todos, gózanse en derramar,
Y la dulce morada truecan por el destierro
En que otra patria y otro sol irán a buscar.
El labrador desvuelve con su arado (9) la tierra,
Y así es anual sustento de patria y descendientes
Su obra; así en su rodeo lindos novillos hiera (10);
Y sin descanso logra que abunde el año entero
En frutas, crías, mieses para la hoz y la parva;
Colma los surcos, pródigo, y rebalsa el granero.
Llega el frío: a trapiche muélese la aceituna
Griega (11); vuelve la piara de bellotas repleta;
Bayas da el bosque; otoño rindió de todo, y la uva
Sazona al sol sus pasas sobre una laja escueta.
Con tierno apego, en tanto, se abrazan a él los hijos;
La honestidad custodia su casto hogar; pesada
La ubre de leche llevan sus vacas; y en el césped,
Gordos cabritos luchan con traviesa cornada.
O celebra las fiestas él mismo, a campo echado
En torno al fuego donde del cántaro colmado,
Con los suyos, Leneo, te liba y pide ayuda (12);
Tiro al blanco en un olmo pone a los rabadanés,
Y en la agreste palestra duros cuerpos desnuda.

Veamos ahora los tipos del ganado mayor, pues por éste empieza, con ese espíritu de orden que es el fundamento de la sabiduría. Ya observaremos que, también, a fuer de buen poeta, conoce hasta en sus mínimos detalles la didáctica rural; de suerte que cuando en su descripción de la vaca, olvida la ubre, como dijimos, no es por ignorancia, ya que acabamos de ver lo contrario en el elogio de la granja próspera, sino porque la lechería vacuna no entraba en la explotación. Omite, así, detalles de grande importancia para nosotros, y que no escaparían a nuestra observación, como el escudo y las venas mamarias, por no mencionar sino rasgos visibles; aunque la preferencia del pelaje overo, parezca indicar a su vez una raza lactígena. Es, de todos modos, la presentación de la vaca romana (III, 49-68):

Si al premio de la olímpica palma aspirando (13) crías
Caballos, o al arado fuertes novillos guías,
Elige madres de alta clase. En la vaca torva,
El mejor tipo es ruda testa, cerviz potente,
Y papada colgante desde el belfo a la corva.
Flancos dilatadísimos, y todo, hasta el pie, ingente;
Y velluda la oreja bajo el cuerno encorvado.
No hallo mal que su pelo de blanco esté manchado,
Ni que, rebelde al yugo, más de una vez ataque,
O se asemeje al toro cuando, en su fiero empaque,
Sus huellas con la cola barre cuando camina.

La edad en que a himeneo las somete Lucina (14)
Cesa antes de diez años y a más de cuatro empieza;
Que, de no, son inútiles para cría o labranza.
Mientras así el ganado conserve su pujanza,
Suelta los machos, libralos a Venus con presteza,
Y que la prole aumente, sin cesar procreando.
Así huye pronto el tiempo feliz del miserando
Mortal, y tras achaques, pena y vejez ingrata,
Con rígida inclemencia la muerte lo arrebató.

El tipo caballar, que es el del potro de carrera y de guerra, requiere dos o tres advertencias que conciernen a otras tantas novedades de mi versión. Conciernen la primera a los pelos tenidos por buenos y malos: el castaño y el que traduzco por moro; pues el original dice "azulado". En Méjico llaman precisamente "moro azul" al que es más entrepelado de blanco; y en toda América, "moro", evidente apócope de morado, designa el mismo pelaje. Parece que el castaño, a su vez, fué el del caballo primitivo en todas partes. Nuestra apreciación criolla de los pelos es igual a la virgiliana. La magistral descripción, que resume en catorce versos la estampa del potrillo de buena casta y la actitud del caballo montado que se apronta a cargar, ofrece en su vívida concisión dos obstáculos insuperables al literalismo gramatical: la expresión "llectumque fremens", que precisamente dice como pongo: "recógese bufando", tal cual corresponde a la actitud, por lo demás, pero que ningún traductor ha acertado, porque en estricta gramática, debe corresponder al otro miembro del verso: "volvitur sub naribus iugum", rueda fuego bajo sus narices, o brotan fuego sus narices, como digo yo; y las palabras "duplex agitur per ambos spina", que empleando un término de equitación, traduzco por "derriba el lomo a cada lado", según sucede al cargarse nerviosamente el animal sobre una sola pata, pero que los literalistas vierten con la displicente expresión "doble lomo entre los riñones", o parecidos ridículos, sin acomodo en la precisión virgiliana. Tan nítida ella, que hasta el acto de volcar el carro, se cría a la derecha, viene de que entonces montábanse dicha mano, buscándose así el apoyo, más necesario esa equitación sin estribos, en el mechón de la cruz. He aquí el trozo, que es continuación del referente al ganado vacuno (69-88):

Como siempre, inútiles que cambiar, permanente
Sea el reemplazo, que, si no te ha de mermar,
Cuida de ir reponiendo tu plantel anualmente.

www.ahira.com.ar

Así, de los que esperes raza estable y fomento;
Desde que sean chicos te ocupará atento.
Pronto yergue el potrillo de casta generosa,
Su andar que sobre el campo flexibles remos posa
Primero en toda senda, ya al río amenazante
Se echa audaz, ya al ignoto puente arriesgarse osa
Sin temer vano estrépito. Tiene cuello arrogante,
Cabeza enjuta, poco vientre, anca llena y recio
De nervios su animoso pecho. De más aprecio
Es el castaño o moro; y el peor, blanco o bayo.
Si hasta él llega un son de armas, pierde todo sosiego;
Para la oreja; tiemblan sus miembros; brotan fuego
Sus narices; recógrese bufando, y de soslayo
Vuelca al hombro derecho su espesa crin; alterno
Derriba el lomo a cada lado, y cavando tierra,
Retumba en su impetuoso casco el macizo cuerno.

Pasemos por alto las prescripciones referentes a la doma, el atalaje, la monta, la collera y el procreo mediante sistemas que nosotros no usamos, para extraer de la prolongada digresión sobre el amor y sus rigores, un trozo de la grande épica: el combate de los toros en celo. El pastoral Virgilio de la crítica baladí, va a mostrarnos su verdadera fibra (Id., 219-241):

Mientras en el gran Sila pasta hermosa ternera,
Con tal furia acometense, que negra sangre baña
Sus cuerpos que la lucha con profusión lacera.
Recias cornadas tiran, y su bramido altera
Con prolongados ecos el bosque y la montaña.
No morarán ya juntos. El vencido, fugando
A ignorado destierro, mucho tiempo lamenta
Los golpes del soberbio vencedor, y su afrenta.
Y aquel amor perdido que no vengó, añorando
De lejos el ausente dominio paternal.
Mas, va con todo celo su vigor reparando;
Duerme al raso en el duro lecho del guijarral;
Punzantes pencas y ásperas hojas pace, y violento,
Procura estimularse la saña que lo llena,
Topando un tronco de árbol; tira botes al viento,
Y preludia combates aventando la arena.
No bien ímpetu y fuerzas recobra así, se lanza
En son de guerra contra su rival descuidado,
Cual la onda que a lo lejos blanquea el mar, e hinchado
Su seno al rodar, alta sobre la tierra avanza;
Estréllase en las rocas con retumbo tremendo;
Y al montuoso derrumbe, proyecta, en su pujanza,
La arena negra en hondos torbellinos hirviendo.

No es menos hermosa la poesía del ganado menor destinado a la producción de lana y de leche. Esto último va a explicarnos por qué no contaba el ordeño vacuno; o sea porque a semejanza de lo que sigue sucediendo en el Oriente mediterráneo, leche de consumo y quesos eran sólo de cabra. Extraña, en cambio, la omisión del cerdo, cuya mención es siempre de pasada, como en el elogio de la granja se vió (15), aun cuando su carne era la base de la ración militar, y Virgilio no debía ignorarlo; pues ya veremos que al ocuparse de las cabras, dice que usan en el cuartel su pelo, porque de él solía ser en efecto la manta del soldado. Pero veamos, aunque invirtiendo el orden que en el canto tienen respecto al pastoreo y la estabulación, los trozos correspondientes (Id., 384-390 y 394-403):

Si de lanas te ocupas, primero evitar sabe
Espinaves y abrojos. Huye de la pradera
Fértil, y elige ovejas de vellón blanco y suave.
Aunque el morueco sea cándido, si tuviera
Lengua y paladar negros, habrás de rechazarlo,
No salga, así, con manchas el vellón de las crías.
Y, advertido, por otro de tu redil cambiarlo.
.....

Mas, quien leche prefiere, llena por mano propia
Los pesebres de cítiso, loto y hierba salada.
Así, al querer más agua, la ubre más leche acopia
Que en su sabor repite la sal disimulada.
Muchos hay que el cabrito grande a la madre quitan;
Y con bozal de clavos que al pezón llegue evitan.
Lo que se ordeña al alba o en el día, se cuaja
De noche; lo que sacan con sol puesto, el pastor,
De madrugada llévalo al pueblo en su tinaja,
O algo para el invierno sala a escaso tenor.

Lleguemos por último a la atención de ovejas y cabras: uno de los trozos más bellos de las Geórgicas. Y eso que sucede a la famosa digresión de setenta y cuatro versos que cantan las inquietudes y tormentos de amor, motivando el propio reproche con que empieza el susodicho (Id., 284-338):

Pero huye, entretanto, huyese el tiempo irreparable,
Mientras me ciño a un tema con afecto invariable.

Basta ya de ganado mayor. Ahora compete
Tratar la grey lanígera y las cabras velludas.
Labor que, oh buen colono, mi elogio te promete;
Aunque no dudo cuánto trabajo da el asunto
De ensalzar con palabras tan reducido punto.
Mas, con cariño esta ardua travesía prefiero
Por Parnaso y perenne Castalia, pues me place
Trocarla en blanda cuesta que nadie holló primero.
Y ahora, sagrada Pales (16), con toda mi voz hablo:

Para empezar, prescribo que coman en su establo
Blanda hierba hasta el tiempo del pasto las ovejas.
Con mucha paja y haces de helecho allá emparejas
El duro suelo, no entren, cuando hiele, a hacer daño
Sarna y reumas disformes en el flojo rebaño (17).
Dispongo después que se suministre a las cabras
Ramas de arbusto y agua siempre corriente, y que abras
Su establo al sol de invierno y al abrigo del viento,
Para tomar el pleno día, hasta que, a fin de año,
Se entre ya el frío Acuario (18), de humedad macilento.

Ni la atención de aquellas nos concede respiro;
Ni es poco su provecho; pues si mayor ganancia
Da el vellón de Mileto tinto al rojo de Tiro,
Rinden ellas más crías, y leche en abundancia,
Que al espumoso ordeño, cuanto más la ubre agota;
Del pezón exprimido pronto a raudales brota.
Y esquilase hasta el cano mentón barbado entero
A los chivos ciníficos (19) de rudo pelo que usan
El cuartel y el velamen del misero barquero (20).
Ya pasten la alta selva del Liceo boscoso,
Ya la zarza bravía que ama el breñal fragoso,
Al redil vuelven solas con su cría y con tal
Peso de ubres, que apenas franquean el umbral.
Así, prolijo, apártalas de escarchas y ventiscas,
Aunque ellas necesiten menos auxilio humano.
Racionales con rico pasto y junco, y no cierras
Tu henil todo el invierno. Pero así que al verano
Llame el alegre céfiro, por prado y monte umbrío (21)
Suelta ambas greyes junto con la estrella temprana
De Lucifer; y al fresco campo de la mañana
Pasten, mientras el césped blanquea de rocío
Que enternece la hierba tan grata al ganado.
Cuando el ambiente agrave la sed, a la cuarta hora (22)
Y rompa el canto en su árbol la cigarra sonora,
Junto a pozos o estanques, tu rebaño ordenado,
En el canal de encina se abreve de agua fresca.
Al calor meridiano, busca algún valle umbroso;
O algún roble de Jove cuyo gran tronco añoso
Tienda vastos ramajes; o algún soto que ofrezca
La misteriosa sombra de su negra espesura.
Dales de nuevo un poco de agua y otra pastura,
Puesto el sol, cuando el aire templó el fresco lucero;
Reanima la benigna luna (23) el bosque, y reclaman
El alción en la costa, y en la mata el jilguero.

Dulce y noble poesía del mantuano: pueda esta versión recrear a los lectores en proporción al duro trabajo que me dió componerla, llevando a sus almas la serenidad como ulterior de ese postrero canto de la tarde...

- (1) El texto dice "matinales saluadores": la clientela electoral que concurría en esa forma a recibir las órdenes del patrón.
- (2) Usados por los ricos en sus dormitorios y literas.
- (3) De Efría, antiguo nombre de Corinto.
- (4) El texto dice Tempe por antonomasia.
- (5) Los cortes de mi verso corresponden cuanto es posible a los del texto virgiliano.
- (6) Púrpura en el texto.
- (7) El texto dice "pérfidos hermanos".
- (8) Alusión a la famosa perla del banquete de Cleopatra que había sido el escándalo de Roma.
- (9) "Corvo arado" en el texto.
- (10) "Hiera" va por mi cuenta; pero más adelante (III, 157-158) Virgilio menciona expresamente la operación, autorizando acaso, mi audacia:

Paridas ya, ante todo cuida de los terneros
Y empieza por herrarlos según su objeto y raza.

- (11) Siclonia en el texto; por la ciudad de Siclon que nada nos sugiere. El aceite griego fué siempre el de mejor calidad.
- (12) Baco Leneo era protector de las cosechas.
- (13) La palma era el trofeo de las carreras.
- (14) La diosa de los partos.
- (15) Lo propio en I, 400.
- (16) La gran diosa rústica que el canto invoca al empezar.
- (17) La oveja contrae, en efecto, fácilmente estos males; así como su tierna dentadura motiva la prescripción de la blanda hierba.
- (18) Esto prueba que en la campaña seguía usándose el antiguo sistema de empezar el año en marzo, y no el de la reforma efectuada por César veinte años antes. Sería, al menos, el año agrícola que empezaba, naturalmente, en primavera. El sol sale de Acuario hacia el 20 de febrero.
- (19) Del monte Cínifo en el África boreal.
- (20) Ya he dicho que las mantas de los soldados eran de pelo de cabra. Así también, hasta hoy, la jarcia de muchos pescadores del Mediterráneo oriental.
- (21) "Umbrío" es de mi cosecha; pero muy virgiliano. Así se verá más adelante.
- (22) Las diés de la mañana.
- (23) El texto dice "luna que da el rocío"; porque los antiguos creían que la luna lo engendraba "rosada luna". El lector decidirá si fué acertada la sustitución.

¿POR QUE SE VUELVE A LA FILOSOFIA?

(Continuación de la pág. 12)

innumerables cosas que componen nuestro contorno, braceando entre ellas como en un océano, necesitamos completar la poquedad de nuestro tiempo, su fatal e inexorable limitación anticipándonos a las cosas mismas, mediante una imagen o esquema en que se nos revele su textura definitiva. No nos basta con esta luz que ahora nos alumbraba, que ayer nos alumbró. Necesitamos estar seguros de si mañana nos alumbrará, y para ello nos es preciso saber a qué atenernos respecto a la luz de siempre, o lo que es igual necesitamos descubrir la esencia o ser de la luz.

Esto nos hace caer en la cuenta de lo que significa originariamente, el ser de una cosa: es simplemente aquella imagen de ella que nos da seguridad vital con respecto a ella. Mientras esa imagen o idea de cada cosa y de su conjunto nos falta nos sentimos perdidos, en absoluta inseguridad. La vida porque es prisa es por naturaleza inseguridad. Imagine el lector una vida que fuese completamente segura y verá que es como un cuadrado redondo. Por eso necesitamos inexorablemente saber. Antes decía yo que el saber es propiamente saber el ser de algo. Ahora vemos que eso significa: saber es saber a qué atenerse vitalmente. El ser es seguridad para el hombre, claridad de atenuamiento frente a cada cosa, frente a su enjambre o mundo.

Una consecuencia emerge inmediatamente de lo dicho: el ser no tiene sentido más que referido a un sujeto que como el hombre ha menester de él. Más aun: consiste exclusivamente en una necesidad radical del hombre. Dios puede habérselas directamente con las cosas infinitas en número y en modos de comportarse. Tiene presentes todas y cada una, las de hoy y las de cualquier mañana. El es infinito como ellas: su esfera de existencia coincide con la esfera que las cosas integran. No necesita, pues, buscar tras de las cosas el ser de éstas. Pero el hombre necesita reducir la infinitud o ilimitación del mundo en que se encuentra viviendo a la dimensión finita y limitada de su vida. Es decir, tiene que forjar un escorzo finito de la infinitud. Tiene que saber hoy lo que las estrellas son siempre. Ese escorzo es el ser. El ser de algo es su siempre proyectado en una mente que dura sólo un rato. Según esto, tiene el famoso ser un carácter puramente intrahumano, doméstico. Fuera del hombre no hay ser. (Tal vez, tal vez — andemos con cuidado — haya que contar como un casi hombre al animal). Por eso, no está ahí, antes bien para que lo haya tiene el hombre que buscarlo. En esta busca nace, precisamente, el ser.

Véase en qué sentido es la ignorancia un atributo radical del hombre. Consiste en la inseguridad de que está hecha, como de una materia nuestra vida. Es el no saber a qué atenerse. El conocimiento no tiene un origen frívolo. No es un simple ejercicio de los mecanismos intelectual ni parte movido por la curiosidad o prurito de mirar, según Aristóteles parece suponer.

Ahora nos queda preguntarnos en especie por el origen del conocimiento filosófico, situación generadora que se repite siempre que éste rebrota. Por ejemplo, ahora.

en la sala del tribunal, pero ahora que estamos solos, te doy mi enhorabuena, cordialmente.

— Gracias, juez, — repuso Faro Dan —. ¿No te parece que podríamos empujar el codo con tal motivo? — Me parece imprescindible, Dan. Y ambos brindaron. Faro Dan alzó su copa, miró al trasluz, y dijo:

— Brindo por el juez justo e incorruptible, por ese hombre tan honrado, que no hay persona en el territorio de Alaska que pueda soñar en criticar sus decisiones. ¡Que Dios te bendiga y te dé muchos años de vida... grandísimo ladrón!

El juez alzó a su vez la copa.
— ¡Bueno, Dan! ¡Que te aproveche la libertad! Bebieron.

— Echaste los dados esos como un profesional — dijo Faro Dan con admiración.

— ¿Por qué no? — replicó el justo juez —. Cuando era muy joven, muchos años antes de descubrir que la honradez es el mejor sistema, — y de merecer, por consiguiente, la reputación de incorruptible —, me ganaba la vida apostando a los crédulos que la bolita no estaba debajo de la cáscara de nuez bajo la cual me la habían visto poner.

Su Honorabilidad apoyó sus palabras con una sonrisa.

— Además, — agregó ligeramente — siempre tuve debilidad por Catty Devoux. Siempre he creído que trae más oro puro que el mineral del país.

— Juez, — murmuró Faro Dan —, jeres "sui generis"!

— ¡Puede ser, — replicó el juez —, pero me he portado bien contigo, de modo que no veo por qué me has de insultar.



DIBUJO DE REYNALDO LUZA

PREMET

La última novedad "parissienne", el "tailleur" de "musseline chiffon". Este modelo en tela de dibujos escoceses, es en blanco con líneas negras y rojas.

Los accesorios son en negro.

LA EXPRESION DE UNA MODA

POR

LA MARQUESA DE SAN CARLOS

La moda que veremos ya dentro de algunos días, nos ha anunciado que le desea dar más importancia a la mujer que a sus "toilettes". Su figura, su tamaño, su colorido y su personalidad, van a ser la base principal y si por ejemplo, una falda está corta de ésta u otra forma, será sólo una razón para contribuir al efecto total.

Los costureros trabajan en este momento, pensando en la mujer más que en el vestido. Les interesa mucho más crear algo que favorezca a la mujer y que ella necesite, que trabajar en busca de grandes complicaciones.

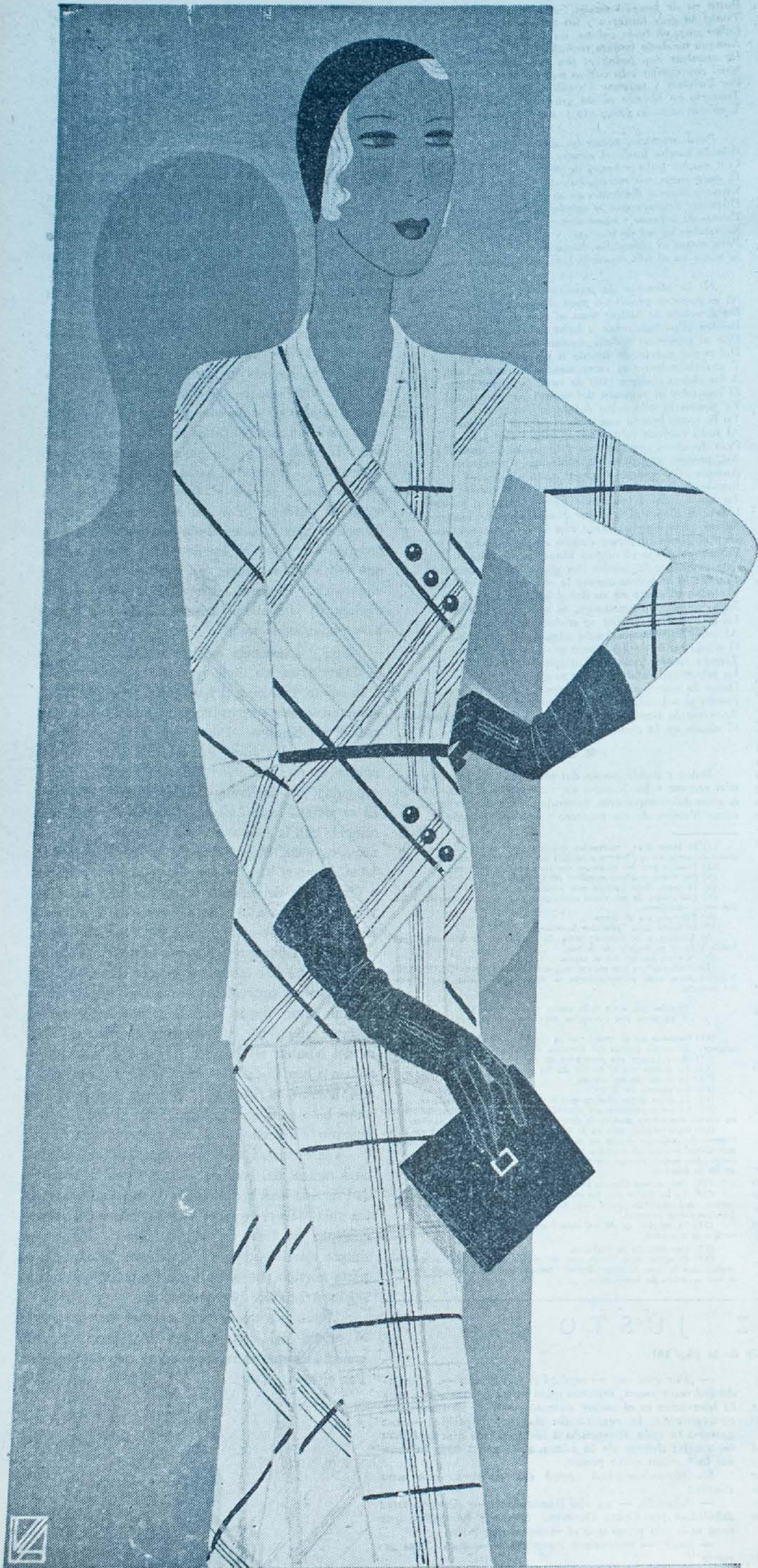
La novedad, sólo por el hecho de querer "una" novedad, será un punto de vista que desechamos, porque los vestidos que pudieran demostrar un deseo de llamar la atención, reproduciendo el efecto de una excentricidad nos habrían de parecer una nota falsa y mal gusto.

Más que nunca se nota la influencia de una moda que pide adaptarse a los caprichos femeninos.

No más será la moda una cosa de reglamento, será la respuesta estética a los deseos de cada mujer que encantará envolviéndose en las prendas más lindas.

Los vestidos parecen en la mano, objetos flexibles, sin forma que sólo tomarán carácter y forma, al ser llevados. Doce mujeres podrían ser vistas en el mismo vestido y no obstante el efecto sería diferente cada vez a causa de la combinación de color, de los detalles y por la manera que fuese llevado.

El comercio ha comenzado a tener confianza en la clientela y va a depender mucho de ella para obtener ese sello de éxito que es una creación.



Los cuellos de los vestidos podrán llevarse según el gusto de cada cual, más abiertos o más cerrados, y lo mismo que decimos de este detalle, podrían enumerarse otros muchos, que quedarán sometidos a la decisión caprichosa de nuestras elegantes.

La moda nos promete una personalidad individual a la vez que deja de ser una cosa arbitraria.

Se cree que no habrá "una" altura de talle definida si cada mujer la decide como mejor le quede.

No habrá tampoco "un" largo de falda, porque aunque las faldas de hoy día hayan sido últimamente más largas, el largo exacto a que deben llegar, lo determinará la altura y la forma de piernas de cada mujer.

No habrá "una" silueta, porque los efectos drapados, túnicas y volantes, serán a la vez llevados para hacer resaltar los puntos de belleza particulares en cada caso.

No continuará más el esfuerzo de adaptar la figura a un vestido, más bien será el vestido el que se amoldará a la figura.

No habrá "el" color de moda. Ningún color estará excluido que favorezca a la que lo lleva, y por lo tanto, cada uno de esos colores ocupará igual importancia.

El contraste de colorido será el mejor medio para presentar la expresión de una personalidad individual, y esto será el primer elemento de la moda, siendo posible llegar a innumerables cambios dentro de un tema tan extenso.

La influencia del vestido "costumé" ha desaparecido por completo de algunas casas de costura y en otras se ha atenuado considerablemente; esto lo notamos ya en las últimas colecciones presentadas a la clientela parisense, seguramente debido a que las mujeres más elegantes han resuelto no adoptar ni aun para de noche, la moda que las asemeja a las señoras de los cuadros de Winterhalter. No obstante, queda existiendo un cierto tipo de mujer que siempre ha manifestado el gusto de llevar el vestido de otra época, o sea, "la robe de style", pero es, más que nada, una nota de excentricidad. La mayoría de las siluetas que vemos actualmente en París, pueden ser imaginadas viendo los modelos que ilustra esta página, y al mismo tiempo, se observa una tendencia continuada a moderar la moda que inició el año 1929.

Gran preferencia por los vestidos blancos, y esto debido a muchas de las mujeres más elegantes. Con un vestido blanco, se siguen llevando los zapatos de color, cuyo color se puede repetir en el bolso de mano o en el pañuelo. Pero no sería de buen gusto, seguir la nota de color en las joyas. Los zapatos de forma sandalia, continúan teniendo mucho éxito, debiendo reconocer la comodidad que nos dan para bailar.

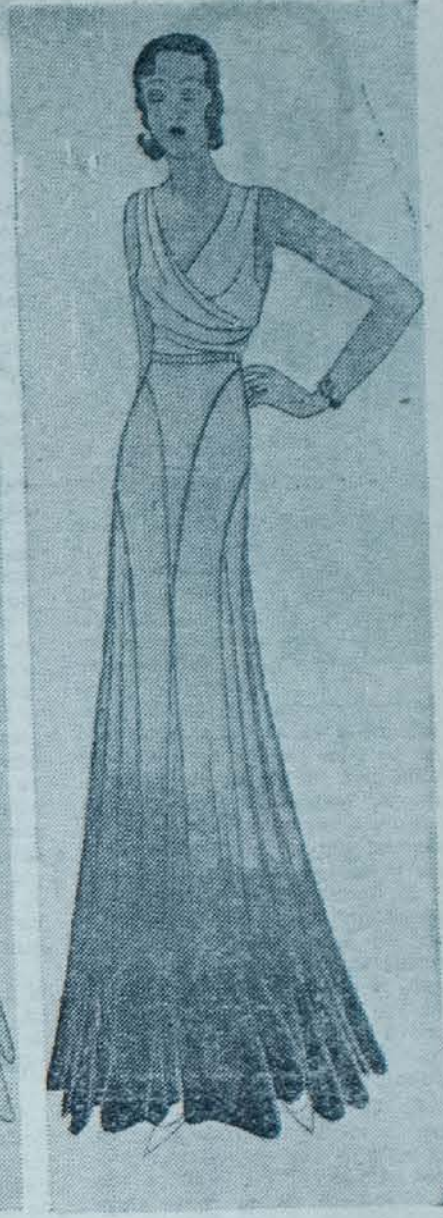
He procurado obedecer a ese deseo de las mujeres que preguntan constantemente cómo será la moda futura aun antes de haberse podido cansar de la moda de hoy. Anticipar en vez de seguir la moda, me ha parecido siempre poco razonable e imprudente; la información que acabo de dar se refiere más bien al presente y a la moda en general, es decir, tal como nos impresiona en este momento.



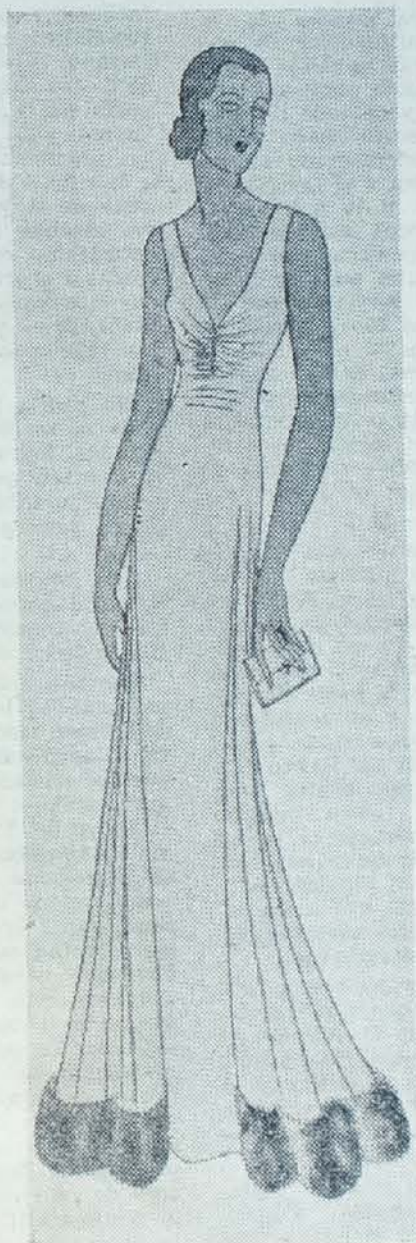
Modelo de CHEZ REDFERN, de una gran simplicidad y elegancia, en satén rosa pálido



Modelo de VIONNET en "crêpe romain" turquesa pálido. Las dos alas que forman la espalda se atan al escote



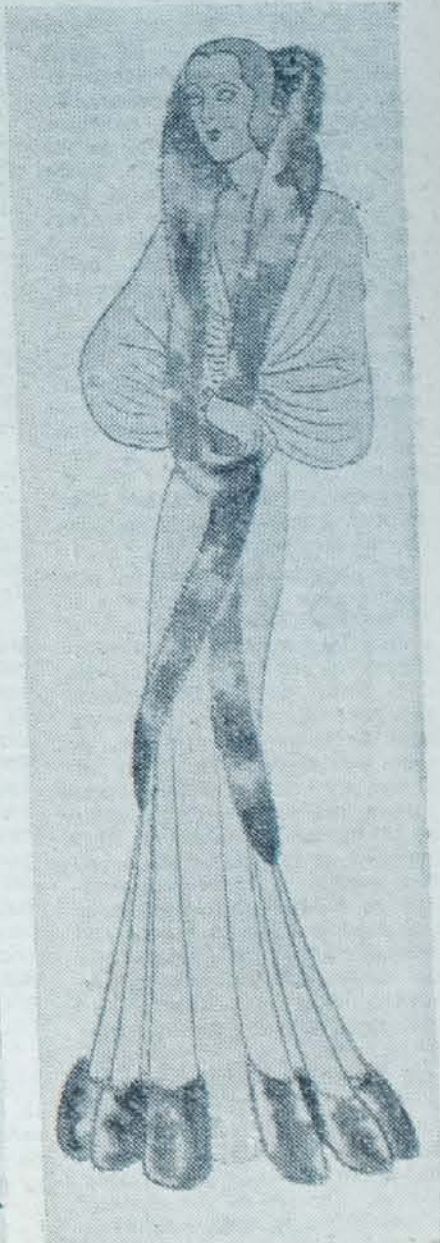
Nuevo modelo de VIONNET en "mousseline de soie" rosa sombreado con azul. Fondo de "mousseline" rosa. Cinturón de perlas



Modelo de MIRANDE llamado "Windsor", creado para Su Majestad la Reina de España. En satén gris plata con bordes de cibelina



Original modelo de REDFERN, para comida, en tela color negro, con un gran cuello en "picot" blanco



Tapado que acompaña el traje llamado "Windsor", asimismo en satén gris plata bordeado de la misma piel

LAS MIL Y UNA AVENTURAS

(PAGINAS DE UN LIBRO CONTINENTAL)

EN LA SEGUNDA MITAD DE MI ADOLESCENCIA

Por JOSE SANTOS CHOCANO



José Martí

CAPITULO XIV



Entre los veinte y veinticinco años de edad he corrido aventuras y se han desarrollado acontecimientos de que ya he hecho pormenorizada referencia; pero impónese el examen reposado de lo que, puesta de revés mi vida por la labor de la memoria, forma la trama de la segunda mitad de mi adolescencia, determinando la génesis psicológica de mi edad viril. Si, como ya se ha visto, mi niñez fué la guerra del Pacífico, mi adolescencia fué en su primera mitad el tumulto de una revolución, la de Piérola en el Perú, y en su segunda mitad, el reflejo de otra guerra, la de la Independencia de Cuba.

En la misma forma que, también a los veinte años de edad, el viaje a las selvas amazónicas enriqueció mi espíritu con el contacto de la naturaleza característica de nuestros países, la hoguera encendida en Cuba me hizo entrever, apocalípticamente, el destino común de nuestros pueblos.

Fué la de Cuba la primera voz continental recogida por las antenas de mi espíritu, que de este modo, a los veinte años de edad, se sintió ya para siempre hispanoamericano.

La independencia de Cuba me hubo de interesar vivamente desde varios aspectos, no siendo el menor el de carácter sólo estético, pues nada en tal guerra dejó de ser bello, desde el gesto heroico hasta el paisaje que le sirvió de marco. Bello es Máximo Gómez en su tranquilidad estatuaría, bello es Martí en su actitud apostólica, bello es Maceo en su impetuoso arrogante, bello es Weyler en su energía férrea, bello es Cervera en su resolución estoica. Nada más bello que el relampagueo de los machetes entre la obscuridad de la manigua. Nada más bello que el cinturón de espumas que ciñe el mar a la isla verde salpicada de sangre.

El aspecto que pone en mis veinte años el recogimiento de la meditación es el que ofrece a ésta la guerra de la independencia de Cuba como liquidación final, ya no del dominio español en nuestra América, sino de todo un régimen, de todo un sistema, de todo un orden de cosas, sobre cuyas ruinas pareceme ver levantarse la figura filosófica de Pi y Margall, proyectando en los siglos venideros la responsabilidad de los políticos peninsulares, más que por la suerte circunstancial de la Corona, por las ulterioridades que, consecuentemente, han sobrevenido en cuanto a todos los intereses de la raza.

Si España hubiese escuchado el consejo de Pi y Margall, concediendo a Cuba la independencia, en cambio de cuanto con título de madre solicitara para sí, el curso de los acontecimientos en la vida continental fuera muy otro del que es; y muchas páginas debidas a la pluma de águila de Martí no se estremecerían con secreta emoción, como si el futuro de toda nuestra América palpitara en el diálogo de las tumbas.

del gran poeta cubano y del gran filósofo español.

En las revistas ilustradas que fundo y dirijo en Lima, de 1895 a 1899 ("El Perú Ilustrado", "La Neblina", "La Gran Revista"), que se suceden sin interrupción, recojo notas diversas de la guerra de la independencia de Cuba, en que no puedo olvidar los comentarios de admiración doliente que me inspiran la muerte de Martí, el Sabio, y de Maceo, el Fuerte. La figura de Martí es tan digna del mármol como la de Maceo lo es del bronce.

Martí es el hombre de mármol, física y psíquicamente, así por su palidez como por su pureza.

Maceo es el hombre de bronce, física y psíquicamente, así por su tez oscura como por su inquebrantable voluntad.

La del uno es, por excelencia, la figura marmórea; la del otro es, por excelencia, la figura bronceada. El uno tiene un alma griega; el otro tiénela romana. Martí es el apóstol que cruza a paso firme por las páginas del Evangelio; Maceo es el Macabeo que atraviesa a caballo por el Antiguo Testamento.

Nada más acertado, así, que el tributo monumental de Cuba a sus dos próceres: Martí, de pie y en mármol; Maceo, a caballo y en bronce.

Cuando Aristides Agüero y Colín de Cárdenas llegan a Lima como propagandistas, delegados por las fuerzas armadas de la Independencia de Cuba, yo les acompaño en todo momento, con mi decisión y mi simpatía, que llegan a tomar carne de realidad lírica en una arenga vaciada en el molde pindárico.

A manera de "yambo" de Barbier o de "laude" de D'Annunzio, tal poema mío — que flamea como bandera agitada por el viento sagrado de la inspiración — arranca de lo más hondo de mi espíritu, y por lo mismo conueña en tal forma con el sentir común de la raza, que logra merecer el aplauso de Leopoldo Alas, "Clarín", el que a vueltas del natural reparo hecho a lo que él llama "filibusterismo", califica tal canto como digno del representante Quintana, "cuando éste estaba inspirado de veras".

Es con motivo de tal himno mío, el que me alude con elogio, meses después, "Clarín", en el prólogo con que Rodó publica la primera edición de su inmortal "Ariel".

Viénneme tales recuerdos, no por mera jactancia ni pueril vanagloria, sobre todo tratándose de páginas de la obra poética que, como no me satisficiera artísticamente, di a los treinta años por no escrita.

Tales recuerdos sirvenme, dada la actitud de "Clarín", para patentizar cómo, a través de apasionamientos y aun guerras, la unidad de la raza se imponía en quien a la sazón era en España el más alto exponente intelectual en el sentido, precisamente, crítico. Tales recuerdos sirvenme también para patentizar cómo, a los veinte años de edad, mi espíritu se había ya continentalizado lo bastante para que mi lira respondiese, al modo de un diapasón, a las vibraciones de cualquiera de los pueblos de nuestra América.

Atraviesan, por en medio de la última parte de mi adolescencia, como buques fantasmas de un cuento erizado de peligros, el Iowa y el Oregón, cuyas estelas, circundando, del uno al otro océano, toda la América, dibujaron, en la exaltación de mi fantasía de poeta, el perfil codicioso de una como redada de pueblos.

Me parece ver pasar por El Callao a los dos acorazados, que vinieron a ser los heraldos

del Canal de Panamá, puesto que infundieron la idea de abrirlo, ya que los Estados Unidos cayeron en cuenta de ello, para facilitarse el movimiento de su escuadra, del uno al otro océano, en garantía de su propia seguridad.

Brotó entonces lo que en los Estados Unidos se llamó el "Destino manifiesto", de que, en su oportunidad, haré detallada referencia.

Ya hacía muchos años que se había dejado sentir el consejo de lograr que el Mar Caribe fuese un lago de la Unión, y no es posible olvidar el propósito imperialista del general Grant, de hacer del caucho un producto natural de esa gran República.

Si las figuras de Martí y de Maceo fueron las primeras con que mi espíritu vivió por encima de las fronteras de mi país natal, si ambos infundieron su soplo heroico en mi voluntad, animándola en un sentido de vida continentalista, el Iowa y el Oregón proyectaron en mi fantasía de poeta las primeras visiones del destino común de nuestros pueblos, amenazados más que todo, por sus propias apasionadas disidencias, con lo que mi pensamiento, desde entonces hubo de tener el lastre de una preocupación y mi corazón hubo de sentir los alboros de un patriotismo hispanoamericano.

La política interior de mi país — expulsándome de él — completó, prácticamente, lo que ha sido el fondo psíquico de toda mi vida y de todo mi arte.

De esta suerte, Martí y Maceo hispanoamericanizaron mi corazón; el Iowa y el Oregón, mi pensamiento, y la política interior del Perú, mi voluntad: el hispanoamericanismo que sentí y que pensé en mi país fué — obligándome a viajar por la América — un Ideal puesto en acción.

Vale la pena, por lo mismo, detenerse a considerar los pormenores de la política interior del Perú, que dieron como resultado mi salida en forma de poner en acción mi Ideal.

Cuando don Nicolás de Piérola se sintió próximo a dejar la presidencia de la República en mi país, después de haberlo gobernado en forma de equilibrio, que le permitió mantener la cooperación de todos los partidos políticos y en especial la del Partido Demócrata — que él fundara —, y la del Partido Civil — que él por veinte años combatiera —, quiso ensayar una como prolongación de tal equilibrio, insinuando para su sucesor suyo a un hombre de tipo transaccional, que fuera admitido por los dos partidos, históricamente, antagónicos.

Fácil es el explicarse el humorismo con que pudo decirse en Lima que D. Nicolás de Piérola no había "impuesto", sino que había "inventado" a su sucesor, el ingeniero don Eduardo López de la Romaña.

Este era un hombre culto, moderado, honorable. Educación y práctica religiosas le habían dado cierta unción en los modales, que él se empeñaba en romper, de vez en cuando, con manifestaciones de buen humor y ocurrencias más o menos felices. Su bonhomía no dejaba penetrar las inten-

ciones y los pensamientos por él acariciados en secreto. La profesión de ingeniero, en que él lograra hacerse una respetable autoridad, había disciplinado su espíritu, hasta mantener, como en el consejo delfínico, "en todo la medida".

Contrafigura del señor de la Romaña, era D. Guillermo E. Billinghurst, vicepresidente de la República y jefe de un grupo disidente del Partido Demócrata, que, negándose a obsequiar los deseos transaccionales de su fundador, lanzó la candidatura presidencial de quien representaba el espíritu histórico del partido.

Este era un hombre inteligente, enérgico, rectilíneo. Su carácter era de una franqueza excesiva, que le hacía con frecuencia romper las fórmulas y lastimar las susceptibilidades enfermizas. Desnudaba él su espíritu en cuanto decía, sin reservar sus opiniones ni disimular sus apasionamientos. Hecho al trabajo batallador de las pampas salitreras, podía decir, cada vez que escribía su nombre, que lo hacía, como en el consejo nietzscheano, "con sangre de su espíritu".

Puestos frente a frente estos dos hombres, por cuestión temperamental estuve yo con Billinghurst.

Triunfante el señor de la Romaña, los disidentes del Partido Demócrata no quisieron resignarse.

Empezó una conspiración, que reunía a hombres de significación resaltante, como don Elías Malpartida, D. Augusto Seminario y D. Ricardo Flórez. En la casa particular de este ilustre médico — vivo aún, por suerte —, se efectuaban las reuniones de la junta revolucionaria, a la que yo servía de secretario.

Don Guillermo Billinghurst, residente en Iquique, podía con facilidad remover el sur de la República; el doctor Augusto Durand — vaciado en el molde de los antiguos caudillos — podía hacer lo mismo en el Centro, y D. Augusto Seminario, igualmente, en el Norte.

Mis actividades como secretario de la junta revolucionaria estaban llenas del mayor entusiasmo, como habrá de recordarlo el Dr. Ricardo Flórez, en cuya casa particular efectuábanse — ya lo he dicho — las reuniones de la conspiración.

No podría precisar por qué, pero la revolución no llegó a estallar, logrando el señor de la Romaña mantenerse en el poder, durante los cuatro años de su período presidencial.

Las figuras de Romaña y de Billinghurst tuvieron una influencia múltiple en la política ulterior del Perú.

Romaña, que se sintió sin personalidad bajo la influencia de Piérola, tendió, resueltamente, a independizarse, en forma que fué anulando la acción del gran caudillo: buscó, para ello, el apoyo del Partido Civil, cuyo antagonismo con el Partido Demócrata se mantenía latente, a pesar del esfuerzo realizado por Piérola y de la buena voluntad manifestada por Candamo, como jefe de aquél. Romaña abrió, francamente, a Candamo el camino de la presidencia. Ya me referiré a los propósitos de renovación que, dentro de la actuación de su partido, hubo de alentar Candamo, al ejercer después tal presidencia. Romaña, pues, por celo de sí mismo, inició, en la política militante del Perú, la anulación de Piérola, que sólo hubo de conservar el resplandor de su prestigio, con el que llegó a ser su muerte, a la vuelta de algunos años, una unánime emoción nacional.

Billinghurst, desde su residencia de Iquique, mantuvo



Antonio Maceo

actitud de intolerancia contra el Partido Civil, hasta romper, definitivamente, con Piérola; sólo después de no pocos años llegó a la presidencia; y ensayó un sistema democratizante, provocando una situación uniforme contra él por parte de la oligarquía plutocrática y de la milicia, al servicio de ésta: cayó al empuje de uno de los tantos motines de ciertos militares oligárquicos, acostumbrados a usar en su provecho el nombre de la libertad.

Entre Romaña y Billinghurst se agita la política peruana, en forma tan confusa que no es posible establecer responsabilidades, en el desorden que es la vida del Perú, durante los diez y siete años consecutivos en que concluyo por estar ausente de él.

No estoy del todo seguro de que Romaña hubiese leído "La República", de Platón; pero me consta que practicaba algunas de sus enseñanzas, como, por ejemplo, la de expulsar a los poetas, cuidando de coronarlos, cariñosamente, de rosas...

Con vivas demostraciones de admiración por mis aptitudes líricas, el Presidente hizo me llamar, me sentó a su mesa y departió conmigo sobre "las innumerables sonrisas del mar", que recordaba él de sus lecturas de Esquilo, repitiéndome a manera de una pintoresca invitación al viaje.

Parece ser que ya tenía yo el renombre de "peligroso", con que me he sentido, frecuentemente, reglado por los políticos profesionales de mi país.

El caso es que, al poco tiempo, el gobierno que presidía D. Eduardo López de la Romaña me rogó desempeñar el papel de propagandista de la idea del arbitraje obligatorio en las repúblicas de Centro América, cuyos votos interesaban al Perú, con referencia a tal doctrina — que no llegó a planearse — en el segundo Congreso Panamericano, reunido, como se sabe, en Méjico y en 1902.

Sin título oficial, pero con el auxilio del Gobierno, salí de mi país, por primera vez, al comenzar mi edad viril.

Se me despidió con un banquete en el Club de la Unión, en el que hubo de hacer acto de presencia D. Manuel González Prada.

Partí al encuentro de "Alma América".

En la maleta de viaje — con que partí al encuentro de "Alma América" — esto es, a conocer la Naturaleza y la Historia de todos nuestros países — llevaba yo, como es lógico, el espíritu, la Guerra del Pacífico, la revolución popular de mi país, las glorias próceres de Martí y Maceo, las visiones impresionantes del "Iowa" y del "Oregón", a manera de notas de la "Iliada", propias de la iniciación de mi "Odisea". Tal la "Iliada", que he formado el fondo de mi vida desde la niñez, se trajo conmigo, en mi edad viril, en "Odisea", que amplió mi vida y mi Arte en toda la extensión de la América.

En el equipaje había puesto a todas mis aventuras hasta entonces con el amor y con la

UN NOVELISTA EN SU TALLER



Eduardo López de la Romana

Muerte; pero he aquí que reparo en que se me había olvidado una, con ser ella la mayor de mi adolescencia: la de mi matrimonio.

Cuando no hacía mucho de mi aventura con la muerta y el recuerdo de ésta me hacía aún trepidar el espíritu, en un doble sentido de amor y de congoja, me sentí sorprendido por una visión mística, que me pudo hacer pensar en que un nuevo milagro realizábase y salía a mi encuentro desde el fondo del misterio, en que la mujer seguida por mi hablaseme desaparecido.

La iglesia de la Merced, al pasar yo por delante de su puerta labrada, echóme encima la visión de una mujer de luto, entre cuyos crespones un rostro fino hacía resaltar su palidez de cera. ¿Era la muerta resurrecta? Sólo sé que hubo de seguirla también, hasta no parar, ya de la mano de ella, sino en las gradas del altar, en que no en vano se santifica la historia del Calvario. Retrotraer por más de treinta años un madrigal, equivale a componer una elegía.

Prescindi del recuerdo de Sabina, para entregarme a la realidad de la que en su nombre me hacía la promesa de ser mi Consuelo, seguro de que, al casarme con la Hermengarda de las "Historias Extraordinarias" de Edgardo Poe, me acompañaría con su beneplácito la que había sido, relampagueantemente, mi Eleonora.

Con vehemencia tropical, me casé a los veintidós años. A tal edad, el hogar que forma un poeta reviste los caracteres de una improvisación, que rara vez llega a tener toda la deseable consistencia.

Entre la hipocresía y el cinismo, cabe a este respecto envolver el caso en el acierto de una discreción, cuyo velo permita sospechar lo mismo que no se quiere, ni se debe, ni se puede decir. Hay que entender que el caso a que me vengo refiriendo es el de que no aconsejara yo a dama alguna — que no se sintiese con vocación de mártir — el que corriera la heroica aventura de casarse con un poeta, tratándose de un poeta decidido a vivir su poesía.

Hecha la revisión del equipaje, puedo darme ya el gusto de zarpar. Por primera vez, desdobló en mi pañuelo un adiós a las costas nativas; y parto a vivir siempre mi Arte y a incorporar siempre en el Arte mi propia vida.

(Continuado).

Guillermo E. Billinghurst



VII
O S sentiremos algunas veces llenos de nuestro asunto, ávidos de comenzar, y dispondremos nuestras inmaculadas cuartillas, cogeremos la pluma y al ir a volcar en el papel aquella plenitud, nos encontraremos completamente vacíos: ni una idea, ni siquiera una frase.

Pero queremos ser fieles a nuestro método, y resolvemos permanecer a toda costa delante de las cuartillas, y nerviosamente, ya que no acertamos con las palabras, comenzamos a hacer dibujitos, o maquinalmente nos aproximamos a un libro y comenzamos a hojearlo a hurtadillas.

Lo más frecuente es que nuestra imaginación acabe por dispersarse del todo y que una hora después nos declaremos vencidos e incapaces por ese día, y dispuestos a desquitarnos al día siguiente, realizando tarea doble. ¡Mala táctica!

En esos casos cualquier cosa vale más que nada.

No en vano teníamos la sensación de estar llenos del asunto. Aprovechamos esa disposición favorable de nuestros nervios, escribiendo una o dos cuartillas decididamente malas, cualquier cosa para calentar la muñeca.

De ese trabajo informe algo quedará, aunque no sea más que una frase que nos servirá de cabecera para la jornada posterior.

Si en lugar de hacer frente al desaliento, derivamos hacia otra cosa, lecturas o dibujitos, agravamos el mal dispersando la atención.

Cojamos el toro por las astas, hagamos al papel confidente de nuestra ansiedad. Escribamos algo así: "Hoy me proponía tratar de este asunto (tal diálogo, tal descripción, tal episodio). No hallo manera de comenzar. Advierto las siguientes dificultades: el diálogo (o la descripción o el episodio) deben contener "esto", y "esto", y "esto..."

Cuando hayamos escrito un par de cuartillas de estas curiosas confidencias será muy raro que no se haya producido el fenómeno de la auto-sugestión.

Aquellos que antes de comenzar el libro redactan su plan tienen la ventaja, en los momentos de desorientación, de ver su camino; saben, después de un capítulo, cuál otro seguirá y qué materia contendrá.

Cuestión de temperamento. Ya vimos que no todos los novelistas trabajan sobre un plan delineado anticipadamente.

Los hay que marchan "a rumbo", como los gauchos en la Pampa o en la sierra, donde no existen senderos, en días de neblina o cerrazón. Aunque no vean el sol, un maravilloso instinto los guía.

A éstos les conviene, especialmente en los momentos de vacilación, para estimular la subconciencia, escribir un rápido plan anticipado de tres o cuatro capítulos.

Tal esbozo, a la manera de un guía, marchará delante de ellos, sin privarles de la preciosa facultad de apartarse a un lado u otro y de seguir el hilo de una nueva y más vigorosa inspiración si se presenta.

Son pequeños artificios que nos prestarán gran ayuda, aunque parezcan de una horripilante ingenuidad a los que miran desde la cúspide del genio, o simplemente desde afuera, nuestras humildes batallas.

Dificultad de ligar los capítulos o los párrafos

Al comenzar la tarea del día leeremos siempre una paginita del día anterior para saber dónde estábamos.

DIFICULTAD DE COMENZAR
DIFICULTAD DE REANUDAR
PEQUEÑOS ARTIFICIOS
Por HUGO WAST

(Para LA NACION) PARIS, enero de 1931

Y podrá suceder que sabiendo lo que tenemos que hacer ese día, no podamos comenzar por no hallar modo de ligarlo a lo del día anterior.

Los principiantes no vacilan mucho ante estos obstáculos: plantan un asterisco o un número romano y hacen un nuevo capítulo, con lo cual se libran de andar buscando el nexo de las escenas. Cambian el cuadro y ya está. Por eso las primeras novelas suelen ser una yuxtaposición de escenas cortadas por un cambio de decoración, como en el cinematógrafo.

Los capítulos extensos y proporcionados exigen mayor esfuerzo y demuestran una asimilación más completa del asunto. Es el capítulo de corte clásico, donde se advierte la mano segura del obrero que domina sus instrumentos y sabe construir.

Y es la razón de la luminosidad de ciertas novelas que, no obstante una acción complicada, presentan un conjunto claro, que el lector recuerda en todo momento.

A veces la dificultad es más irritante por ser más pequeña: no encontramos cómo unir, no dos escenas, sino simplemente dos párrafos. El primer párrafo del día de hoy va a caer sobre el último de ayer como una cucharada de plomo derretido sobre una plancha ya fría. Eso no soldará.

Algunos eluden la dificultad utilizando locuciones viciosas que salpican sus libros: "Ahora bien", "De repente", "Como íbamos diciendo", y otras de su laya.

No solamente los novelistas tropiezan con semejantes obstáculos. Todos los escritores están sujetos a esta enfermedad que podríamos llamar la "disgregación del asunto".

Alguien que no tiene tiempo, o no tiene ganas, o no tiene fuerzas para sintetizar un tema, pero no quiere perder la media docena de ideas más o menos ingeniosas que se le han ocurrido, las publica en forma de párrafitos, separados por una estrellita.

Se les denomina aforismos o máximas, y presentan muy buen aspecto tipográfico y hasta nos producen la impresión de hallarnos con un moderno Rochefoucauld.

La ilusión se disipa con la lectura. No es una serie de pensamientos cada uno con espina propia. Son pedacitos del mismo plomo fundido que han ido cayendo en una copa de agua y que su dueño no tiene paciencia de organizar, ni depurar, ni refundir en una sola masa.

Los asteriscos, que parecen allí separar son, por el contrario, tornillitos disimulados para juntar "materialmente" lo que no se ha logrado ensamblar "intelectualmente".

Cuando esta dificultad de unir los párrafos se nos presenta en la novela, mejor que empeñarse en perseguir una palabra que sirve de eslabón, es recopiar la última página para ponernos en su espíritu o a su diapason.

Es como si fundiéramos otra vez el metal para mejor ligarlo con el que vamos a verter ese día en el molde.

Recopiar parcialmente lo escrito

Yo no soy partidario de escribir totalmente una obra y ponerla después en limpio, corrigiéndola de paso, aunque muchos autores lo hacen, conforme a su manera de ser.

Para mí es desesperante la sola idea de copiar quinientas o seiscientas páginas ya frías

de un libro ya hecho. Veo que podré introducir muchas correcciones de detalle, evitar repeticiones, hacer más armoniosos los párrafos, más correcto el lenguaje. Pero no veo que pueda enmendar ningún error substancial, modificando el plan, suprimiendo o creando nuevos personajes.

En cambio, es más fácil ir copiando día por día, hasta hora por hora, las páginas que voy haciendo, cuando su tinta está apenas seca y yo tengo clara la idea que las ha inspirado.

Nada nos demuestra mejor los defectos de una página que el ponerla nosotros mismos en limpio. No sólo advertiremos los defectos externos, sino también los defectos de estructura; y el trabajo de copiarla una y dos veces y aun más, se hará insensiblemente y desaparecerá en el vasto conjunto de la obra entera.

Hasta para juzgar las obras ajenas este procedimiento es insuperable.

Hagamos un ensayo; copiemos una página del autor cuyo estilo queremos aquilatar. Es seguro que advertiremos lo que no nos mostró su lectura, la impropiedad de tal palabra, tal adjetivo pegado a baba, este galicismo, aquel artificio, aquella vaciedad...

Corrección final del manuscrito

La corrección que haremos de nuestra obra poniendo en limpio las cuartillas a medida que las escribamos será la más eficaz, pues tocará el fondo (en el solo momento en que se pueden hacer correcciones de fondo) y la forma, pero no será la única, pues una vez terminado el libro es indispensable por lo menos una lectura de conjunto, antes de enviarlo a la imprenta.

Una vez realizado esto podemos considerarnos dueños y señores de nuestro manuscrito y demorar su publicación todo el tiempo que queramos, un año o diez, corrigiéndolo, si a mano viene.

Pero esta corrección se puede hacer con más eficacia sobre las pruebas de imprenta, y por minuciosa que sea no significará más que un barniz en el mueble. Agregará bellezas o quitará defectos de segundo orden, pero lo que hace el valor de la obra de arte, la originalidad de su concepción, la audacia o grandeza de su estructura, el equilibrio de sus partes, eso ya no se puede modificar.

"Me corregiré en otro libro", decía no sé qué gran escritor a quien le censuraban defectos de fondo, invitándolo a corregirlos.

Los pseudo-mártires del estilo

Digo que sólo una vez definitivamente corregida la obra seremos dueños de ella y podremos eternizarnos agregándole primores de lenguaje. Antes no, porque toda excesiva demora en el delicado período de su gestación perjudica el trabajo en lo que vale más, que es "la unidad de la inspiración".

Hay quienes gustan de ponderar el tiempo que les lleva una sola página. Esos se escandalizarán de que hablemos de cinco y aun de tres cuartillas diarias.

Cuentan que a veces no dan con el término exacto, con el adjetivo pictórico, con el verbo robusto, y que se pasan un día y más buscando una sola palabra.

Prurito inocente, si fuera verdad lo que dicen. Imagínense que sus oyentes les

creen y los admiran el doble. Pretenden sentar plaza de nuevos Flaubert, crucificados en los altares de la perfección del estilo.

No es raro que después de oír estas exageraciones se nos ocurra examinar aquellas páginas dolorosas, y en vez de pensamientos de admiración sintamos deseos de alumbrarle un consejo: "Pero hombre, no se martirice usted tanto porque, de veras, no vale la pena. Se ve que Dios no lo llama a usted para estas empresas..."

Corre en España una anécdota referente a uno de estos escritores mártires que, cierta vez, en reunión de literatos, a la que asistía Blasco Ibáñez, refería sus angustias de horas y de días para terminar una página, por faltarle a veces... ¡un solo vocablo! ¡la palabra apropiada!

Los oyentes escuchaban penetrados de admiración. Sólo Blasco Ibáñez parecía fastidiado. El nuevo Flaubert se aventuró a mojarle la oreja.

—¿No le ocurre a usted así, señor Blasco Ibáñez, pasarse un día entero sobre una cuartilla buscando una palabra?

—¡Ca, hombre, no! —respondió acremente el autor de "La Barraca". — Cuando no encuentro la palabra que necesito pongo una exclamación "¡caño!" y paso adelante. Y después, cuando he terminado el libro, busco todos los "¡caños!" y los reemplazo por la palabra que me conviene. Y me ha sucedido no haber espulgado bien el manuscrito y haberse ido a la imprenta con algunas de esas groserías... ¿Piensa que los lectores lo advirtieron? ¡ca, hombre, no!

Se comprende el mal humor con que el vigoroso novelista de "Cañas y Barro", que ha puesto firmemente sobre sus patas tantos personajes, respondió al minucioso mártir.

Permitásenos repetir este principio vital del arte de escribir: en las novelas hay que cuidar la forma, que es condición esencial; pero cuidar la forma no significa solamente cuidar la elocución, o sea la cutícula exterior.

La forma consiste en la disposición y acomodo de las ideas, en la arquitectura de todo el edificio, más que en el barnizado de las paredes. Si hay en él grandeza, claridad y solidez, aunque sea de áspera piedra valdrá infinitamente más que si es obscuro, estrecho, laberíntico, por más que sus paredes estén maravillosamente estucadas.

Leyendo la "Vida y Cartas" de Joseph Conrad, uno de los más grandes escritores contemporáneos, se asiste al martirio de un genio.

Ese hombre que tenía en grado sobrehumano el don de crear personajes y episodios, experimenta en ciertos días la tentación de romperse la cabeza contra los muros de su despacho, tal es su ansiedad, viéndolo que se le desvanecen las figuras o se le embrolla la acción.

Solamente al fin de un esfuerzo trágico logra poner de pie su capítulo, acertar con el grito psicológico, animar su estupendo paisaje.

¡Vayan después a decirle que en tal página ha repetido tres veces una palabra! ¡que en tal párrafo hay una cacofonía! ¡que este adjetivo estaría mejor que este otro!

¡Me imagino la aburrida cara que pondría el autor de "Victory"! ¡Como si una vieja desocupada y estéril fuese a hablarle de las enfermedades de su gato a una madre de muchos hijos!

Razón del desvío de los críticos por las novelas de aventuras

¿Por qué son más aficionados a escribir sobre las novelas

(Continúa en la pág. 28)



VELADA DIVERTIDA

Dibujos de GEO McMANUS



BRIDGE CONTRATO AMERICANO POR LEON CASABAL



N el Auction la declaración de "uno" estaba justificada cuando un palo contenía ciertas combinaciones de cartas altas que permitieran al declarante presumir la posesión de cuatro bazas factibles. De esta manera el declarante suponía, muy atinadamente, el restante de los valores repartidos entre las otras tres manos, adjudicando así tres bazas a cada jugador. Era, pues, un razonamiento muy lógico y una declaración con esas bases no corría normalmente riesgo alguno en Auction. Veamos ahora en qué forma puede adoptarse este sistema jugando Contrato.

Cuando el compañero del declarante de esta manifestación de "uno" tiene una mano pobre, menor que el promedio supuesto, es difícil que esa primera declaración quede firme. Por consecuencia, podríamos suponer que en Contrato como en Auction no hay peligro, por lo general, en declarar "uno" en la forma expresada, aun cuando esa declaración no sea sostenida o aumentada por el compañero.

Pero hay algo muy importante. Jugando Contrato, el compañero del primer declarante tiene la casi obligación de no permitir el cierre del remate abierto por el compañero, y debe, por lo tanto, aumentar su declaración o informarlo de otra fuerza de acuerdo a la composición de su mano. Debemos tener siempre presente que en Contrato el fin deseado es rematar el "game" y ganarlo. Por lo tanto, la declaración inicial debe ser lo suficiente-

mente fuerte para permitir una declaración arriesgada del compañero visando el "game".

El compañero del declarante original no debe aumentar esa declaración de "uno" si no posee ayuda normal en triunfos (tres), porque debe suponer que la elección de triunfo se ha hecho con un palo compuesto por cinco cartas, con dos honores mayores. Esos tres pequeños triunfos son, pues, de una importancia decisiva para que adquieran valor propio los que posee el declarante.

Si el bando del declarante no está "vulnerable", puede justificarse una apertura del remate con una mano no del todo reglamentaria. Pero esta liberalidad podría resultar grave en "zona vulnerable", donde la pérdida de puntos es importante si el declarante no cumple su contrato. La posibilidad de una declaración "saltante" del compañero debe ser tenida muy en cuenta en esta situación, y conviene mejor pecar de ultraconservador que de liberal.

Estas indicaciones son sólo generales. Voy en seguida a ser más concreto con el cuadro que doy a continuación, inspirado en las reglas de Lenz.

Cuando traté al Plaford, adopté a ese juego el método Work, publicando sus tablas, que también vendrían al caso. El cuadro que sigue está compuesto por tres columnas. En la primera va una serie de fórmulas que justifican la apertura del remate, con una declaración de "uno". En la segunda la fuerza necesaria lateral requerida para poder declarar en contrato y que debe acompañar al palo elegido triunfo cuando el bando que remata no está en zona vulnerable. En la tercera columna ese mínimo de fuerza requerido, cuando el bando que remata se encuentra "vulnerable".

De cómo estos requisitos deben ser estrictamente adaptados al pie de la letra, trataré después de publicada la tabla.

Honores mayores que deben encabezar el palo de cinco cartas elegido triunfo	Mínimo de fuerzas laterales que deben acompañar el triunfo elegido (no vulnerable)	Mínimo de fuerzas laterales que deben acompañar el triunfo elegido (vulnerable)
A-K-X-X-X A-Q-J-X-X K-Q-J-X-X A-X-X-X-X K-Q-X-X-X A-Q-X-X-X K-J-X-X-X K-10-X-X-X Q-10-X-X-X J-10-X-X-X	nada nada un Rey una baza segura una baza segura K y Q o la fórmula K.J. A-Q o una baza y un Rey dos bazas seguras dos bazas seguras dos bazas seguras dos bazas seguras tres bazas seguras	un Rey un Rey una baza segura un A-Q un As y un Rey una baza segura dos bazas seguras dos bazas y un Rey dos bazas y un Rey tres bazas y un Rey tres bazas y un Rey

APERTURA INICIAL CON PALOS DE CUATRO CARTAS		
Honores mayores que deben encabezar el palo de cuatro cartas elegido triunfo	Mínimo de fuerzas laterales que deben acompañar el triunfo elegido (no vulnerable)	Mínimo de fuerzas laterales que deben acompañar el triunfo elegido (vulnerable)
A-K-Q-X A-K-J-10 A-K-J-X A-Q-J-10 K-Q-J-10 A-K-X-X A-Q-J-X A-Q-10-X K-Q-J-X K-Q-10-X A-Q-X-X A-J-10-X K-Q-X-X A-J-X-X K-J-10-X	nada nada un Rey o Q-J un Rey o Q-J un Rey o Q-J una baza segura " " " " " " " " " " " " una baza segura y algo más una baza segura y algo más A-Q o un As y Rey de diferente palo. dos bazas seguras	un Rey un Rey una baza segura una baza segura una baza segura Una A.Q. o un As y Rey de diferente palo " " " " " " " " dos bazas seguras dos bazas seguras dos bazas seguras dos bazas y un Rey dos bazas y un Rey

Por sucesivas experiencias he podido comprobar que la declaración inicial de un palo tiene una importancia trascendental en el transcurso del remate y después en el carteo. No sólo por el valor que representa la apertura del remate

para el compañero del declarante, que basado en ella puede pronunciarse por una declaración extraordinaria, sino también por lo que ella puede determinar para los adversarios. Una declaración original reglamentaria impide, por lo ge-

neral, al adversario de la izquierda a intervenir tan libremente en el remate, como hubiera podido hacerlo si el dador hubiera pasado. Además, puede alentar al compañero hasta un contrato que dé a su bando la ganancia del "game".

Otra nota importante es que dicha información puede dar la indicación de una buena salida si son los adversarios quienes deben jugar la mano.

Personalmente he adoptado, jugando Contrato, el sistema

de las declaraciones informativas "livianas", y considerando los resultados producidos, he llegado a la conclusión de que son ventajosas, especialmente si se juega con un buen compañero y se puede tener confianza en sus decisiones reflexivas.

Creo, como Lenz, que no estando en zona vulnerable, puede declararse en Contrato con el mínimo que lo hacíamos en Auction. En zona vulnerable conviene adoptar precauciones,

exigiendo a la declaración original bases más sólidas.

Dire más: teniendo un compañero seguro, creo que hasta no debe establecerse esa diferencia de vulnerable o no para la declaración de "uno" con caracteres informativos.

Alguien dirá que esta afirmación es demasiado radical, pero la práctica me permite asegurar que es de óptimos resultados cuando se tiene seguridad en el compañero.



Monseñor Dr. Gustavo J. Franceschi juzga así: "El método LINGUAPHONE es el mejor que haya experimentado en el estudio de lenguas y me hallo satisfechísimo de haberlo empleado".

Más de 400 médicos y abogados argentinos poseen ya cursos LINGUAPHONE, que es el método de los estudiantes exigentes.

En el estudio de idiomas se imponen los adelantos técnicos

El aprendizaje gramatical de lentitud desesperante, la incomodidad de lecciones fijas en lugares determinados, los temas aburridos, la falta de profesores instruidos e incansables, los resultados exigüos — tan en desproporción con los esfuerzos empleados —, todo esto se elimina definitivamente con los modernos cursos

LINGUAPHONE

que enseñan las lenguas vivas (inglés, francés, alemán, italiano, castellano para extranjeros, ruso, etc.), por medio de discos fonográficos y libros ilustrados, editados en series para principiantes y para adelantados.

He aquí las ventajas más notables que el método LINGUAPHONE le ofrece a usted como estudiante progresista, anheloso de hablar con corrección y entender con facilidad otro idioma después de practicar un mínimo de tiempo con un máximo de comodidad:

1. Vd. estudia en casa, sin etiqueta alguna.
2. Vd. estudia a la hora que se le antoja, de día o de noche.
3. Vd. estudia el tiempo que quiere: diez minutos, una hora, dos horas...
4. Para sus lecciones no rige ningún horario, sino su estado físico o el tiempo que tenga disponible.
5. Vd. no pierde horas preciosas en caminatas improductivas. Cada minuto lo aprovecha para adelantar.
6. En cada curso LINGUAPHONE usted estudia con varios profesores a la vez, de manera que acostumbra su oído a voces distintas.
7. Los maestros de los cursos LINGUAPHONE son destacados catedráticos universitarios de Europa que enseñan sus respectivas lenguas maternas. Mejores profesores de idiomas no hay.
8. Con los discos LINGUAPHONE, que pueden pasarse en todos los fonógrafos corrientes, Vd. hace repetir las frases cuantas veces quiera. Sus profesores nunca se cansan y nunca se irritan.
9. Al elegir una púa determinada, usted obliga a sus profesores a hablarle exactamente con la fuerza de voz que Vd. desee.
10. La rapidez de dicción puede Vd. graduarla a voluntad, mediante el tornillo regulador.
11. Toda la familia y sus amigos pueden aprovechar su curso LINGUAPHONE sin gastos adicionales.
12. Las repeticiones que Vd. haga del idioma aprendido por un curso LINGUAPHONE, aun años más tarde, le resultarán gratis.
13. Los cursos LINGUAPHONE combinan textos, láminas y discos, permitiéndole practicar simultáneamente vista, oído y lengua.
14. Los cursos LINGUAPHONE tratan de temas prácticos únicamente e incluyen los últimos inventos, como la radio, el automóvil, el aeroplano, el subterráneo, etc.
15. Los cursos LINGUAPHONE no sólo son los mejores y más prácticos, sino también — rara coincidencia — los más baratos. Se venden completos o en reducidas cuotas que están al alcance de todos los bolsillos.

Exclusividad:

Juan Tuercke

Demostraciones gratuitas:

VICTORIA 636, 7.º piso

De 9 a 13 y de 15 a 19

BUENOS AIRES

ASUNCION: Palma 78.

BAHIA BLANCA: Casa Galli.

San Martín esq. Las Heras.

CONCORDIA: Entre Ríos 636.

CORDOBA: 9 de Julio 40.

Entre Ríos 2101.

CORONEL SUAREZ: Casa Galli.

MENDOZA:

Primitiva de la Reta 998.

MONTEVIDEO: Sarandí 620.

RAFAELA (S. F.):

ROSARIO: Sarmiento 853.

TRES ARROYOS: Casa Galli.

TUUMAN: Muñecas 340.

Señor JUAN TUERCKE, Casilla Correo 1209 — Buenos Aires

Sírvase enviarme, gratis y sin compromiso, el folleto LINGUAPHONE.

Me interesa el idioma

Nombre

Profesión

Calle

Ciudad

F.C.

L.N. 01031

El
septimo
arte

Carta de Hollywood por White Screen

(Para LA NACION)
HOLLYWOOD, enero de 1931

BARBARA Kent, la minúscula artista que en la película "Welcome Danger" logra una vez más revelar su talento artístico, vuelve a aparecer en la próxima producción de Harold Lloyd a comenzarse en breve en los "studios" Metropolitan. Miss Kent al terminar la filmación de esta película, regresará al "lot" de la compañía Universal, para actuar el rol estelar en la obra "Society" que llevará una versión española. El popular galán joven, Barry Norton, tendrá a su cargo el papel principal masculino.

Lily Damita llegó recientemente a Hollywood, exactamente a los nueve días de haber empezado a trabajar en la producción multilingual "El Tejano" iniciada con una serie de nueve accidentes entre los "extras" y actores principales, que actúan en esta cinta campera, accidentes todos estos que ocurrieron en el desbordamiento de un inmenso tanque de agua destinado a simular un río. Lily fué la única persona del elenco que no trabajaba en la escena del tanque, pero esto no impidió que llegara a la decena de accidentes con un choque de automóviles (simulado) que no dejó de tener su lado de realidad, cuando los vidrios de su coche, al partirse, cortaron sus manos e hiriéronla levemente en la cara. Al llegar al estudio, después de tan accidentado día, miss Damita se encontró, entre su correspondencia, con nueve cartas con proposiciones de matrimonio, y una carta del empresario Florenz Ziegfeld, invitándola a incorporarse al elenco de la revista musical "New Yorkers", en vísperas de iniciar una gira interior, con una duración aproximada de nueve meses, recibiendo un sueldo semanal de nueve mil dólares en calidad de estrella del "show".

Ya que estamos hablando de miss Damita y de su actividad artística, diré que la compañía Artistas Unidos — y si es que llegan a un acuerdo satisfactorio con Mr. Goldwyn, que es quien tiene contratada a la ex bailarina — será una de las nuevas luminarias de la citada empresa, que brillará al lado de estrellas tan populares como Gloria Swanson, Mary Pickford, Charles Chaplin y Douglas Fairbanks.

Las artistas de la pantalla hollywoodense, prefieren a los hombres de pelo en pecho. En tal preferencia coinciden, por lo menos, cinco de las populares damitas de la colonia cinematográfica.

Las cinco damitas en cuestión, son: Joan Crawford, Sue Carol, Alice White, Clara Bow y Fay Wray.

A Joan Crawford le interesan los hombres que llevan a cabo empresas de verdadero mérito, y los aficionados a perder el tiempo le producen una perfecta indiferencia. Miss Crawford no hace grandes distinguos entre rubios o morenos y el grado de inteligencia, con tal de que sean sencillos y honestos.

Sue Carol prefiere los hombres morenos, de tipo atlético y aficionados a los deportes. Y siente un profundo desprecio por los jovencitos elegantes y engominados.

Miss Alice se vuelve loca por los hombres tímidos y siente una terrible aversión, por los donjuanes profesionales. Físicamente gustan los hombres que se mantengan en un término medio entre el rubio y el moreno. Siendo ella una entusiasta por los deportes, prefiere la compañía de hombres que tengan análogas preferencias atléticas.

Clara Bow, dice que solo se enamorará de un hombre capaz de llevar a cabo "pequeñas" empresas; no es partidaria de las empresas grandes, ni cree en ellas, pero que sea en cambio, aficionado al ejercicio de las facultades intelectuales. Solamente trata con aquellos que son tan cultos como ella, por lo menos, y que puedan sostener una conversación agradable con conocimientos generales sobre las artes, literatura, historia, etc. Prefiere los morenos a los rubios, sin ser muy exigente en la preferencia.

Para Fay Wray, el tipo ideal es el del hombre fuerte, silencioso, el que siente con idéntica satisfacción en las montañas o en el salón de una casa de lujo.

Franck Fay y Raquel Torres en una escena de la película "A la luna de Texas" recientemente estrenada

Richard Arlen y Fay Wray en una escena de la película "La legión fronteriza"



Joan Peers y Fuller Mellish en una escena de la película "Aplauso"



El misterioso crimen del escarabajo

Por S. S. Van Dine

Ilustración de
Pedro Delucchi

Vance se puso de pie, arrancándose de su aparente letargo, y aplastó en el cenicero la colilla de su cigarro

me retiré de nuevo a la cocina. La señora Bliss sirve siempre ella misma el café.

—¿Se quedó Hani sin desayunar hoy?

—No del todo, señor. Me pidió que le llevara a su habitación una taza de café.

—¿Qué hora era?

Brush meditó un segundo.

—Alrededor de las nueve menos cuarto, señor.

—Y se la llevó usted, naturalmente...

—Sí, señor. La señora Bliss lo había preparado ya cuando Mr. Hani me llamó.

—¿En cuanto al doctor?

—La señora Bliss me sugirió que le llevase al despacho el café y las tostadas. Yo no me hubiese atrevido a tomar la iniciativa sin que él me llamase.

—¿Y a qué hora le hizo la señora Bliss esa sugestión?

—En el momento en que ella y Mr. Salveter abandonaban el comedor.

—¿A eso de las nueve, creo que dijo usted?

—Sí, señor. Tal vez un poquito antes.

—¿Salieron juntos del comedor la señora Bliss y Mr. Salveter?

—No podría decirlo, señor. Cuando terminaba de desayunar, la señora Bliss tocó el timbre y me indicó que haría bien en llevar café y tostadas al doctor. Y cuando regresé al comedor a buscar el café, ya no estaban allí la señora ni Mr. Salveter.

—¿Sirvió la señora por su mano el café del doctor?

—No, señor. Lo serví yo en la taza.

—¿Cuándo?

—Las tostadas no se hallaban listas aun del todo, señor, así es que serví el café unos cinco minutos después de haberse retirado la señora y Mr. Salveter.

—¿Y durante esos cinco minutos permaneció usted, supongo, en la cocina?

—Exacto, señor. Es decir, exceptuando un instante que fui al vestíbulo del fondo a dar a los proveedores las acostumbradas órdenes por teléfono.

Vance se puso de pie, arrancándose de su aparente letargo, y aplastó en el cenicero la colilla de su cigarro.

—¿Lo cual significa, entonces, que el comedor estuvo desierto unos cinco minutos, o sea entre la salida de la señora Bliss y Mr. Salveter y la entrada de usted para servir el café?

—Unos cinco minutos, en efecto, señor.

—Y ahora, Brush, concentre usted todo su pensamiento y su memoria en esos cinco minutos. ¿Oyó usted en ese tiempo algún ruido procedente del comedor?

El ayuda de cámara miró interrogativamente a Vance y pareció esforzarse en recordar.

—No presté mucha atención, señor—respondió al fin—y estuve, además, ocupado con el teléfono. No recuerdo haber oído nada. En realidad, no era posible que hubiese nadie en el comedor en aquel momento.

—La señora Bliss o Mr. Salveter podrían muy bien haber regresado por cualquier motivo...—insinuó Vance.

—Es posible, señor—convino Brush con aire de duda.

—Por otra parte, ¿no podía también Hani haber bajado en el intervalo?

—No se encontraba bien, señor. Le llevé una taza de café...

—Ya nos lo dijo usted...

¿Se hallaba por casualidad acostado en la cama Hani cuando le obsequió usted con la pócima abominable?

—Estaba echado en el sofá.

—¿Vestido?

—Con la bata de entrecasa que suele ponerse para andar por aquí.

Vance guardó silencio unos segundos y luego se volvió hacia Markham.

—La situación no es lo que pudiéramos llamar diáfana y cristalina—comentó—. El samovar que contenía el café parece haberse visto hoy por la mañana indeciblemente expuesto a la curiosidad pública. Observe usted que la señora Bliss y Mr. Salveter permanecieron a solas con él durante el desayuno, y que cualquiera de los dos pudo muy bien haberse retrasado unos instantes al terminar aquél, o haber vuelto quizá al comedor. También Hani pudo haberse introducido allí tan pronto como la señora Bliss y Salveter salieron. Todas y cada una de las personas que habitan esta casa tuvieron ocasión de hurgar en el café antes de que Brush lo sirviera en la taza.

—Así parece...

Markham consideró, ceñudo, la cuestión y se dirigió después al ayuda de cámara:

—¿Notó usted algo raro en el café al servirlo para llevarlo al doctor Bliss?

—Nada en absoluto, señor—respondió Brush, tratando inútilmente de ocultar la extrañeza que la pregunta le causaba—.

Me pareció lo mismo que siempre, señor.

—¿El mismo espesor? ¿La misma consistencia?

—Igual que siempre, señor—repetió Brush, intranquilo de nuevo—. Tal vez un poco fuerte—añadió, nervioso—, pero al doctor Bliss le gusta así.

Vance se puso de pie y bostezó.

—Me complacería que diésemos una ojeada al comedorcito ese y su complicada cafetera. Quizá nos resultase de alguna utilidad.

Markham se apresuró a aceptar la idea.

—Y mejor será que vayamos cruzando el despacho del doctor, a fin de no despertar la curiosidad de las personas que ocupan en estos momentos la salita.

Brush abrió la marcha en silencio. Parecía exhausto, y mientras nos precedía por la escalerilla de caracol, advertí que se aferraba fuertemente a la barandilla. No terminaba yo de comprender su actitud. A ratos mostrábase como indiferente por completo a la tragedia desarrollada en el museo, y a ratos también tenía yo la impresión exacta de que hacía presa en él una sospecha acuciadora e inquietante.

(Continuá.)

El café del doctor Bliss

CAPITULO XIX



E expresa usted, Brush, con claridad perfecta... Por consiguiente, se deduce de sus manifestaciones, que la situación de las personas que aquí viven era a las ocho y media de esta mañana la siguiente: la señora Bliss y Mr. Salveter se encontraban en el comedorcito del piso bajo. Hani, en su dormitorio del tercer piso, y el doctor Bliss en su despacho. En cuanto a Mr. Scarlett, es de presumir que se hallara en su casa. Y usted y la cocinera, ¿dónde estaban?

—Dingle en la cocina, y yo entre la cocina y el comedor, sirviendo los desayunos.

—¿Y no había en la casa nadie más, que usted sepa?

El ayuda de cámara pareció sorprenderse.

—Nadie, señor. No era posible que hubiese nadie más.

—Pero si usted se encontraba en el piso de abajo—insistió Vance—, ¿cómo podía saber que nadie entró por la puerta principal?

—Se hallaba cerrada.

—¿Tiene usted la seguridad de ello?

—Completa, señor. Uno de mis deberes consiste precisamente en asegurarme todas las noches antes de retirarme a descansar, de que el cerrojo se encuentra echado, y nadie llamó esta mañana a la puerta antes de las nueve.

—Muy bien...

Vance fumó en silencio unos instantes y luego se recostó en la butaca y entornó los párpados.

—¿Quiere usted decirme, de paso, cómo y cuándo se prepara el café del desayuno?

—¿El café?—saltó Brush con asombro, del que se repuso al instante—. El café es una de las... chifladuras del doctor Bliss, si me entiende usted lo que quiero decir. Lo compra en un almacén de productos egipcios que hay en la Novena Avenida. Es muy negro y bastante quemado en el tueste. Sabe a café francés, si el señor conoce el sabor del café francés.

—Desgraciadamente, si—suspiró Vance haciendo una mueca—. Un brebaje trágico. No es de extrañar que los franceses procuren disfrazarlo añadiéndole en abundancia leche caliente. ¿Y usted toma café de ese, Brush?

El ayuda de cámara pareció un poco desconcertado.

—No, señor, no. Me permito decir que no me agrada. La señora Bliss ha tenido la bondad de autorizarnos a Dingle y a mí a que confeccionemos el café a la antigua usanza.

—Entonces ¿el café del doctor Bliss no está confeccionado a la antigua usanza?

—Tal vez no haya empleado yo la palabra exacta, pero lo cierto es, señor, que el café del doctor Bliss se prepara de otro modo.

—Cuéntenos usted cómo. Hay opiniones muy encontradas acerca del mejor procedimiento de hacer café. La gente llega a mostrarse verdaderamente fanática en sus preferencias al respecto. No me chocaría nada que un buen día presenciáramos una guerra civil con todas las de la ley entre los partidarios de la cocción, de la infusión y de la destilación gota a gota. Necias disputas, en verdad... Como si el café tuviese importancia... En cuanto al té, por otra parte...

Pero siga usted, Brush. Haga usted el favor de revelarnos la teoría del doctor Bliss en el asunto.

Markham había empezado a taconear con irritación y Heath meneaba la cabeza con impaciencia mal contenida. Pero la locuacidad aparentemente absurda de Vance estaba surtiendo los efectos que se proponía. Mi amigo había logrado calmar por completo la nerviosidad de Brush y apartar de su

imaginación el objeto directo del interrogatorio.

—El café del doctor Bliss, señor—explicó el hombre—, se confecciona en una especie de aparato filtro parecido a un gran samovar.

—¿Y dónde se encuentra instalada esa máquina terrorífica?

—Está siempre en una esquina de la mesa del comedorcito y tiene debajo una lamparilla de alcohol para conservar caliente el café después de...

de...—

—Escurrido, debe ser el término que usted busca—sugirió Vance.

—Eso es, escurrido... El aparato consta de dos partes, y la primera encaja en la segunda lo mismo que una cafetera francesa. Se pone un papel de filtro en el fondo de la primera, sobre los agujeritos, y después se echa encima café. Dingle muele la cantidad necesaria todas las mañanas. En seguida se aprieta bien este café con una chapa circular perforada asimismo, a la que el doctor Bliss llama "distribuidor de agua". Y luego no hay más que verter encima agua hirviendo, y el café va cayendo gota a gota al recipiente inferior, del que es servido por un pitorro lateral.

—Muy interesante. Y entonces, sacando la parte superior del aparato, se ve directamente el café, ¿verdad?

La pregunta extrañó francamente a Brush.

—Sí, señor, desde luego. Pero no hace falta tocar la parte superior, porque ya digo al señor que hay un pitorro lateral para servir el café.

—Me doy cuenta exacta del procedimiento, Brush. Me limitaba a especular acerca de cómo podría uno arreglárselas para envenenar el café antes de que fuera éste servido.

—¿Envenenar el café?—se asombró Brush.

—Una suposición, simplemente—respondió Vance con indiferencia—. Y ahora, Brush, volvamos al desayuno de esta mañana. Quedamos en que la señora Bliss y Mr. Salveter eran las únicas personas presentes en el comedor. ¿Cuánto tiempo permaneció usted allí mientras ellos desayunaban?

—Muy poco, señor. Me limité a poner el servicio y luego

POLVO
VASENOL
ANTI-SUDORAL
PARA LOS
PIES, MANOS
y AXILAS



El remedio de actualidad
para el cabello canoso es el
COLORANTE ALEMAN
"NEUGEBAUER"

El verdadero producto científico. Resultados incomparables. Tonos naturales sin reflejo rojizo o verdoso. Infalibilidad atestiguada por autoridades. Venta y aplicación por especialistas de la

CASA WEISS, Callao 714

Bs. As. U. T. Plaza 4109

UN NOVELISTA EN SU TALLER

(Continuación de la pág. 23)

de ideas que sobre las de aventuras?

El hecho es visible, particularmente en Francia, donde la novela de aventuras no goza del prestigio que tiene en los países anglosajones, y hasta se la considera un género literario inferior.

Recorramos los numerosos volúmenes en que los críticos franceses han coleccionado sus juicios sobre libros y autores.

Hallaremos repetidas veces los nombres de novelistas de hasta de quinta magnitud ya olvidados, y nunca el de Julio Verne, cuyas novelas geniales han hecho tanto por la gloria del espíritu francés.

Yo no creo que esto sea un verdadero prejuicio, sino una costumbre, que tiene la siguiente explicación:

El crítico de un gran periódico recibe docenas de volúmenes cada mes para leer y juzgar. El leerlos, no más, es tarea superior a las fuerzas de un hombre. Se necesita ser un Menéndez y Pelayo, es decir, un portento. Y aun el prodigioso crítico español sería incapaz de juzgar a fondo todos esos libros. No queda más que un recurso, si se ha de hablar de ellos: ahorrarse su lectura, pero escribir no ya sobre el libro sino alrededor del libro. Basta hojearlo y averiguar qué tesis sustenta. Se escribe un sólido artículo acerca de esas ideas, y parece que se hubiera escrito acerca de la obra en cuestión.

Nuestro ingeniosísimo doctor Rawson nos ha dejado una estupenda definición de la salvadora: "Un utensilio "alrededor del cual" se escupe".

Así las novelas son motivos alrededor de los cuales se escribe. Lo cual sólo es posible tratándose de obras que permitan divagar, sin que se advierta.

Esto no ocurre con una novela de aventuras. Hay que haber leído "La isla del tesoro" o "Las minas del rey Salomón" para escribir un artículo sobre tan lindas novelas.

El crítico lo comprende, las aparta para leerlas, corre el tiempo, aparecen otros libros y pasa la oportunidad.

El manuscrito en busca de editor

Puesto que he penetrado en temas prácticos, sería buena ocasión de hablar aquí de la impresión y la edición de la novela.

No basta componerla, es necesario publicarla, y que se difunda, no sólo por las ideas que contiene (que supongo sanas) y la gloria de ser leído, sino porque es una aspiración muy legítima de un autor la de vivir de su trabajo.

La peregrinación del novelista, con el manuscrito de su primera novela, en busca del editor, es uno de los más interesantes cuadros de la vida literaria.

Pero más que lo pintoresco del tema interesa aquí la parte práctica: cómo se prepara el manuscrito, cómo se busca el editor, cómo se lanza al público un libro.

Los maestros insuperables en el arte editorial son los ingleses y los norteamericanos.

Yo no podría decir aquí nada que se aproximara a lo que ha dicho, con experiencia completa, un ilustre escritor inglés, Mr. Stanley Unwin.

Su libro, "La verdad sobre el negocio editorial", traducido por otro notable editor de Barcelona, D. José Zendera, es sobremediano interesante y útil para un autor que esté, como lo están casi todos en nuestros países, obligados a editarse el mismo.

Me refiero, pues, a lo que allí se dice con un buen sentido y un humor admirables.



COMO lo he hecho notar en anteriores ensayos sobre la literatura y vida norteamericanas, la "élite" de Norte

América se siente presa del vértigo del descontento. No ha alcanzado aún la rebelión a las masas, pero existe un motín entre los ángeles, es decir, entre los artistas y los intelectuales, poseídos de una intensa fiebre de renovación de valores.

Se destaca, entre ellos, con relieve satánico, Eugenio O'Neill, espíritu hondamente atormentado, pesimista, y cuya obra está amasada en el dolor, la injusticia y la incompreensión.

He calificado a O'Neill, de Ibsen norteamericano en atención tan sólo a su espíritu de hondo innovador, pero en modo alguno, al fondo íntimo de su personalidad.

El medio escandinavo y el norteamericano son incompatibles: los héroes y los temas ibsenianos nacen de la delicadeza enfermiza de la conciencia, en tanto que, los del autor de "La risa de Lázaro", se originan en una desconformidad con lo falso y la materialista de un medio cosmopolita.

La vida de un hombre explica en gran parte su obra: la de O'Neill, hijo de un célebre actor, que lleva en su sangre la inquietud y la amoralidad, sirve de fondo a sus concepciones dramáticas, caracterizadas por una filosofía de la existencia, que se aprende en los viajes y en la sed insatisfecha de aventuras.

Este dramaturgo—que cuenta en la actualidad cuarenta y un años de edad—fue sucesivamente estudiante universitario, empleado de comercio, socialista, anarquista, empresario teatral, marinero, actor, periodista y, ante todo, un bohemio empedernido, que iba tras la unidad de su vida a través de una gran variedad de experiencias. Se le reveló su vocación a los veinticinco años, y con tal ímpetu, que en el curso de diez y nueve años cabales, ha dado a las letras universales treinta obras de vigorosa factura estética y psicológica. Entre ellas, figuran como las más importantes: "Sed", 1914; "En la zona", 1917; "La cuerda", 1918; "El aceite", 1918; "La luna en el Mar Caribe", 1919; "Más allá del horizonte", 1919; "Diferente", 1920; "El emperador Jones", 1920; "Anna Christie", 1923; "El mono veludo", "Todos los hijos de Dios poseen alas", "El deseo bajo los álamos", "La fuente", "El gran dios Brown", 1927; "Marco Millions", 1928; "El extraño interludio", 1928; "Soudes", 1928; "La risa de Lázaro" 1928 y "Dinamo", 1929.

El rasgo distintivo de la dramaturgia de O'Neill, consiste en la libertad que se toma con todas las convenciones, hasta hoy consideradas como clásicas, entre los autores dramáticos. No es hijo de escuela alguna; no se detiene en ningún canon especial, ni aun el de su propia invención; renueva sin cesar su técnica, haciéndola participar de todas las audacias de su rico pensamiento, el cual, a semejanza del mar, que tanto se complace en describir, ofrece siempre infinitas posibilidades de reacción. Le obsesionan los símbolos, le atenace el anhelo mórbido de penetrar en lo inconsciente, en cuyo misterioso lecho yace la causa de todo lo visible. Metafísica y psicología se entrelazan de continuo con sus mitos de la compleja edad en que vivimos, ahitos de zozobras e inquietudes, sin saber a ciencia cierta hacia dónde vamos, ya que es difícil averiguar de dónde procedemos, si no nos asiste la fe en algún ideal incommovible.

El cinematógrafo, con sus

EUGENIO O'NEILL

horizontes ilimitados, con sus trucos, con su ambiente de ensueño o la novela, cuadraría mejor, a menudo, que la escena, a sus viajes imaginativos por almas y ambientes.

No obstante todos estos elementos, al parecer tan dispares y desconcertantes a veces, el teatro de este autor, genuinamente celta, místico y soñador, logra interesar sobremediano y aun a aquellos que por el natural conservadurismo de su criterio le juzgaran desentratado del mundo actual.

La génesis de esta extraordinaria actividad artística, vehementemente, esquillana, debemos buscarla por los caracteres del actual medio norteamericano: allí la civilización quisiera acercarse a la precisión de la máquina, monótona y fecunda en bienes materiales, y desearía excluir a los poetas, a los inventores de bellas fábulas, como lo hiciera otrora Platón de su imaginaria República, olvidando acaso que a ellos debe la vida su fineza, su poesía, su cortesía y su valoración espiritual.

La curiosidad del filósofo puro, la magia verbal del poeta, el ocio del artista, el refinamiento del epicúreo, no encuentran en aquel medio la debida satisfacción. Ello tiene que contristar a los mismos artistas, pues no existe en la actualidad país alguno en el mundo donde, por los medios de riqueza disponibles, pudiera vivirse la vida más conforme a una inteligencia superior y a un exquisito sentido de los matices del sentimiento.

Viene, pues, esta ideología rebelde a pulverizar el materialismo de los Babbitt, de los Marco Millions, el cual personaje, dentro de la obra o'Neilliana, representa a aquel tipo, que ya ha asumido carta de ciudadanía universal. La crítica despiadada que a todo hedonismo maquinista hace O'Neill, va más allá de un propósito puramente satírico. Busca, como el naufrago una tabla de salvación, la verdad de la vida que le libertará de la pesadumbre y de la hipocondría.

II

Las piezas iniciales de O'Neill son breves y tienen por marco ora la atmósfera enervante del Mar Caribe o la misteriosa niebla, que pone al hombre frente a su propia alma. Se mueve en esos dramas reducidos, gente de mar, supersticiosa e inconsciente, que procura el olvido por medio del alcohol u otros venenos más sutiles. Los hay, entre ellos, degenerados como el padre de la tierna Anna Christie y, asimismo, bellos y frescos de alma como el galán de aquella, el joven marino irlandés. La visión del mar mientras purifica a algunos, embota en otros los sentidos.

En "El emperador Jones", apunta la misma moraleja: la subsistencia del carácter, de la pureza del sentir, de cierta imponente grandeza de alma que el más adverso destino no puede quebrantar. El medio en que actúan estos superhombres está siempre sumido en la más cruda materialidad, y la fuerza bruta es la que allí domina e impera. El negro Jones resultaba ser un hombre entre hombres, mas perdido en la intrínseca selva, se abandona a lo

inevitable: un instinto superior a sus fuerzas morales. Imagen es todo ello, de esta misera humanidad, abrumada por la angustia de lo ignoto y la inutilidad de sus afanes por descender el velo de la muerte.

Haber sabido extraer la severa poesía de esas existencias humildes, casi animales, no es el menor mérito de este escritor que trasluce sus ideas a través de sugerentes simbolismos.

Tan bello como filosófico es el drama corto que lleva por título "El sitio de la cruz". Se estudia allí la complicada psicología de un tal Mac Keeny, capitán de navío, cazador de ballenas de profesión y tan anheloso de soledad, que su esposa, incapacitada para soportarla, se vuelve loca.

Todos los protagonistas aludidos se pierden tratando de buscarse a sí mismos. Huyen del mundo que aborrecen, pero en cambio no dan con el de sus quimeras.

"El extraño interludio", pieza que abarca veinte años de la vida de sus personajes, expone, mediante procedimientos psicoanalíticos, novedosos en la escena, la sinrazón de toda vida humana, la imposibilidad de prestar sentido lógico a los acontecimientos de la misma. La existencia humana, ya de por sí tan incoherente, se complica todavía más por la malla estrecha de las convenciones sociales y las ilusiones políticas que atan al hombre a una especie de lecho de Procusto.

"Diferente" desarrolla un drama en extremo realista.

"El gran dios Brown" plantea la búsqueda de los principios ocultos, que mueven los hilos de las existencias y que, además, están dirigidos por una causa personal, primer motor de todo. Aquí aparece el metafísico a la manera de Plotino, que colora fuertemente el panteísmo del autor. Cada personaje de este drama singular, sobrecargado de simbolismo, esconde tras una máscara que protege su individualidad contra las inoportunidades y las asechanzas del prójimo. ¡Cuán distintos somos todos de lo que aparentamos, dado que rara vez sabemos con quien hemos de habérnoslas!

Tal negociante baladí, encastillado en el manejo provechoso de sus talegas, tiene en realidad enferma el alma y, en el fondo anhela otra cosa totalmente distinta.

El principal protagonista es la hetaíra Cybeles, que cuando se quita su careta representa ser la universal maternidad, la psique del planeta. Esta fantasmagoría semeja a la tetralogía wagneriana donde todo acontecimiento anuncia graves consecuencias para el futuro.

Insiste en los mismos temas teosóficos y panteístas, en sus dos dramas, "La risa de Lázaro" y "La fuente". En esta última pone en escena al conquistador Juan Ponce de León, que sueña despierto con la posesión de maravillas. Nada encuentra este aventurero a la medida sus deseos. Se interna en una selva, y allí, maltrecho y herido, divisa una gigantesca fuente. De su seno brotan sucesivamente, un poeta chino, un trovador moro, un brujo indio y un cantor español. Y al punto hiende el aire un himno que celebra el origen divino de la



EUGENIO O'NEILL

vida y de la belleza. Procura el hidalgo descifrar el sentido del enigma, pero hete aquí que en vez de las anteriores apariciones, surgen un sacerdote budista, un sacerdote indio, un clérigo mahometano y, finalmente, un monje dominico. Con este apólogo quiere significar la perfecta unidad de todas las diversas creencias.

Sigue la misma huella en "La risa de Lázaro". Habiendo sido devuelto a la vida, el hermano de Marta y de Maria sonríe siempre, porque ha visto la suprema verdad y ya nada teme de los hombres. Enseña el vidente a los seres humanos que la muerte es un mito así como también el mal.

"Marco Millions" contiene una sátira mordaz sobre la psicología anglosajona, a la cual deja indiferente cuanto no sea el imperio de los intereses comerciales. Llevado a mares de Oriente un "americano típico", nada despierta en su alma cartaginesa, ni la milenaria sabiduría de la China ni los deslumbramientos de las artes sumtuarias de la India. Ni el mismo llamado del amor, es capaz de distraerle a sus preocupaciones. Nombrado gobernador de la China, dispone de ella como si fuera intendente de Chicago.

"El deseo bajo los álamos" sacude los nervios como una tragedia griega. Refleja la vida cruda, monótona, bruta, del campesino, vida sin horizonte cuya única tarea la constituye el servir a la tierra, la más caprichosa de las diosas. El amor, que parecería pudiese traer a este medio sombrío alguna conmovedora alegría, sólo sirve para destruir todo indicio de paz en él. Y, entre tanto, los álamos que cobijan este hogar fatídico siguen balanceándose al son del viento, tan ajenos al bien como al mal.

El drama "La cuerda" se ocupa asimismo de la vida rural y las pasiones concentradas que ella engendra. La fábula está tratada a la manera desazonada de Maupassant y de Zola.

Las escenas de "Más allá del horizonte" y del "Primer hombre", pintan situaciones psicológicas de seres que, sobreponiéndose a la crítica ambiente y renunciando ora a una quimera, ora a una vocación, lo sacrifican todo en aras de un amor que, a lo largo del tiempo, les vuelve desgraciadísimos.

La obsesión de huir de las angustias de este mundo, de las hipocresías mantenidas por una sociedad que ya ha perdido también la fe en ellas, de las concupiscencias de la carne y de la avaricia, es el motivo máximo que domina a la humanidad creada por O'Neill. Todos los seres salidos de su fantasía tienen desmedida afición a las aventuras, cuya embriaguez les dará la fuerza necesaria para sobrellevar un destino, en la forja del cual poco o nada tuvieron que decir.

Alma de marino posee este simbolista: busca en las honduras de los océanos, aun más llenos de enigmas que los verdes prados de la superficie de la tierra, remedios para encerrar su alma, abrumada una sed insaciable del más allá. Parece que tuviere siempre ansias de la muerte, tal es su afición por cu... se le asemeja o se le ac... el ensueño, la fatalidad... abandono a los goces ex... los, la aventura sin sol... de continuidad.

Cualquiera fuera el juicio que nos for... os de este artista, profun... y original, siempre sald... s gananciosos de haber... do o de haber visto la rep... ntación de su produc... dramática, pues nos ha... yudado a comprender lu... samente que la felicidad... siempre más allá de las... enudas satisfacciones pro... proporcionadas cotidianamente por los sentidos.

ALBERTO NIN FRIA

EL RAPTO DE EUROPA

LECTURAS
INFANTILES



HABÍA una vez en un hermoso valle fenicio dos niños llamados Cadmus y Europa, que vivían con su madre, Teléfasa. Eran muy buenos y alegres y pasaban los días jugando entre flores, árboles y frutos. Pasaron los años y los niños crecieron, transformándose Cadmus en un vigoroso joven y Europa en una niña de extraordinaria belleza.

Un día que los dos hermanos reposaban cerca de un arroyuelo, vieron un toro que les llamó la atención por su inmaculada blancura. Parecía, además, muy manso, pues se extendió sobre el césped y permaneció inmóvil.

—¿Has visto alguna vez un animal tan hermoso?—preguntó Cadmus a su hermana—. ¡Mira qué blanco es!

—¿Crees que podré tocarlo?—preguntó Europa.

Los dos jóvenes se acercaron con precaución, pero viendo que el animal no se movía, Cadmus quiso mostrar su coraje y extendiendo la mano lo acarició. El animal profirió un sonido suave, demostrando su contento. Entonces Europa, imitando a su hermano, le acarició el hocico y el toro refregó suavemente su cabeza contra la túnica de la niña, en señal de agradecimiento.

Entonces Cadmus propuso:

—¿Qué te parecería hacer un paseo sobre el lomo de este toro?

—¡Qué divertido sería!—exclamó Europa.

No tardó el joven en montar al animal, que parecía comprender lo que ellos deseaban y se prestaba de buena gana a complacerlos. Primero dió Cadmus una vuelta por la pradera, y luego lo hizo la joven, agarrándose fuertemente de sus cuernos y riendo a carcajadas. Así siguieron cabalgando hasta que cayó la tarde y tuvieron que despedirse con tristeza del animal, esperando volver a encontrarlo al día siguiente.

Al llegar a su casa contaron a su madre lo que había pasado, y ella se alegró mucho de que hubieran encontrado semejante diversión.

Al día siguiente los dos hermanos corrieron al mismo lugar y fué grande su alegría al ver al mismo toro, que

parecía aguardarlos. Europa quiso ser la primera en montarlo.

Pero no bien lo había hecho, el animal se puso a galopar. Cadmus creyó que el toro quería divertirlos, pero luego tuvo miedo, pues vió que éste se alejaba cada vez más.

—¡Basta! ¡Vuelve!—gritaba a su hermana—. ¡Ya has ido bastante lejos!

Pero cuanto más gritaba Cadmus, más corría el toro, hasta que de repente el joven comprendió que le raptaban a su hermana.

El toro atravesó el río, subió una colina, luego otra y otra más. Su hermoso cuerpo blanco brillaba mientras pasaba por entre los árboles, arbustos y praderas, hasta perderse de vista.

Fué indescriptible la desesperación de Cadmus al ver que Europa había sido robada por el toro. Las lágrimas le impedían ver, pero seguía con los ojos fijos en el punto por donde habían desaparecido, esperando su regreso, hasta que, entrada la noche, comprendió que ya nunca volvería.

Con la cabeza baja y llorando amargamente, el joven llegó a casa de su madre, que los esperaba ansiosa. Al ver que Cadmus entraba solo, ella comprendió que algo había pasado a su hija y exclamó llena de angustia:

—Cadmus, ¿dónde está Europa?

Ahogado por las lágrimas, el joven no pudo responder.

—¿Dime dónde está tu hermana!—repitió la madre.

Entonces, entre sollozos, Cadmus explicó:

—¡El toro blanco se la ha llevado!

Teléfasa lanzó un grito de desesperación, pero luego, reponiéndose, preguntó:

—¿En qué dirección han partido?

—Han ido hacia el Occidente—respondió el joven—. Hacia el lado donde se oculta el sol.

Teléfasa resolvió que al día siguiente, al despuntar el alba, partirían en esa dirección, en busca de Europa.

Ninguno de los dos pudo dormir esa noche, y brillaban aún las estrellas en el cielo cuando emprendieron la marcha.

Caminaron mucho tiempo, recorrieron valles y colinas, atravesaron ríos y montes, siempre en la misma direc-

ción, preguntando a los que encontraban:

—¿No habéis visto un toro blanco llevando una joven sobre su lomo?

Nadie había visto a Europa ni al toro blanco, y muchos reían al oír la pregunta, respondiendo:

—¿Qué disparate es ese? ¿Acaso las muchachas montan sobre los toros?

Durante largos meses siguieron su ruta, pasando por infinidad de ciudades y por diversos países, encontrando a veces montañas altísimas cubiertas de nieve y cruzando caudalosos ríos, en los que se detenían a beber al pie de alguna palmera.

A veces contemplando espléndidos paisajes, Cadmus exclamaba:

—¡Si Europa estuviera aquí! ¡Cómo le gustaría ver esto!

Pero no se detenían en ninguna parte, siguiendo siempre su busca. Por fin vieron un día a lo lejos una franja azul en el horizonte, y comprendiendo que habían llegado frente al mar, se preguntaron con ansiedad cómo harían para atravesarlo. Durante mucho tiempo anduvieron por la orilla, hasta que por fin encontraron un pescador que venía hacia ellos llevando su red.

Teléfasa le dijo:

—Pescador, sin duda tienes tu barca amarrada cerca de aquí. ¿Quieres hacer un gran favor a una desgraciada madre que busca a su hija misteriosamente raptada? ¿Quieres hacernos atravesar el mar?

El pescador era un buen hombre; vió el cansancio y el dolor pintado en el rostro de la pobre mujer y apiadándose de ella, respondió:

—Sígueme. Los haré atravesar el mar en el lugar en que es más estrecho.

La madre y el hijo se instalaron en la barca del pescador, que tomó los remos. Después de mucho andar llegaron a la vecina orilla, donde, agradeciendo el servicio prestado, emprendieron de nuevo la marcha, preguntando siempre si no habían visto a la joven Europa.

Pero nadie la había visto.

Un día, mientras atravesaban un hermoso país, Cadmus observó que su madre se encontraba muy débil. Había adelgazado mucho y su marcha se hacía cada vez más lenta.

—Madre—dijo el joven—, descansa

aquí. Te lo pido. Pareces tan cansada y enferma. Detengámonos; seguiremos la ruta cuando te encuentres mejor.

—No—replicó Teléfasa—. No podemos hacer eso, pues podríamos perder a Europa para siempre.

La pobre mujer siguió caminando varios días más, pero una tarde dijo a su hijo:

—Estoy rendida. No puedo seguir más tiempo; voy a descansar aquí sobre el césped y dormiré. Tal vez no vuelva a despertarme. Si muero, no te demores llorándome, hijo mío... Sigue tu ruta en busca de tu hermana hasta que la hayas encontrado... Estoy convencida de que os encontraréis un día. Desgraciadamente yo ya no estaré con vosotros... Cuando la encuentres dile que deseaba ardientemente volver a verla y que la he querido con toda mi alma... Adiós, hijo mío, espero que un día nos reuniremos en un lugar mucho más agradable que aquel en que vivíamos antes de que desapareciera tu hermana.

Teléfasa no tardó en dormirse, pero a la luz de la aurora su hijo comprendió que en realidad ella había muerto. Obedeciendo sus instrucciones, la enterró y con el corazón traspasado de dolor siguió su camino.

Un día encontró un joven pastor que guardaba un rebaño y quedó maravillado ante su hermosura. Llevaba una lira y un arco de oro y en su carcaj brillaban las flechas del mismo metal. Su nombre era Apolo.

—Hermoso pastor—dijo Cadmus acercándose a él—, ¿no has visto a mi hermana Europa? Es una joven de extraordinaria belleza, qué montaba un toro perfectamente blanco. ¿Sabes acaso dónde podría encontrarla?

—Si—respondió el pastor—, he visto a tu hermana, pero no puedo decirte dónde se encuentra. Sólo puedo aconsejarte que sigas tu camino hasta una ciudad llamada Delfos; allí te darán noticias.

Cadmus le agradeció y ya emprendía la marcha cuando Apolo lo llamó, diciendo:

—Me eres simpático. Eres valiente y perseverante. Quiero recompensarte por tu amor fraternal. Serás rey y gobernarás con acierto a tus súbditos. Cuando hayas encontrado a tu hermana verás una ternera muy hermosa. La seguirás hasta que se acuete para descansar: en ese mismo lugar construirás una ciudad. ¡Anda!

Cadmus obedeció, y al llegar a Delfos vió un templo de mármol blanco; penetró en él maravillado ante tanto esplendor y vió allí a su hermana Europa.

—¡Europa!—gritó el joven corriendo hacia ella—. ¿Eres tú? ¿Qué contento estoy al verte! ¿Si supieras todo lo que he tenido que andar para encontrarte...!

—¡Y si supieras qué grande es mi alegría!—respondió Europa—. ¡Cómo he lamentado no poder indicar a mi madre el lugar donde me encontraba. ¿Dónde está ella? ¿Cuándo la veré?

Los ojos del joven se llenaron de lágrimas.

—Ya no volveremos a ver a nuestra madre en este mundo, hermana mía—dijo Cadmus—. Estaba tan cansada con este viaje, que una tarde se acostó y nunca más despertó. Me pidió te dijera lo mucho que te había querido y que un día volveríamos a reunirnos... Ahora sígueme, pues no debemos permanecer aquí.

Entonces relató su encuentro con Apolo, y no bien se habían alejado de Delfos vieron a la anunciada ternera, que se puso a caminar delante de ellos, como indicándoles el camino. El animal anduvo mucho tiempo, hasta que por fin se detuvo en un gran llano y se puso a dormir. Cadmus comprendió que allí debía fundar su ciudad, y poniéndose manos a la obra construyó numerosas casas.

La próspera ciudad se llamó Tebas. Fué él su rey y Europa vivió con él en su palacio. Fué un rey justo y bueno, que se hizo querer y respetar por todos sus súbditos.

Ilustración de
J. C. IVERCO

Betty POR C. C. A. Voight

NO HAY QUE REIRSE DEL PROJIMO



BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

"ESTUDIOS SOBRE EL ESPAÑOL DE NUEVO MÉJICO"

Por AURELIO M. ESPINOSA

Este es el primero de una serie de libros que dará a luz el Instituto de Filología y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La obra de Espinosa fué publicada en inglés originalmente y aquí nos la da la Facultad en una cuidadosa traducción española debida a don Amado Alonso, el distinguido profesor de filología, hombre de muchas letras, y a don Angel Rosenblat, uno de los más aventajados discípulos del insigne profesor.

El libro del señor Espinosa es un minucioso estudio sobre el español hablado en el estado de Nuevo Méjico, uno de los que componen la Unión Saxonamericana. Como se sabe, esta parte del territorio saxonamericano perteneció a Méjico en tiempos pasados, y a pesar de formar parte de una nación extranjera muy celosa de sus derechos y muy interesada en la propagación del inglés, que es la lengua nacional, el castellano se conserva allí con tenacidad de planta perenne y con caracteres del mayor interés para el filólogo a causa de su parcial aislamiento. El idioma, a juzgar por la descripción fonética que de él hace el señor Espinosa, se conserva allí con cierto decoro y las divergencias con el castellano de España se parecen muchísimo a las estudiadas por otros filólogos en regiones distintas del continente, donde el idioma no lucha con la competencia oficial de otras lenguas.

Con excepción de un capítulo muy interesante relativo a los nombres propios y sus variaciones, el trabajo de Espinosa es exclusivamente fonético. Sus agudas y precisas observaciones se reducen a la manera como pronuncian el español los antiguos mejicanos que hoy viven bajo el régimen saxonamericano. El autor, hombre de ciencia y persona muy cauta, empieza por señalar en un mapa la extensión geográfica de sus observaciones, no sea que le vayan a sorprender en generalizaciones infundadas. Con las notas del señor Espinosa tomadas de otros libros sobre la pronunciación del español en América y las que ha añadido la ilustrada diligencia de los traductores, este libro da una idea no digamos precisa, pero sí muy aproximada, de las variaciones fonéticas del español en esta parte del mundo. Lo cual no quiere decir que falten notas respecto al español de Filipinas y de varias provincias de España.

Una bella ilusión entretienen las gentes de habla española extrañas a las enseñanzas de la fonética; es, a saber: que nuestra lengua tiene sobre las demás en que se partió el latín y sobre las sajonas y escandinavas, la ventaja de que sus sonidos son pocos y se representan con signos de valor fonético invariable. La filología y el señor Espinosa desmenuzan esa ilusión y la desparrraman a los cuatro vientos, donde se pierde para siempre. Con un aire de superioridad decíamos antes: "No me venga Vd. a mí con lenguas bárbaras como el inglés, donde la letra "a" se pronuncia de siete maneras distintas y el diptongo "ou" suena como le dé la gana al que tenga el uso o el abuso de la palabra. Deme Vd. el español, donde las vocales no son más que cinco y se pronuncian siempre cada una del mismo modo". El libro del señor Espinosa desvanece esta dulce creencia. Se pone a inventar signos para representar las vocales del habla neomexicana y le quedan cortos los seis del alfabeto. Hay en español "ies" para desesperar a un individuo que no tenga muy sanos y muy normales el timpano, los cuatro huesecillos, la trompa de Eustaquio, la caja, el caracol y el nervio auditivo. Las "aes", las "ees" son tan variadas como el ruido del viento en las jarcias, y si no es suficiente toda esta confusión, podrá enterarse aquí el incauto y desprevenido lector de que hay consonantes que son vocales y se llaman silábicas. ¡Una verdadera y flamante revolución!

Para hacer más general la obra del señor Espinosa los traductores, como hemos dicho, la han enriquecido con sabias y copiosas notas acerca de la pronunciación española en otras

COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL

comarcas americanas, y el señor Alonso le ha agregado algunos capítulos de su cosecha y como tales muy interesantes sobre "Cambios acentuales", sobre la pronunciación de las consonantes "nasales", sobre "asimilación y disimilación" y otros varios temas. En todos estos trabajos del señor Alonso abundan las observaciones originales incrustadas en sana y fecunda doctrina.

Una laguna inexplicable por la clase a que pertenece el libro y por el fin que ha de llenar es el índice alfabético de las materias tratadas y de las palabras en las cuales se basa la doctrina expuesta. No es suficiente el cuidado con que se han distribuido los encabezamientos de cada página. Para consultar algún punto especial se verá el lector obligado a volver a leer el libro, si él por su cuenta no ha hecho el índice mientras se desempeña con la lectura. A una novela o a un poema futurista no les hace falta el índice, pero en un libro de estudio y de frecuente consulta como el presente la publicación sin un índice alfabético copioso es, con perdón de la Academia, una "festinación".

Felicitemos al Instituto de Filología por esta rica prueba de su dedicación y su competencia y esperemos obras de igual valor educativo.

"LA FILOSOFIA Y LAS TEORIAS CIENTIFICAS"

Por LEON DUJOVNE

De acuerdo con una de las disposiciones orgánicas del Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, ha iniciado la publicación de una biblioteca filosófica, cuyo primer volumen es la obra "La filosofía y las teorías científicas". La razón y lo irracional, del señor León Dujovne, que constituye la tesis que el autor presentó, en 1928, al optar al título de doctor en filosofía y letras, y que fué clasificada de sobresaliente en aquella oportunidad.

Como lo advierte el autor en el prólogo de su libro, éste trata especialmente del pensamiento de Emilio Meyerson y de su sentido filosófico, a propósito de las teorías de la ciencia y sus relaciones con la filosofía. Empieza el señor Dujovne por ocuparse de algunos autores que abordaron temas semejantes a los de Meyerson, es decir, que estudiaron las consecuencias que la teoría del saber científico tiene para la filosofía, y para el caso expone, con amplitud y claridad, la epistemología, o teoría del conocimiento científico, de Augusto Comte, sabiamente abordada en su filosofía positiva — y cuya posición de iniciador de esa epistemología contemporánea nadie le discute — para ocuparse luego, con igual versación y extensión, de los trabajos que en ese sentido han realizado Spencer al hablar de la unificación del saber; Mach, con su empirio-criticismo; Henri Poincaré con su teoría del conocimiento científico; Pearson, con su teoría de que la ciencia ha de permanecer alejada del método filosófico; Ostwald, con su concepto original de la ciencia y su energismo; Vaihinger, con su teoría del "como si"; James, con su pragmatismo y otros autores. Y mediante un acertado método comparativo, que analiza y desmenuza teorías, deduce luego la singularidad de la doctrina de Meyerson, en un variado contraste con las teorías de los pensadores citados. Expone como conclusión, en este aspecto, que mientras algunos no ofrecen ningún pensamiento explícito sobre la vinculación entre la filosofía y las ciencias, otros las identifican y otros, en fin, las separan radicalmente, la obra de Meyerson es distinta, pues en ella se expone la relación entre las teorías científicas y los sistemas metafísicos, por lo cual los resultados a que llega no pueden ser desoidos por el pensamiento filosófico.

Analiza de paso las reflexiones de Meyerson sobre las tentativas de explicación global del Universo, y después de señalar con fidelidad la personal manera en que el autor nombra encara las relaciones entre las teorías científicas y las doctrinas

metafísicas, explica cómo la obra de Meyerson muestra, con perfecta claridad, las normas a que siempre se sujeta el esfuerzo de la razón humana y la fatal limitación que esta circunstancia le impone, incluso como en el trance último de la racionalización de la realidad, ésta se desvanece, en la final identificación del "ser" con el "espacio".

Partidario decidido de Meyerson, al que ha estudiado con un interés singular, logrando penetrar en la esencia íntima de su sistema filosófico, el señor Dujovne ha logrado, en un relativamente reducido número de páginas, dar una exposición clara y precisa de las ideas de aquel autor, a tal punto que no sólo expresa todo lo de esencial que hay en sus obras, sino que facilita su comprensión al poner sus teorías en contraste con las de otros pensadores más vulgarizados, y al vulgarizar, a su vez, muchos aspectos de la filosofía de aquél, señalando de paso algunas de sus contradicciones y estableciendo la posición que su obra ocupa en el pensamiento filosófico moderno, especialmente como prolegómeno de la filosofía de Bergson.

Macizo y enjundioso, este libro no sólo pone de relieve la severa cultura filosófica de su autor, sino que constituye un aporte valioso en la ardua tarea de conciliar la filosofía con la ciencia, en que están siempre empeñados los estudiosos.

"PUENTES DE BARCAS"

Por EFRAIN MAYER

UN recuerdo lírico ha inspirado al autor de estos versos el título de su canto. Su alma enferma se había refugiado en la quietud que encerraban los mármoles del parque provinciano y vió desde allí el sol otoñal que prodigaba su luz suave en la onda esquivada y las hojas que caían desnudando de sus galas al bosque. Así lo invadió la desesperanza, mientras los hombres, como una colonia de hormigas, iban construyendo sus puentes de barcas que hacían para deshacer en un instante.

El siml se apoderó del alma soñadora, cuya tristeza se apagaba en un claroscuro como el del crepúsculo vespertino, mientras el nacer, para morir presto, de sus ilusiones, efímeras como el puente de barcas que en el momento era paso seguro de los hombres, despertaba terrible el dilema de Hamlet en sus cavilaciones.

El transcurrir del tiempo ha dado a su espíritu conformidad con la vida y mientras frente al "ser o no ser" acude la reflexión discreta que nos convence de que no es posible destruir las causas y torcer el sino, surge la resignación: "Sigamos, pues, desde esta costa obscura — tendiendo puentes mientras haya vida".

Por eso en la advertencia preliminar, dice el poeta que su libro es un puente de barcas. Sus composiciones se inspiran en el motivo estético señalado, en el que asoma un fuerte deseo de perfección artística. La doctrina preocupación y el afán de parecer culto lo inducen a menudo a usar expresiones inconvenientes para el lenguaje poético, pero muestra, ciertamente, una noble inspiración de la que es dable esperar más perfecta labor.

Su ternura indudable necesita de mayor refinamiento artístico para traducir en el verso con claridad tan bellos motivos como el de su humildad igualmente respetuosa para la flor quemada por el sol estival, el nido roto, la hormiguita muerta...

Muéstrase a veces aficionado a la manera clásica y otras se inclina a las modernas tendencias literarias, aunque sin vincularse a las que se proponen la exageración o la originalidad a todo trance.

Lo dicho sintetiza la inspiración general del contenido de este libro, en el que se muestra la cultura de su autor y una emoción poética que si se perfecciona ha de merecer elogiosa apreciación, con la que sin duda ha de señalarse como más valioso el motivo sentido que el imaginado.

"A TRAVES DEL PAIS QUE GANDHI DESPERTO"

Por A. FERNANDEZ ARIAS

HA reunido en este volumen D. Adelardo Fernández Arias una serie de crónicas a propósito del movimiento revolucionario de la India, escritas en el curso de un viaje que hizo por aquel lejano país. Periodista avezado y ameno, junto a la realidad de los hechos que observa, sabe el autor colocar una discreta fantasía que le añade interés, y es en esta forma cómo vemos, a través de las páginas de la obra, el magno movimiento liberador emprendido por Mahatma Gandhi y sus partidarios, en una serie de crónicas y de entrevistas, que recogen las opiniones más encontradas, desde la del propio caudillo hindú, hasta la del virrey de la India, Lord Irwin, y que nos permiten formarnos una idea, si no cabal, por lo menos muy aproximada, de lo que ese gigantesco movimiento significa.

Como en todas las crónicas de esta índole, la mayor parte de la obra — y esto se aprecia con mayor eficacia en el total que forma el libro — está destinada a recoger las impresiones personales del autor, en su peregrinaje por las tierras hindúes, en busca de informaciones. Y es en esta parte del libro donde más recurre el autor a la fantasía, encadenando, incluso, las principales crónicas con una trama novelesca, si no novedosa, por lo menos interesante, que hace que el relato, de suyo árido, adquiera la gracia que le presta la presencia de una mujer enigmática, extraña y fascinadora, que a la postre — como se prevé desde el primer capítulo — resulta ser un agente de policía más, de los que el celo de las autoridades británicas coloca junto al periodista, para intervenir eficazmente y por todos los medios posibles en su labor. No obstante esta derivación hacia la novela de aventuras, el libro contiene suficiente material informativo para justificar su carácter de recopilación de crónicas periodísticas, y para proporcionar una impresión de conjunto del momento actual de la India convulsionada.

Completa el volumen una serie de retratos de los persona-

jes más destacados que intervienen en el movimiento hindú, así como fotografías obtenidas por el propio autor en los parajes más típicos de la India, o que mayor figuración han tenido en los sucesos a que se refiere el libro.

NOTICIAS LITERARIAS

(De nuestra agencia en París)

Enero de 1931

HABLAMOS hace tiempo de la intervención de la Sociedad de las Gentes de Letras de París y los editores, en el asunto de los derechos de los libros; tiradas que más bien resultan un "bluff" o una burla. Dichos representantes han constituido una comisión para acabar con ese estado de cosas. Para ello van a aprovechar la ley sobre saneamiento de la vida literaria por la cual se obliga a los editores a hacer pública declaración en la Biblioteca Nacional del número de ejemplares de cada obra y se obliga al gremio de impresores a hacer una declaración análoga en el Ministerio del Interior. Mediante esta doble obligación, la fiscalización de los tirajes puede ser efectiva. Ahora bien: un artículo de la ley dice que las declaraciones del depósito legal sobre el número de ejemplares no pueden ser comunicadas sino a los autores y editores o a sus derecho-habientes. Pero la Sociedad de las Gentes de Letras interpreta este artículo en su favor, mejor dicho, se considera ella como derecho-habiente de los autores.

Aquí entra la intervención oficial, pues el asunto no puede resolverse en ese sentido sino con la aprobación del ministro del Interior, el cual intervendrá en el depósito legal para que esta dependencia permita a las Gentes de Letras el cumplimiento de ese mandato. Pero, ¿se obtendrá la aprobación ministerial para resolver este asunto que ha hecho correr mucha tinta como lo decían las partes interesadas? Es presumible que se acceda a ello, porque entonces la comisión a que aludimos al comienzo de estas líneas, podrá fácilmente comprobar la diferencia entre las cifras verdaderas y las que podrían anunciar al público los ejemplares de las obras, en su portada. En caso de falsificaciones habría intervención judicial...

LIBROS ESPAÑOLES AL PRECIO DE ESPAÑA

Toda clase de libros españoles los enviamos por correo certificado seguidamente, cobrándolos al precio que los mismos marcan para España, garantizando que nuestros servicios son siempre de libros nuevos. Envíe cheque, giro o en forma que desee, con el importe de los libros que nos pida y los recibirá en dichas condiciones, corriendo todos los gastos de envío por nuestra cuenta. Citamos algunas colecciones importantes

CERVANTES — Obras completas. Un volumen de 1953 págs., editado a todo lujo, piel flexible. 50 ptas.

SHAKESPEARE — Obras completas. Un volumen de 2197 págs., editado a todo lujo, piel flexible. 50 ptas.

SANTA TERESA DE JESUS — Obras completas. Un volumen de 1400 págs., editado a todo lujo, piel flexible. . . . 40 pesetas

GALDOS — EPISODIOS NACIONALES — 46 tomos rústica. 138 pesetas

BLASCO IBÁÑEZ — Obras completas. — 37 tomos. En rústica. . . . 185 pesetas

RAMON PEREZ DE AYALA — Obras completas. — 19 tomos. En rústica. . . . 95 pesetas

BENAVENTE — Teatro completo. — 35 tomos. En rústica. . . . 175 pesetas

HERMANOS ALVAREZ QUINTERO — Teatro completo. — 31 tomos. En rústica. . . . 155 pesetas

Servimos en iguales condiciones cuantos libros desee, facilitando catálogos gratis. Nuestro crédito y organización garantiza nuestra sensacional oferta

CREDITO EDITORIAL HERNANDO

Carretas 27-29. Apart. de Correos 1003, Madrid (España)

MADRID ■ PUBLICIDAD ■ REVISTA DE ESPAÑA

(Para LA NACION)
UN BIOGRAFO POETA



RAMÓN GÓMEZ DE la Serna acaba de publicar una biografía de Azorín. Quizá fuese más exacto decir: "un libro sobre Azorín". ¿Por qué? Por la falta de exactitud que inexorablemente acompaña a toda biografía de hombre aun en plena vida y actuación individual. Si biografía es seguir el gráfico ondulado de una personalidad, será imposible realizarla bien mientras la trayectoria vital no acabe. Cada momento de la línea engendra otros siguientes, y todos ellos la verdadera definición del viajero. Es, pues, imprescindible alejarse en el tiempo — y de nuestro radio afectivo inmediato —; contemplar la vida biográfica como un espectáculo histórico que nos interesa mucho — eso sí — reproducir; como un problema vivo en quien actuar para volver de algún modo a plantearlo. No es indiferente que un espectador se siente en cualquier parte. Desde luego ha de sentarse fuera del espectáculo. Menos lo es que un pintor de paisajes humanos se acomode en medio de ellos; sobre todo si — como afortunadamente hoy sucede — este paisaje, azoriniano, palpita todavía como en un fecundo y prometedor estío.

Ramón Gómez de la Serna es, por otra parte, un poeta. Lo



Ramón Gómez de la Serna

que de sus novelas, de todos sus libros, quedó flotando en nuestra memoria, es poesía, no es tal o cual pintura de hombres y costumbres. De él se recuerdan sus imágenes, no sus figuras. Todas sus páginas están iluminadas por esa fantástica pedrería que a manos llenas recoge en las playas más obscuras y adustas. En él la definición se quiebra siempre, se le deshace en un mágico arabesco que hace olvidar toda severa exactitud. Esto no quiere decir que una genial intuición suya no baste en ocasiones para desnudar un hombre, para darnoslo a ver, como un relámpago nos da — súbitamente — a conocer un campo. Pero esto no es la biografía. Es el poema. La biografía es algo más lento y más humilde, que pide limosna al erudito, al mismo reportero, al geógrafo, al médico... No tolera brinco; sigue, estacion por estación, toda la línea...

¿Puede, en fin, un espíritu así acometer la empresa de trasladarnos la ruta de otro espíritu? ¿Puede, en general, un artista detenerse a contemplar otro — cualquier tema —, sin propósito de recrearlo a imagen y semejanza del contemplador? ¿Cómo puede un "hecho histórico" interesar a un poeta que, como tal, sólo siente predilección por lo que es — o puede ser — materia artística? Porque transfigurar un hecho es hacerlo desaparecer científicamente como "dato" para aprovecharlo libremente como "tema".

Del libro de Ramón Gómez de la Serna sale, pues, Azorín mágicamente iluminado, aunque no salga históricamente definido. No hacia falta, puesto que Azorín está — repetimos — urdiendo aún su propia historia. A veces ese relámpago a que aludimos le da de lleno en el rostro, y surgen frases así: "Tiene el gesto mejor para

LETRAS ESPAÑOLAS

quien ha de recoger la suprema versión de la vida; es un "pasmado"... Azorín se presenta ya como aturrido de realidades, lacónico, empavado, verdadero pasmarote que observa... Azorín, con realidad del más permanente tipo de los pueblos jondos, viene a Madrid a troquelar su rostro en el ambiente... Azorín está viendo siempre ascender nubes y venir rebaños".

OTRO "PUEBLO" DE AZORÍN

Al aparecer este libro — "Pueblo. Novela de los que trabajan y sufren" — ha podido creerse que su autor — Azorín — rendía sus bruñidas armas ante el urgente problema de educar las multitudes... (Hay flotante un deseo de "ayudar a la humanidad a realizar sus fines superiores" por medio del libro: El problema es espinoso, lento de plantear y quizá de imposible resolución. Hay flotante un llamado "populismo" que, por el hecho de presentarse como escuela, no como estado de espíritu, inspira grandes recelos). Azorín los ha educado siempre. Su labor fue siempre servida al público, con el desayuno, en un periódico de la mañana; su prosa es limpia y clara, forjada para el espíritu limpio y claro. Han podido comprender su obra, grandes y pequeños — nada importa que algún romo de entendimiento lo haya repudiado —; han podido aprender en ella jóvenes y viejos. Ahora mismo, no se sabe si Azorín es ya un académico maduro o un mozuelo que comienza a publicar. De pronto escribe en lo alto de una cubierta "Obras nuevas", y efectivamente, las escribe. La última es "Pueblo". ¿En qué sentido este libro es "novela" y en qué medida lo es "de los que trabajan y sufren"?

Es novela, porque todo poema épico lo es, y de la más alta estirpe. "Pueblo" está escrito por un hombre que — como dice Ramón Gómez de la Serna — "está viendo siempre ascender las nubes" y un día, montado en una de ellas, se aleja del planeta, "rodando por los espacios infinitos" — dice el novelista —, y va a posarse muy lejos para desde allí contemplar la tierra, y en la tierra una manchita, y en la manchita un punto, y en este punto — el pueblo — un corazón, dos, tres, ciento, que, en su angustia, sufren, creen, sueñan. "Hacernos la ilusión — se dice en el primer capítulo — de que vemos nuestro planeta desde lejos; desde una lejanía remo-



Azorín

tísima; confundido entre millares y millares de puntitos brillantes. Nosotros, en la noche, sentados no sabemos dónde; por la inmensidad, el puntito refulgente de nuestro mundo. Perderse este puntito entre otros millares de lucécitas brilladoras; no saber ahora dónde está, no poder encontrarlo... Por fin, el novelista encuentra al planeta y en el planeta cosas inagotables — figuras de hombres y mujeres silenciosos que padecen — y menudas cosas perfiladas — sillas, tazas, unbraler, cayados, ventanas, casitas, costureros, refranes, lámparas, candelas, llaves, perros... El novelista — que a veces lo es apenas — se va deteniendo ante cada grande o

menuda cosa, y la acaricia, le pregunta por su nombre, por su angustia, por su goce, por su indiferencia. De un examen así, lento, escrupuloso, brotan aquí y allí, entre resplandores líricos, exactas evocaciones de todo lo sencillo y humilde que puede forjar — bien trabado, bien arquitecturado — una novela de potente vehemencia humana. Si todas estas vivaces llamas se fuesen acercando y fundiendo, el libro produciría la impresión de una gran hoguera. Pero este gran miniaturista literario prefiere aislar las lengüecitas rojas, estudiar



Samuel Ros

uno por uno estos fenómenos que tienen la misma raíz: el dolor, hitos hacia el mismo común despeñadero: la muerte. Una muerte callada, resignada, definitiva. Definitiva, porque todos ellos son anónimos, insignificantes, desdeñados por la relumbrante vida de las ciudades, puntitos de luz que desaparecen ante el petulante cartel eléctrico de la civilización".

"Pueblo" es, en efecto, una novela "para los que trabajan y sufren". ¿Cree que es la novela del hombre comprensivo de los dolores de los otros, del poeta que, ante la humanidad laboriosa y dolorida, siente algo más que ese "contagio afectivo" de que nos habla Max Scheler; siente esa simpatía inteligente, capaz de dar un tono melancólico — una delicia de suaves matices grises — a todo el libro. Comienza por un puntito luminoso y acaba por una llamarada hecha de miles de estrellitas rojas, cada estrellita un corazón. Acaba en un sueño poético, aunque no más ni menos poético que el desfile de las menudas realidades que componen el libro. "Cuan-to más aguda, más fina sea la inteligencia, más disociadora será; más sentirá el dolor de vivir; más experimentará la ineluctabilidad de la vida..." Y más complacencia angustiosa ha de sentir en este desmenzamiento de realidades en carne viva, sangrantes, de suprema elocuencia en medio de su abrumador silencio.

DOS NOVELAS JUVENILES

—¿Conoce usted la vida?— preguntaba Jules Renard. Y él mismo proseguía:

—Deme usted su dirección.

La pregunta podían hacerse-la todos los novelistas contemporáneos. ¿Conozco yo la vida? ¿Cuál es, en fin, la vida? ¿Dónde hallarla? ¿Cuál es su dirección? Porque entonces sabríamos dónde hallar la verdadera novela, el legítimo arsenal de novelas. Conoceríamos el verdadero — y fértil — punto de arranque de estos libros donde se intenta reproducir, transformado un fragmento de mundo vivo. ¿Cuál es la realidad? ¿La poética o la filosófica? ¿La que forjan los sentidos o la que construye nuestra facultad de pensar? ¿La desenlazada del problema fundamental humano o la enroscada tenazmente a él? Mundo sensible... Mundo inteligible... ¿Cuál de los dos?

BENJAMIN JARNES

Por mi parte, aspiro a una difícil integralidad: enorme aspiración, quizá siempre irrealizable. Todo novelista es una ventana abierta sobre el mundo; también puede ser un buzo de su propio mar interior; o un transeúnte frívolo, que de cuando en cuando se ha detenido a mirar escaparates literarios. Al producir una novela, el genio parte siempre de la vida, como el ingenio suele partir de la literatura. Pero también puede partirse de una falsa vida, como de una falsa literatura. Falsa es toda vida sin clave. También hay arcos falsos. Unas piedras forman — arquitectónicamente — un agujero; no se soportan unas a otras, no resisten un empuje común: son el arco falso, que sólo puede engañar al aturrido. Un albañil ha colocado allí, más o menos salientes, unas piedras: el transeúnte incauto las toma por un primer arquitectónico. Pero son — repito — un agujero. Lo mismo la novela. Un albañil de las letras coloca allí unos personajes traídos — como las ventanas simuladas de Pascal — para representar una ficción de armonía vital. Si los miramos de cerca, veremos que aquello no es novela, es un puzzle de vidas inencontrables. Son llamadas pintorescas; pero tienen nombres más exactos: bufonescas, arbitrarias, marginales, huecas, inhumanas, hechas



César M. Arconada

de retazos de hombre, incapaces de entrar a formar parte de una arquitectura viva. Son despojos inconscientes — porque cualquier despojo humano que persigue su propia esencia queda convertido en personaje auténtico, como ocurre con los hombres "atormentados" de Dostoiévski. Vidas sin nervio, muñequería... No se mueven por una vehemencia propia, sino porque alguien les dió cuerda. Ese alguien puede ser un humorista. (Hay un humorismo como sistema, un humorismo preestablecido, presupuesto). El humorista suele inventar un muñeco con el propósito de colgarle después, a lo largo de una novela, toda la guardarropia anecdótica y arbitraria que el lector pueda resistir... Tan peligroso es inventar un soporte así, para primer personaje de un libro, como fingir un paisaje para que en él puedan ocurrir libremente todos los sucesos, sin miedo a choque alguno con el mundo conocido. Porque, además, es preciso inventar un orden, una clave, y estos sólo puede prestarlos un profundo conocimiento del "documento humano" y de sus resortes generales de acción... "La poesía y todo arte versa sobre lo humano y sólo sobre lo humano" — ha escrito José Ortega y Gasset... El paisaje que se pinta se pinta siempre como un escenario para el hombre. Siendo esto así, no podía menos de seguirse que todas las formas del arte toman su origen de la variación en las interpretaciones del hombre por el hombre...

Samuel Ros ha publicado "El ventrílocuo y la muda". César M. Arconada, "La turbina". Excelentes muestras de la joven novela española, que desdénando una tendencia gregaria, acude a los caminos más opuestos del mundo para ins-

calar allí su observatorio. Samuel Ros ha preferido armar un tinglado de muñecos, tal como su rica imaginación se ha complacido en irlos vistiendo y dotando de resortes. César M. Arconada ha preferido abrir una ventana hacia el campo y el pueblo, hacia hombres sin taller, curvados sobre la tierra, sobre una máquina, de jadeos eróticos primitivos, de socarronerías truhanescas, de barro hecho ascua ante una hembra y espíritu helado ante una conquista del espíritu. Si la novela de Samuel Ros ha sido escrita al margen de la vida, la de Arconada lo fue en uno de los más humildes rincones de ella. Ambos han preferido situar la poesía — imprescindible a toda novela — aparte de los personajes, como una salsa que puede tomarse o dejarse a voluntad. Samuel Ros, con una vida de sorpresas, ha preferido complacer. Arconada, con una vida de humildes realidades, ha preferido desencantar. Ambos libros pueden ser tomados como ejemplos de dos tendencias que, accidentalmente, se dan hoy la mano en las letras españolas: la del placentero humorista que inicia la retirada y la del grave y fiel servidor de la verdad humana que ha de quedarse por mucho tiempo.

Digo ejemplos, no índices ni modelos.

MITOLOGIA INFANTIL

Antonio Robles ha escrito un sabroso libro titulado "Cuentos de niños y muñecas". En el título podremos ya atisbar su profundidad: se trata de un libro con dos vistas, la auténtica — acaso la sola vida auténtica —, del recién llegado al mundo, y la vida mágica, exterior al niño, donde al niño le gusta aterrizar en sus viajes ilusorios. Vida de niños y muñecos, de hombrillos y de menudos héroes legendarios. Una mitología infantil, apoyada, como todas, en la cuna histórica de unos niños anónimos. Sencilla verdad y poesía — épica — en flor.

En una de las dedicatorias del libro se lee:

"A una chiquitina que me chocó porque quería poner en una rosa pasada los pétalos que se iban cayendo".

Y de pronto nos damos cuenta de que Antonio Robles ha trazado — en un solo rasgo — toda la poesía esencial de nuestra vida: ir devolviendo a una rosa — tenazmente — los pétalos que se le van cayendo. Alguna vez quisiera detenerme durante muchas páginas ante unos cuentos de Antonio Robles, cuentos entretendidos de sólidas cosas poetizadas, no de frágiles epesones recargados de talco y purpurina. Ramón Pérez de Ayala, Salaverría, otros muchos reflexivos escritores han definido ya al gran poeta de los niños. Yo he leído estos cuentos como se ven los cua-



Antonio Robles

dros — los buenos cuadros — de un primitivo. Predican, con una fina voz juglaresca, la vuelta al "pradito" jugoso donde se reúnen "cien mil y pico de cosas distintas", verdaderas, que los niños traen y llevan como juguetes. Cosas graves para los hombres, risueñas — cada una encierra su sorpresa — para los niños. El viejo mundo — rebrunido —, que de pronto se abre ante los ojos asombrados, con la delicia de un cucurrucho de bombones.

Kodak Europeo

Una expedición de salvamento

Esa caravana que marcha por la nieve alpestre, va en busca de 21 soldados italianos víctimas de una avalancha que les sorprendió en unas maniobras cerca de Bardonecchia, en la frontera italiana. La caravana de soldados logró salvar algunos compañeros, pero el salvamento fue difícil de organizar... Mal invierno el presente en las grandes altitudes de Suiza, Italia y Francia. Los Alpes y los Pirineos han resultado en el mes de enero verdaderamente homicidas.



Multimillonario romántico

He aquí a Basilio Zaharof, multimillonario, quizá el más rico de Europa. Algunos llamanle el "europeo misterioso". ¿Es griego, turco o eslavo? Se llama Sir. luego es inglés, naturalizado. Residió luengos años en España. Allí tuvo un amor platónico. Un verdadero idilio. La dama era una grande de España; Zaharof esperó pacientemente la viudez de su ídolo. Entonces contrajeron matrimonio. Y a pesar de su respectiva edad, el idilio amoroso continuó. Hasta que sobrevino el deceso de la ilustre dama. Desde entonces él vive acosado por la pena. Hoy, a los 80 años, se siente gravemente enfermo en su "cha-teau" de la Costa Azul.



Matrimonio original

Esta fotografía encarna admirablemente la ley de los contrastes. He aquí un matrimonio original. El marido se llama Almirante Crema, tiene 21 años y 2 metros 70 centímetros de estatura. Ella es la célebre Teresina, que pesa 180 kilos. La ceremonia religiosa se ha celebrado en Turín. Ella, por su frondosidad y él por su longitud, vienen a realizar el principio: la unión hace la fuerza.



Una excepción a la regla

Cuando se habla de desavenencia conyugal, se dice: "Viven como perro y gato". Ese gato cercado por tantos enemigos acusa una gran tranquilidad. Y los perros, a su vez, le miran con una gran benevolencia. No hay regla sin excepción.

Dignos Guardianes de su Belleza.

EL Jabón Original Transparente de Pears es un digno guardián de su belleza. ¡Cómo refresca en el baño y cuán económico es!

Empléelo Ud. juntamente con el Jabón Gloria Dorada de Pears de espuma suave y abundante y perfume exquisito. Use Ud. estos dos jabones y apreciará la economía que representa el Jabón Original Transparente de Pears en el baño, y el lujo del espumoso y deliciosamente perfumado Jabón Golden Glory en el tocador.

Invitamos a Ud. a que los pruebe. Llene y envíenos el cupón al pie y recibirá dos medias pastillas de estos Jabones—Original Transparente y Golden Glory.

¡Envíe el cupón hoy mismo!

LOS JABONES DE
PEARS
GOLDEN GLORY
Y
ORIGINAL TRANSPARENTE



CUPON.

Sres. HUSSEY & Cia. (Depro. N.º),
Paraguay 1312, BUENOS AIRES.
Sirvanse remitirme un estuche
Pears para el cual incluyo 50
centavos en estampillas.

Nombre.....

Calle..... No.....

Ciudad..... Prov.....

Sírvase escribir claro N.º



Curiosa fotografía tomada por el especialista en estos trabajos, Lynwood M. Chase, en la cual se ha sorprendido a dos grillos posados sobre un choclo.



Siguiendo la costumbre de los demás países, Austria acaba de designar a su última belleza, recayendo la elección en Mlle. Dora Kaiser.



Dos actrices de revistas americanas endulzando la existencia de "Smoky", un popular oso del jardín zoológico de Miami.

NO ASI



La única hoja de "Filo cóncavo", como la navaja.

1 Paquete (10 hojas) m\$ 1,80
1 Caja (90 paq.) m\$ 18,00 franco

Unico Importador
RUFINO PERTIERRA
Buenos Aires
Belgrano 1987 u. 47-4295

SINO ASI

Señor **RUFINO PERTIERRA**
Belgrano 1987 Buenos Aires.

Sírvase remitirme..... caja "KLAX"
Adjunto giro..... por m\$.....

Nombre:..... Nº.....
Dirección:.....
Localidad:..... P.C.



EL AHORRO
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO
ESTABLECIDA EN 1911
LAVALLE 302 BUENOS AIRES

EL HOMBRE
ECONÓMICO ES UN
BIENHECHOR DE LA
SOCIEDAD.

LA RIQUEZA

es consecuencia de la práctica del ahorro. Contribuya a mejorar su destino. ¡Guarde algo cada mes! El Banco "El Ahorro" le abona el 8 % de interés anual, y coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

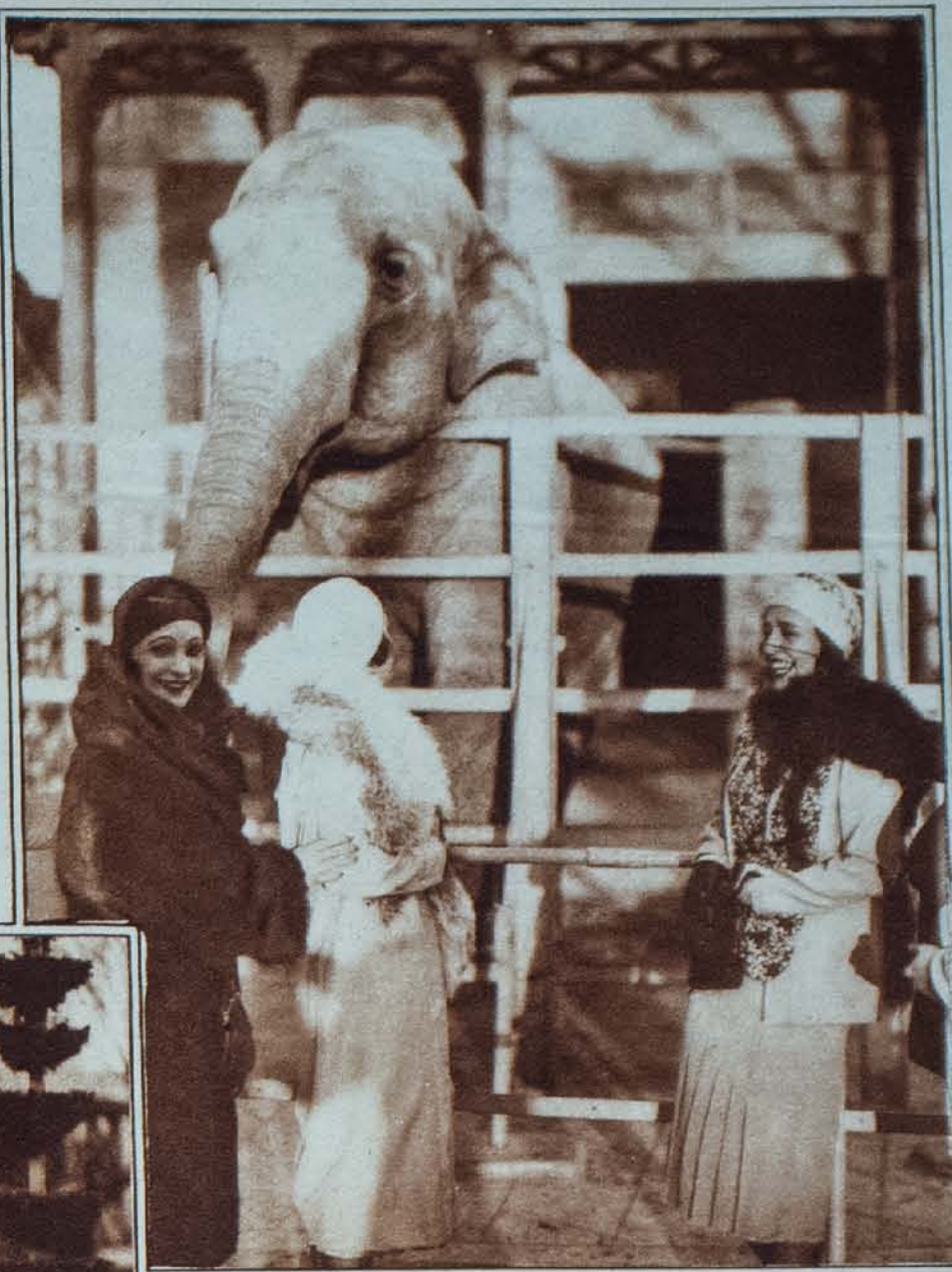
Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veintidós años a completa satisfacción de sus clientes.

Artistas argentinos en Madrid



SOFIA
BOZÁN



Sofía Bozán acompañada en su visita al Retiro por la bella tiple española María Fuster y Elena Bozán (arriba), y Joaquín Valle y Haydée Bozán (a la izquierda.)



Sofía, Elena y Haydée Bozán, Noemí Dicenzo, María Fuster y Joaquín Valle.



El deporte hace bien...

pero NO las quemaduras de sol

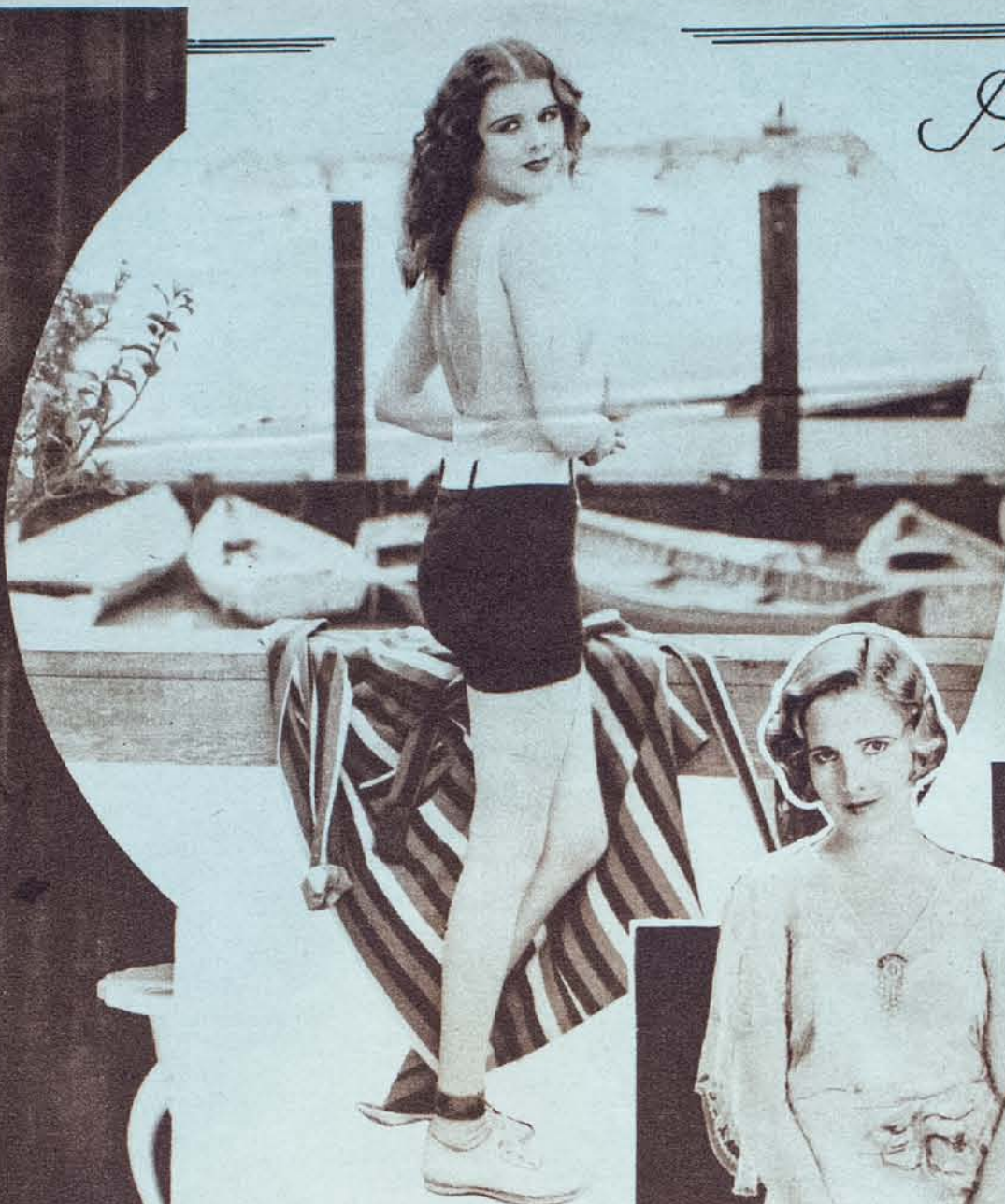
Crema Hinds las alivia y evita...

Con aplicar suavemente un poco de Crema Hinds, y empolvase luego abundantemente con el polvo favorito, puede usted estar al sol largo rato sin temor de quemaduras; ni tampoco de que el cutis se oscurezca o reseque por el aire cálido... Esta es la eficaz protección que se obtiene si antes de exponerse al sol, se aplica la Crema de miel y almendras Hinds. Su acción refrescante y suavizadora, permite al cutis conservarse lozano y juvenil.



CREMA
de miel y almendras
HINDS

*Para
el
salón
y
para
la
playa*



Con traje de soirée y en malla de baño, tal es en síntesis el contraste que ofrecen estas fotografías de algunas conocidas estrellas de la pantalla:
JANE COLLYER.



JEAN ARTHUR



PARIS LE BRISTOL

112 - Faubourg Saint Honoré

*El único Hotel dotado de una
instalación especial de ventilación
y de refrigeración para el verano.*

ABIERTO EN 1930

Telegr. Bristonoré-París



Miguel Alejandro Tebar, Ohulo.



Norberto Osvaldo Defelice, Maharaja.



Isabelita Ana Guerra del Valle, Música.



Mercedes Lidia Videla, Gitana.



ALGUNOS PEQUEÑOS VISITANTES DE "LA NACION"

Rodolfo César Jurica Ortega, Gaucho.



Nilda Nélida Zecca, Holandesa.



Mario G. Podestá, Pintor napolitano.



Maria Teresita Mascaro, Patito.



Osvaldo Enrique Villanustre, Tom Mix.

Joven,
hermosa y
encantadora,



SU aureola de cabellos castaño dorado, su elegancia, su "esprit" de mujer moderna, culta, inteligente, agrada a quienes la rodean... Por eso hoy esta hermosa dama es la preferida de nuestros salones.

LA SEÑORA MERCEDES MARTINEZ DE HOZ DE AVELLANEDA

tiene todo el "chic" tradicional de la mujer argentina

SU belleza luce tanto en Buenos Aires como en Mar del Plata o en su estancia del Tandil, donde practica todos los deportes. Este es el verdadero retrato de la Sra. Mercedes Martínez de Hoz de Avellaneda Santamarina.

¡Su cutis tiene la suavidad de las rosas! "Gracias—nos dice—a la ayuda de las cremas Pond. Nunca las dejo, las llevo de viaje, y, hasta en los días de campo, sigo a diario mi tratamiento Pond. ¡Es tan fácil, tan sencillo!"

Usted también, todas las mañanas al levantarse, después de las

primeras abluciones, aplique la Cold Cream Pond; su cutis quedará terso y suave y usted tendrá una agradable sensación de descanso. Luego con la Cutiasea, las servilletitas amplias y sedosas, quite el sobrante de Cold Cream y aplique el Cutitónico astringente Pond, que cerrará los poros y dará más vida a todos los tejidos.

Al final, un ligero toque de Vanishing Cream Pond permitirá adherencia a los polvos, dejando su piel fresca y aterciopelada. ¡Qué delicia es este tratamiento!

Ensáyelo hoy, pídanos unas muestras, las recibirá por correo.



Recorte y envíe hoy este cupón

Pond's Extract Company Colodrero 2374 - Bs As.

Sírvase mandarme las muestras de cremas Pond. Incluyo en estampillas 5 ctos. para el franqueo ó 20 ctos. para certificado.

Nombre

Dirección

LN 020 - 1/3/21



*Algunos
Pequeños Visitantes
de La Nación.*



Elda Sobrero,
Bailarina rusa.



Beatriz López
Llorente, Andaluza.



Alicia Néida Alva-
rez, Vendimiadora.



Jorge Galindez,
Teniente norteamer-
ricano.



Juanita Saidman,
Manola.



Ana María y
Juancito Mu-
ñoz, Chulos
Bolivianos.



Nélida
Rincón,
Marinero.

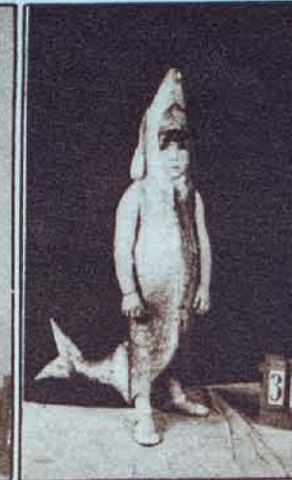
Florencio Néstor
Aburuza, Cosaco.



Oswaldo Francisco
Demartino, Cadete
Militar Argentino.



Beatriz Haydée
Rafaele, Pescado.



Mercedes Haydée
Rusconi, Pirata.



Guillermo Jorge
Sabatini, Cabo
Rivero.



Juan Alvarez,
Cow-boy.

Tito Marini,
Baturro.



Graciela Lu-
cia Ossorio,
Mariposa.



Clarita Costa Gotusso y Oswaldo Gotusso
Canale, Cisne y Ave del Paraíso.

Lili Cabello,
Andaluza.



Este es el

**JABÓN HENO
DE PRAVIA**

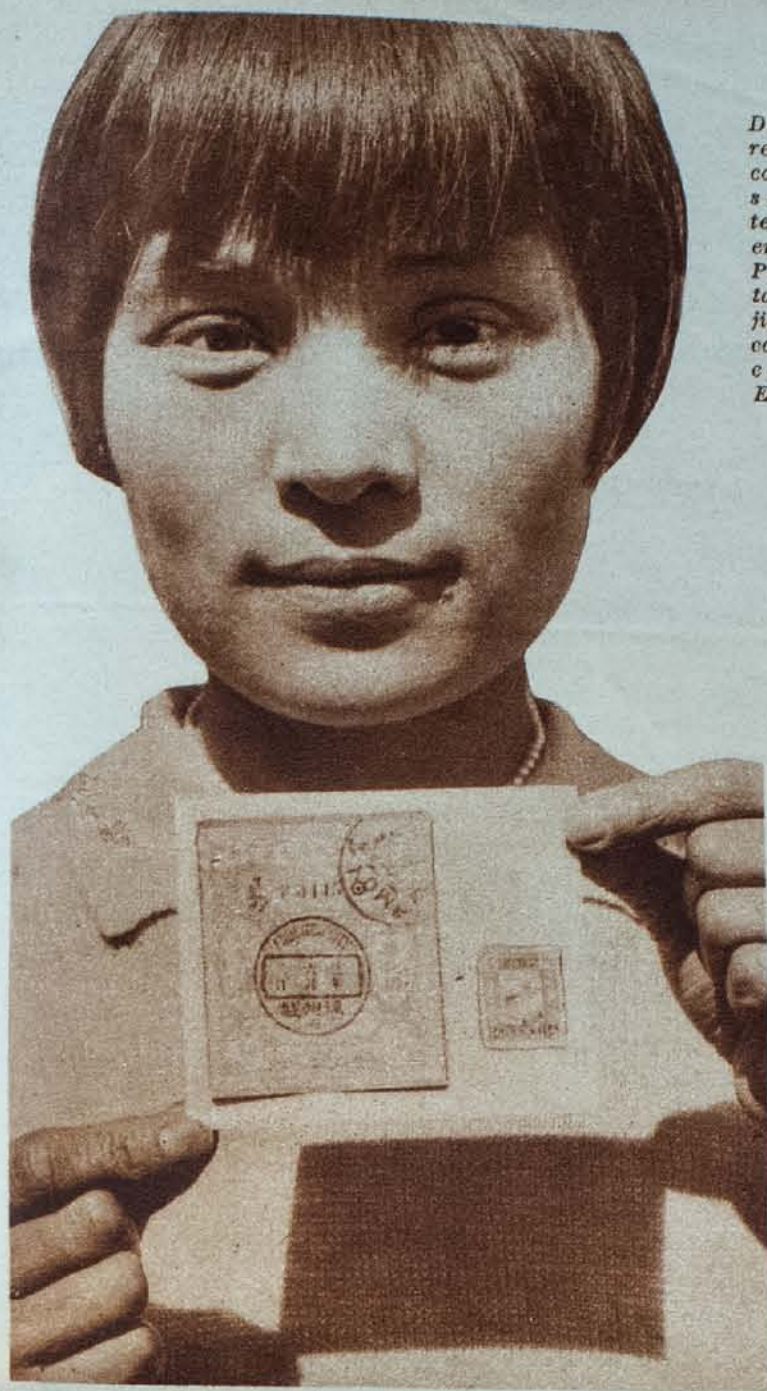
Su perfume inimitable
conserva su intensidad
y finura hasta el final
de la pastilla.

Pasta pura. Espuma cre-
mosa, que limpia los poros
y suaviza el
cutis, comuni-
cándole su aro-
ma singular.

PERFUMERIA
GAL
MADRID
LONDRES
NUEVA-YORK
BUENOS-AIRES

\$ 0,70
EN LA CAPITAL
FEDERAL





Durante el reciente Handicap Steeplechase de "amateurs" disputado en el At Hurst Park, Gran Bretaña, tres de los finetes sufrieron caídas de graves consecuencias. El momento del accidente.



Gracias a su piel libre de vello

podrá afrontar confiada las miradas del público.

Adverta: Cuando usted se quita el traje o pijama y su malla, aparece indiscreta — cuando usted pasea y la luz del sol atraviesa sus medias — cuando usted levanta su brazo para saludar o para un golpe con la raqueta de tennis — cuando su traje de fiesta favorito deja los brazos y espaldas desnudos...

Usted puede hallarse en estos momentos despreocupada si su piel no revela la presencia de vello.

Es fácil librarse del vello del rostro, piernas, axilas y brazos

Nuevos descubrimientos no sólo eliminan el vello de la superficie de la piel en seguida. Impiden que el vello pueda volver a crecer. Miles de señoras, ven hoy que han estimulado el crecimiento del vello cada vez más por usar depilatorios anticuados. La "Nueva Crema Depilatoria Vindobona" y "Racé" han producido una revolución en los conceptos formados antes sobre medios para eliminar el vello.

Las señoras reciben esos nuevos productos en forma entusiasta. Los descubrimientos hechos por los técnicos en los Laboratorios Vindobona, hacen que sean completamente distintos a cualquier otro producto contra el vello conocido hasta ahora.

Qué es la "Nueva Crema Depilatoria Vindobona"

Es una exquisita crema de tocador. Viene en pomos. Es cremosa, blanca. No tiene olor. Pronto y con facilidad se extiende sobre la piel con vello. Casi en seguida de aplicarla, se lava con agua. Entonces el vello habrá desaparecido. Y quedará extinguido para siempre, porque la "Nueva Crema Depilatoria Vindobona" penetra hasta los bulbos y los destruye y ataca las papilas. Usted la usará en el rostro, o en los brazos, o en las piernas. Por delicado que sea el cutis de usted, la piel aparecerá blanca, lisa y suave. Usted no sentirá ningún ardor. La causa es ésta: la "Nueva Crema

Depilatoria Vindobona" no contiene ninguno de los cáusticos que antes se empleaban en la fabricación de depilatorios. Y usted no sentirá tampoco ningún olor desagradable.

"Racé" para el vello fuerte

Un vello muchas veces afeitado—un vello duro—el vello de las axilas—¡qué fácil es destruirlo con "Racé"! Ese polvo de tocador ligeramente aromático por los vegetales de que está hecho—siempre listo para ser usado. No hay nada que preparar. Usted empolvorea las axilas previamente mojadas, y en tres a cinco minutos el vello se desprende sin la menor irritación—sin olor. La piel queda blanca y suave. Nada de rojez y poros abiertos.

Y la posibilidad de que crezca nuevo vello habrá sido alejada indefinidamente. Y si después de mucho tiempo crece nuevo vello, usted puede palpar la diferencia. Será suave, débil. Nada de puntas filosas. Una o dos aplicaciones más y el vello no volverá nunca. Pida estos productos en los

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida 8 - Piso 1º

(Ventas atendidas por señoritas)

Buenos Aires

Pedidos del interior se atienden en el día.

En Montevideo: Andes 1338 - Piso 3º

También las casas más prestigiosas del ramo los venden, entre ellas:

Franco Inglesa	Gath y Chaves
Florida y Sarmiento	Casa Central y Sucursales
Farmacia Inglesa	Sulpacha 477
Avenida de Mayo 900	Farmacia Scanapieco
Casa Argentina Scherrer	Esmeralda y Tucumán
Sulpacha 171	Farmacia Gibson
Farmacia L'Aiglón	Florida 281
Callao 200	En Mar del Plata
Farmacia Chialvo	Toda buena farmacia
Sarmiento y Talcahuano	

GRATIS.—Llene y remítanos el cupón y le enviaremos un interesante librito gratis que trata sobre la manera de librarse del vello definitivamente. Pídale hoy.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. D.3
Florida 8 - Piso 1º - Buenos Aires

Sírvase enviarme gratis el interesante folleto "La destrucción definitiva del vello".

Nombre

Calle N°

Ciudad F. C.

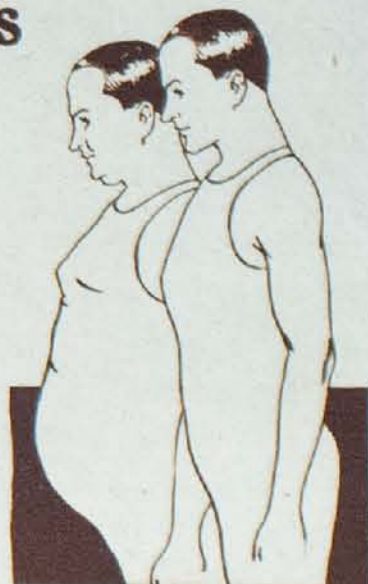
Permite rebajar 10 kilos

El exceso de peso es tan molesto a los hombres como a las señoras. Significa algo más que la pérdida de la belleza y de la juventud. Perjudica la salud y rebaja el vigor. Los hombres que admiran a las mujeres esbeltas, debieran ellos mismos conservar cuerpos normales también. Es fácil hacerlo. Los ejercicios violentos y la dieta, hoy ya nadie que conozca el problema los recomienda. El tratamiento moderno para reducir las carnes, disolver la grasa y los tejidos adiposos, consiste en el uso de la Pomada Reductora Sarowal. Penetra rápidamente a través de la epidermis y destruye las grasas y los tejidos adiposos, sin afectar en lo más mínimo la salud, y comunicando, en cambio, nueva agilidad al cuerpo.

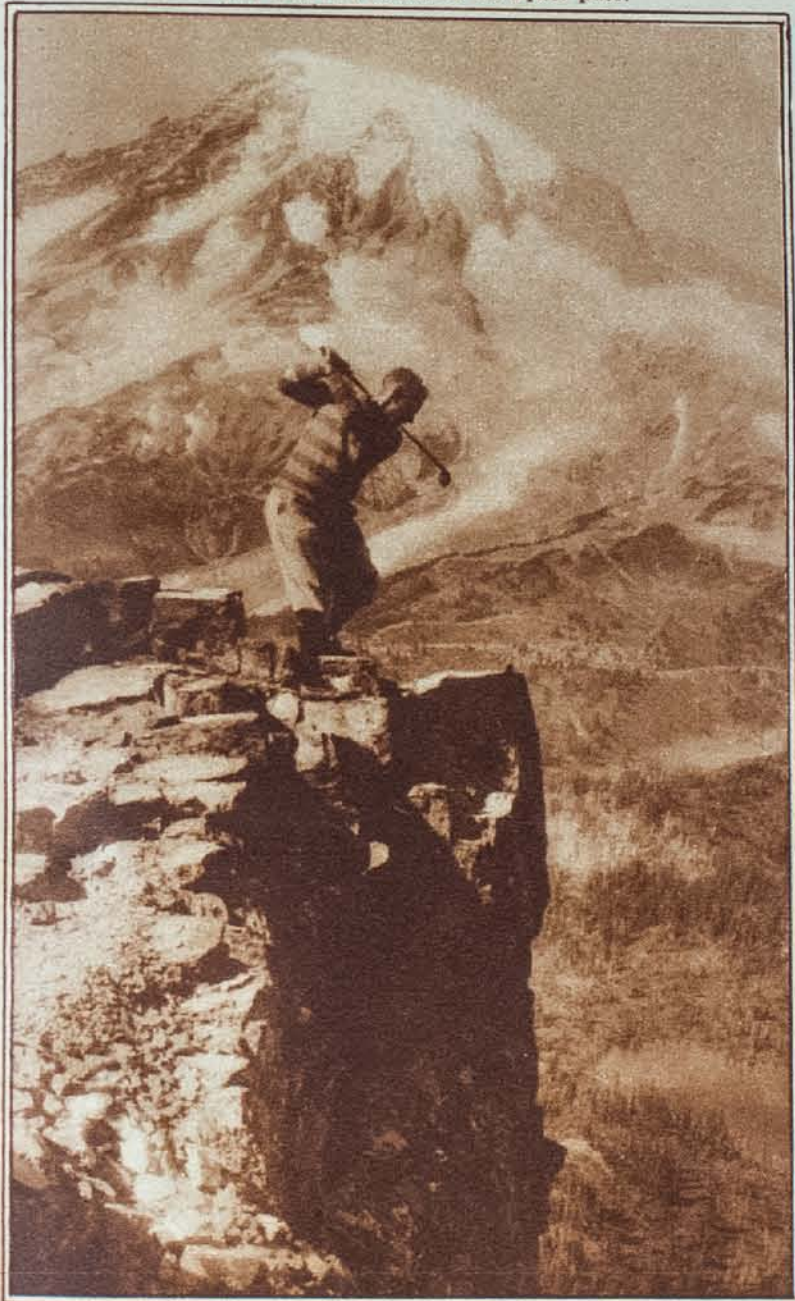
El vientre, las caderas, la nuca, adelgazan

Especialmente cuando la gordura se presenta sólo en algunas partes del cuerpo — la nuca, la papada, el vientre, las caderas, los tobillos, brazos y pantorrillas,—la Pomada Reductora Sarowal le permitirá devolver esbeltez a esos sitios. Son ya miles las personas que han conseguido rebajar varios kilos con Pomada Reductora Sarowal. Ya un pote le revelará los buenos resultados que trae.

De venta en: Franco Inglesa, Sarmiento y Florida; Laboratorios Vindobona, Florida 8; Gath y Chaves, Casa Central y Sucursales; Farmacia Scanapieco, Esmeralda y Tucumán; Casa Argentina Scherrer, Sulpacha 171, etc. En Montevideo: Andes 1338, piso 3º.



La estampilla más grande del mundo es una especial de la China, que mide 0.11 centímetros por 0.09. Se exhibe en la Universidad de California Sur y puede compararse en su tamaño con uno de los sellos postales comunes de aquel país.



El más largo "drive" en golf es el ejecutado por Waldo Chamberlain, desde el punto más alto del pico Pinnacle en el Panior National Park, de Washington. El "tee" fué, en este caso, un sitio en la roca situado a 1.980 metros sobre el nivel del mar y la pelota cumplió un trayecto de 236 metros en el espacio y rodó 300 metros más.

Para la belleza de las uñas

El Esmalte BIUTY da a las uñas brillantez y color duradero. Basta aplicarlo una vez por semana, y se prepara en los tonos: Incoloro, Natural y Rosado.

El Esmalte BIUTY, con el juego de los tres frascos N° I, II y III—tamaño grande—se vende a \$ 4.30.

Repuestos BIUTY económicos

- N° I. Para la cutícula.
- N° II. Para preparar las uñas.
- N° III. Para esmaltar (incoloro, natural o rosado).

El frasco, 70 centavos.



Esmalte
BIUTY
Crema



Para el cuidado de las manos

Conviene no olvidar que el primer contacto con una persona extraña se inicia por las manos y que la primera impresión es la que perdura más.

Aplicándose un poquito de la Crema BIUTY, después de lavadas las manos, las deja blancas y suaves.

Ensáyela y quedará encantada. Su precio es tan reducido que permite usarla todos los días.

El pomo, 70 centavos

Perfumeria
Dubarry

